



# ATLANTICO

T

T

T





# NUEVA BIBLIOTECA FILOSÓFICA

## VOLÚMENES PUBLICADOS

I.—EMERSON (RALPH WALDO). *Diez ensayos*. Contiene los titulados "La Historia", "Confianza en sí mismo", "La compensación", "Leyes espirituales", "Amor", "Amistad", "Prudencia", "Heroísmo", "Super-alma", "Círculos".

II.—FOUILLEE (ALFREDO).—*Historia de la Filosofía* (tomo 1.º).—"Introducción general", "Filosofía antigua hasta Plotino y sus sucesores".

III.—FOUILLEE (ALFREDO).—*Historia de la Filosofía* (tomo 2.º).—"Filosofía cristiana", "Edad Media", "Escolástica", "Renacimiento", "Inglesa", "Escocesa", "Italiana", "Leibnitz".

IV.—FOUILLEE (ALFREDO).—*Historia de la Filosofía* (tomo 3.º).—"Filosofía inglesa y escocesa hasta los sucesores de Kant".

V.—FOUILLEE (ALFREDO).—*Historia de la Filosofía* (tomo 4.º).—"Filosofía contemporánea".

VI.—EMERSON (RALPH WALDO). *La ley de la vida*.—Nueva serie de ensayos, titulados "Destinos", "Poder", "Riqueza", "Cultura", "Modales", "Adoración", "Consideraciones", "Belleza", "Ilusiones".

VII.—SCHOPENHAUER (ARTURO). *Aforismos de filosofía práctica*.—Obra que marca para la vida dichosa pautas y reglas, expuestas con la condición y elevación propias de este filósofo.

VIII.—DOUMER (PABLO). *El perfecto ciudadano*.—Adaptación española por M. Parera. Libro sano y patriótico. Se divide en cuatro partes, que son: "El hombre", "La familia", "El ciudadano", "La patria".

IX.—PASCAL (BLAS). *Pensamientos*.—Edición precedida de la vida del autor, escrita por su hermana Gilberta Pascal.

No existía en España ninguna edición esmerada de esta hermosa obra, y esto nos decidió a traducirla nuevamente, dando a conocer a nuestro público la magnífica vida de Pascal, escrita por su hermana, que no se había aún publicado en lengua española.

X.—EMERSON (RALPH WALDO). *Hombres simbólicos*.—Interesantísimo estudio de las grandes figuras de la historia: Platón, Swedenborg, Montaigne, Shakespeare, Napoleón y Goethe.

XI.—PLATON. Obras completas. *Diálogos socráticos* (tomo 1.º).—Contiene este volumen los diálogos "Eutifrón", "Apología de Sócrates", "Crítón", "Primer Alcibiades", "Carmides", "Laques".

XII.—PLATON. Obras completas. *Diálogos socráticos* (tomo 2.º).—Este segundo volumen comprende los diálogos titulados "Protágoras", "Primer Hipias", "Menexeno", "Ion", "Lisis", "Fedro".

XIII.—PLATON. Obras completas. *Diálogos po-*

*lémicos* (tomo 1.º).—Contiene los siguientes: "Teeteto", "Cratilo", "Eutidemo".

XIV.—PLATON. Obras completas. *Diálogos polémicos* (tomo 2.º).—Se incluyen en este volumen los titulados: "El Sofista", "Parménides", "Menón", "Filebo".

XV.—PLATON. Obras completas. *Diálogos dogmáticos* (tomo 1.º).—Interesantísimo volumen que contiene los diálogos más conocidos del autor; éstos son: "Fedón", "Gorgias" y "El banquete".

XVI.—PLATON. Obras completas. *Diálogos dogmáticos* (tomo 2.º).—"El político", "Timeo", "Critias".

XVII.—EMERSON (RALPH WALDO). *Diez nuevos ensayos*.—Comprende los que su autor tituló: "Intelecto", "Arte", "El poeta", "Experiencia", "Carácter", "Maneras", "Obsequios", "Naturalaleza", "Política", "Nominalistas y realistas". La versión española ha sido hecha directamente del inglés por el Sr. Gallach Palés.

XVIII.—REINACH (SALOMÓN). *Cartas a Zee*. Sobre la historia de las filosofías (tomo 1.º). Filosofías paganas. Obra en que su ilustre autor expone, en forma epistolar, clara y sencilla, la historia de la filosofía desde sus orígenes.

XIX.—REINACH (SALOMÓN). *Cartas a Zee*. Sobre la historia de las filosofías (tomo 2.º).—De la Escolástica a la Enciclopedia.

XX.—REINACH (SALOMÓN). *Cartas a Zee*. Sobre la historia de las filosofías (tomo 3.º).—De la Enciclopedia a nuestros días.

XXI.—PLATON. Obras completas. *La República*.

XXII.—PLATON. Obras completas. *Las Leyes* (vol. 1.º).

XXIII.—PLATON. Obras completas. *Las Leyes* (vol. 2.º).

XXIV.—PLATON. Obras completas. *Diálogos apócrifos y dudosos. Cartas*.

XXV.—EMERSON (RALPH WALDO).—*Doce ensayos. Cartas*.

XXVI.—EMERSON (RALPH WALDO).—*Vida y discursos* (tomo 1.º).

XXVII.—EMERSON (RALPH WALDO).—*Vida y discursos* (tomo 2.º).

XXVIII.—POLIKZER (JORGE).—*La Psicología y la Psicoanálisis*.

XXIX.—WAHL (JUAN).—*Estudio sobre el "Parménides" de Platón*.

XXX.—MEREJKOVSKY (DMITRY).—*Los misterios de Oriente. Egipto. Babilonia*.

Precio de cada volumen: 6 pesetas.

EXCLUSIVA DE VENTA:

ESPASA-CALPE, S. A. — MADRID



# ATLÁNTICO

REVISTA MENSUAL  
DE LA VIDA  
HISPANOAMERICANA

MADRID

Redacción y Administración:  
GENERAL ARRANDO, 36  
TELÉFONO 31890

BIENOTECHE MUNICIPAL

MADRID

DIRECTOR: F. GUILLÉN SALAYA

GERENTE: BORIS BUREBA

AÑO I

5 DE JUNIO DE 1929

Núm. 1

## SUMARIO

PORTADA de Alberto García.  
ATALAYA HISPANOAMERICANA. Editorial.  
CUENTISTAS ESPAÑOLES: *Fin de carrera*, por Benjamín Jarnés. Con ilustraciones de Garrán.  
HISTORIETA CÓMICA, por Garrán.  
PANORAMA POLÍTICO: *La derrota de los escépticos*, por Antonio Espina; *El rey de Bastos*, por Giménez Caballero; *En torno al llamamiento de los intelectuales*, por Luis Andrés y Morera.  
VIDA EJEMPLAR DE UN CLARO VARÓN DE NAVARRA. Novela corta por Félix Urabayen.  
LOS FUNDADORES DE ATLANTICO, vistos por Garrán.  
PANORAMA POÉTICO: *Carta*, por Rafael Alberti; *Romance de la niña lavandera*, por Luis Amado Blanco; *No*, por M. Gómez Fernández.  
GEOGRAFÍA DE ESPAÑA: *Madrid*, por Auristelo. Con ilustraciones.  
GEOGRAFÍA DE AMÉRICA: *El Perú*, por F. A. de V. Con ilustraciones.  
CUENTISTAS AMERICANOS: *Ventura García Calderón*. Editorial.  
BREVIARIO DE TURISMO: *Ávila y su provincia*, por Julio Escobar. Con ilustraciones.  
HOMENAJE AL MAESTRO VILLA.  
CIUDADES ESPAÑOLAS: *Gráficos de Bilbao*, por Jesús Escartín. Con ilustraciones.  
DE ARTE, por Rafael Marquina. Con ilustraciones.  
TEATROS, por Antonio de Obregón. Con ilustraciones.  
CINEMA, por Juan Piqueras. Argumentos de películas: *El hundimiento de la casa Usher*. Cartelera cinematográfica, por J. P. Con ilustraciones.  
MÚSICA, por César M. Arconada.  
DEPORTES, por Antonio Gay. Con ilustraciones.  
TOROS, por "Angelito". Con ilustraciones.  
PÁGINAS FEMENINAS, por Sa'omé Núñez y Topete. *Modas*, por Mari-Tere. Con ilustraciones.  
BATINTÍN, por Samuel Ros. Con ilustraciones de Enrique Climent.  
ENSAYOS: *La palabra y su voluptuosidad*, por E. Salazar y Chapela; *El periódico, ¿principio o fin?*, por Alfonso Vilá; *Viaje*, por E. de Champourcin.  
TEMAS ECONÓMICOS Y SOCIALES: *La población de España*, por M. Fuentes Martiáñez; *Crónica social*, por Manuel Altamiras.  
NOVELA EN FOLLETÍN: *La mujer soñada*, por Pérez de Rozas. Con ilustraciones de A. García.  
DIVULGACIÓN MÉDICA, por el doctor Pedro Galarret.  
BIBLIOGRAFÍA: *España desde fuera*, por Miguel Pérez Ferrero. *Notas bibliográficas. Libros del mes. Regalo de libros.*  
RADIOTELEFONÍA Y TELEVISIÓN, por "Imantilla".  
ANÉCDOTAS Y CUENTOS.  
ORNAMENTACIÓN por Garrán, Climent, González y García.

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA  
FERRAZ, 21. — MADRID

Ayuntamiento de Madrid



# A t a l a y a h i s p a ñ o a m e r i c a n a

*Es un tema manido el hispanoamericanismo. Un tema sobado, gastado, enmohecido por tanto discurso hueco, por tanta retórica vana, inflada e inocua. Años y años hemos dejado correr al son marcial de músicas patrioteras, en las que se hablaba de la madre España y de las ubérrimas hijas de América. Mucho acto oficial; mucha oración grandilocuente. Y total, pérdida del tiempo.*

*Porque lo que no se hacía era conocernos. Vivía España de espaldas a América. Y, en general, de espaldas al resto del orbe. Amurallados. Mirando para adentro, en vez de mirar para afuera. En vez de abrir bien las ventanas de la Península a todos los paisajes espirituales del universo.*

*¿Europeísmo? ¿Americanismo? ¿Africanismo? España, en pie, ávida de soles y de culturas, atalayando todos los horizontes.*

*Pero con la América hispana tenemos, quiérase o no, un deber que cumplir; deber que nos obliga el uso de un mismo idioma y el magno suceso histórico del descubrimiento y colonización. Es, simplemente, el de conocernos. ¿Nada más? Simplifiquemos los problemas. Contentémosnos, primero, con esto nada más. Que luego vendrán el amor recíproco y los problemas comunes.*

*A esta labor de mutuo conocimiento es a la que quiere aportar su esfuerzo ATLANTICO. Por ello, en sus páginas, al lado de ilustres firmas españolas, irán las de insignes escritores americanos. Y los problemas de América serán tratados con el mismo detenimiento e interés que los problemas hispanos.*

*Para amarnos, conocernos primero. Este podría ser nuestro lema. Y nuestro banderín de combate.*

ATLANTICO saluda cordialmente a  
toda la Prensa de España y de América.



# CUENTOS ESPIONAJE

## F I N D E C A R R E R A

### I

También Matilde, como el vagabundo del tonel, ha salido a buscar un hombre.

El mundo no se da cuenta de lo difícil que es inyectarle un sorbo de locura. Los caminos de la normalidad son cómodos, son anchos. Y los de la virtud. Los del mal son tan angostos, que hoy Matilde no acierta —como el hilo tembloroso ante la aguja— a enhebrarse en el suyo.

Furtivamente, en las lunas de los escaparates, en los espejos de las tiendas, Matilde se contempla, se tasa honradamente su propia seducción. Más tranquila, sigue yendo y viniendo por la acera. A cada momento le asalta la duda de sí misma, de la eficacia incitadora de sus gestos, de su traje, todo situado en un punto medio que vacila entre la mujer que se vende y la que se toma por contrato. El traje de Matilde: un poco de crespón manzana en torno a una ondulante arquitectura. Matilde misma: un haz de miembros que se ensayan en conseguir por modos dinámicos lo que nunca pudo lograr estáticamente: dinero.

Porque hasta hoy ha servido de modelo en el estudio del viejo escultor Bonilla. Matilde ha ensayado allí todos los inmóviles escorzos que un mármol destinado a la inmortalidad exige del artista. Matilde ha recorrido esa quieta región de entes supraterráneos, detenidos en un punto de su máxima tensión vital: Casandra, Safo, Niobe... O de esa otra de entidades abstractas cuya helada desnudez estimula a practicar todas las virtudes: la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza, la Templanza, la Fe, la misma Filantropía... Todas han encontrado en Matilde su feliz intérprete. Del estudio de Bonilla han partido hacia todos los puntos del Globo expediciones voluminosas de abstracciones realizadas plásticamente por Matilde. Entes

desnudos y eternos, a quienes Matilde ha prestado su ritmo juvenil. En alto el ramo de laurel o el cáliz, la balanza o la lira, ha recorrido Matilde todas las escalas éticas, desde la pujanza del héroe a la dulce sumisión de la esclava.

Pero el estatismo de sus armoniosos relieves le fué estéril, y Matilde intenta lanzarse a convertir su discreta dinamicidad en una turbia fuente de energías económicas.

Se aburre. En el café ha perdido el tiempo. Ensayó un perfil de estatua —residuos de su primera época—; se perfiló gentilmente, como una Ifigenia contemplando el mar, esperando a Orestes. Posó, sin darse cuenta, durante media hora, esperando un Lohengrin; y las gentes atolondradas que entraban y salían se detuvieron a contemplar a Matilde, no como una posibilidad de goce, sino como la maqueta de un altorrelieve.

Ifigenia fué respetada en silencio por los clientes. Su brazo y su mano, soportes de la mejilla, hacían pensar en Grecia, destruían toda efervescencia carnal. Matilde estaba dando lecciones de serena armonía. Hacía retroceder a los clientes a la remota antigüedad, en vez de hacer hincar la atención en el presente, único modo de resolver los problemas aritméticos de Matilde.

Se dió cuenta de esta falsa interpretación de su delicia plástica, y salió del café, a hundirse en la vorágine. Sin ramos de laurel, con un bolso semivacío: un espejo, algunos instrumentos de revocar y seducir.

Pasa una hora. Matilde comienza a dudar del éxito. Porque, señor, es enojoso acercarse a un hombre y decirle:

—Sepa usted, joven, que puede con toda libertad caer en mis brazos. Ellos han sostenido todos los emblemas de la virtud; también podrán ahora sostenerle a usted, si se decide a resbalar por la fácil rampa del amor.



Sí, es muy enojoso. Es algo que sólo puede aprenderse a lo largo de un curso. Matilde conoce sistemas; pero un sistema no es nada. Lo que es preciso aprender son "casos". Conocer tipos, agruparlos, someterlos a tratamientos distintos; inventar regímenes especiales para el monstruo, o para el hombre ruboroso. Cautelas con el hombre dramático, para quien los brazos prohibidos son siempre "lo fatal"... Porque hay hombres inclasificables, inesperados, con quienes sólo puede tener éxito una poderosa intuición.

El mundo no se da cuenta de lo difícil que es inyectarle un sorbo de locura...

## II

Matilde sigue repasando las primeras páginas de un penoso texto.

La calle es una aula donde los hombres —eternos y aturdidos colegiales— repiten monótonamente sus miradas y piropos. Este mismo joven que ahora recorre desde los pies a la cabeza la estructura magnífica de Matilde, ya ha repetido tres veces el enjuto repertorio de sus frases. Matilde, heroicamente, al advertir la insistencia del joven encandilado, pasa rozándolo, dudosamente. Quisiera extraer ahora de sus sistemas de seducción una eficaz estratagema, una sonrisa... Pero, señor, estas cosas, estas sonrisas, no nacen hechas, como los claveles. Hay que someterlas a una manipulación lentísima, moldearlas y pulirlas como joyas. Porque el trance es duro: una sonrisa de éstas debe invitar a un placer y expresar a un tiempo la calidad y el coste. Es una sonrisa que lleva consigo el precio, como un juguete en su vitrina. ¿Qué inflexión, qué matiz será el exacto?

Y el joven sigue embelesado, pendiente de la dudosa movilidad de los ojos de Matilde, que, al fin, se decide —heroicamente— a emprender la vida nueva. El momento tiene la solemnidad de una inauguración.

Matilde comenzó a mirar al joven; pero esta mirada es un puzle. Hay en ella, a partes casi iguales, azoramiento, provocación, angustia. El joven extrae del puzle cierta espuma, que toma por coquetería, y se decide también a obrar.

Ahora, el trance va perdiendo aridez. Ya es fácil operar. Con un juego así, siempre se gana la partida. Basta con empujar dulcemente al joven desde el umbral de la muda especulación al torrente fosco, barroco, de la improvisación; hacerla irrumpir en el dulce suceso.

El empujón lo da una segunda sonrisa, muy mal urdida, muy mal dosificada; torpe, de tanto no serlo; ingenua, de tanto querer no serlo. El joven se aproxima:

—Venía a cazar esa sonrisa.

—¿Las colecciona?

—Sí. ¿Me da otro ejemplar?

He aquí el gravísimo instante de la cotización... Porque, señor, este joven ha debido averiguar el resto. Todo leal, todo claro comercio empieza por ahí. Este joven habla de regalos mentales, y Matilde, por hoy, no ha salido a buscar metáforas. Grave, gravísimo instante para la incipiente calidad mercantil de Matilde.

Que cae en una profunda depresión, en esa depresión que precede a los grandes derrumbamientos. Se encoge su almita azorada como el saltarín que va a dar su salto mortal. Un brinco desde el plano de toda honesta muchacha que espera un novio al de la cortesana cínica que sale a buscar un hombre, como el otro cínico del tonel.

El joven es un inexperto tasador de sonrisas. Asignó a las de Matilde un valor absoluto, no un valor convencional. La arrancó de entre las garras de la anécdota, y la contempló en el plano de cabriolas y espumas espirituales donde se fraguan la sonrisa de la primavera, la sonrisa de la juventud, la sonrisa del candor.

Pero Matilde es hoy algo menos que *la mujer*: es una pobrecilla mujer. Tan infortunada, que hoy tropieza con este hombre, a quien todo —como el poeta— le sonríe. Los cielos, y la tierra, y la mujer. Va mecido por una onda de sonrisas. La abundancia le ha cegado para todo cálculo de valores.

Porque ha obtenido el segundo puesto, y hay tres plazas. Acabaron las oposiciones. El futuro profesor de Matemáticas —Enrique— recibe esta tarde las felicitaciones de todo el universo. Su nombre va a figurar en el enrejado de una nómina; será lentamente empu-





jado en los desfiles de un severo, de un cerrado escalafón. Enrique recorre Madrid en triunfo:

—Muy bien, Enrique.

—Ya me he enterado, chico.

—Enhorabuena.

—¡Enhorabuena!

—¡¡Enhorabuena!!

Amigos, escaparates, faros de coches, carteles de muros, quioscos, sillas de terrazas, estrellas, muchachas... Todo le sonríe, todo le felicita cordialmente. El mundo es encantador. Como la sonrisa de Matilde. ¿Cómo preguntar su coste? ¿Va Enrique a preguntar por sus tarifas a todo el orbe? La sonrisa de Matilde es un guiño más del universo.

—¿Me regala otro ejemplar?

Matilde, al borde de la zanja, no se decide a brincar. Enrique, insinuante, aturdido, sigue

azuzando la impaciencia de ella. Que, al fin —es urgente—, se decide:

—Perdone, joven... Le había equivocado... con un amigo de mi hermano.

Allí queda rígida, temblando. La zanja se ensancha, las riberas se alejan. En medio queda un proyecto financiero fracasado. O tal vez un germen de aventura... Matilde sigue penosamente su camino. Al volver la esquina, no puede contener un sollozo. Sube una escalerilla. Caen en brazos de una vieja:

—¡No puedo, no puedo!...

Comenta una voz glacial:

—Tú verás. No hay nada qué comer.

Asoma la cabeza el melodrama. Y el tango. Matilde gimotea un poco ante los dos espectros. De pronto se rehace, se seca los ojos, pasa el lápiz rojo por su boca, se lanza al balcón como a su última tabla.



Allí está el guardacantón, recibiendo los últimos parabienes de la tarde. Alborozado, risueño. Hoy, los cielos y la tierra le sonríen.

Y Matilde.

### III

Nuevos agobios familiares. El viejo escultor vuelve a acoger a Matilde. Precisamente le falta una Victoria para el momento de la batalla de Almalek, que perpetuará el nombre de Bonilla y henchirá de ceros su cuenta corriente.

Matilde vuelve a empuñar el ramo heroico. Desnuda otra vez, gentilmente subida a un cañón, recupera sus calidades estáticas, a punto de naufragar, días antes.

El triunfo de Enrique en las últimas oposiciones vuelve a colocar el ramo de laurel en el puño de Matilde. Pero Matilde oculta cuidadosamente al novio estas escenas mudas con la Gloria. Hablan de una mezquina pensión, de menudas ganancias tenazmente acumuladas para elaborar un equipo nupcial...

Y en el balcón, y a lo largo de las calles, se reproducen las escenas consagradas por la tradición burguesa, siempre originales para cada pareja ilusionada. El desarrolla su amor como una teoría filosófica; ella escucha, sin comprenderlo bien, desarrollando el suyo como una serpentina de celuloide. Como tantas novias pudorosas, refiere a Enrique todos los insignificantes episodios de su vida, escondiendo, solicita, su verdadera vida.

Enrique va a tomar posesión. Vuelve a los pocos meses. Entre tanto, la Victoria ha perfilado enteramente su gesto de reina envanecida. Bonilla contempla embobado el monumento a los héroes del Almalek, lo acaricia una tarde entera, y, por fin, lo entrega a una agencia de transportes.

Y despiden tiernamente a su "colaboradora" Matilde, a quien nunca ha contemplado. Bonilla no ve más que mármoles y formas que imprimir a los mármoles. El modelo es para él una pobre cosa inerte, que cobra un sueldo por su quietud. Copia íntegramente la realidad, pero sólo ama las copias que él realiza. Para amar los originales es preciso deformar, transformar, y Bonilla es incapaz de transformar nada.

Asiste a la boda, en concepto de padrino, como un pariente lejano. Una tarde, a los ocho meses de comenzar este verídico relato, se celebra la ceremonia. Matilde se viste definitivamente para el arte, para todo el mundo exterior, excepto Enrique. Abandona su condición de entidad abstracta, y pasa a gozar de una firme condición de mimada cónyuge. Matilde es ya un individuo. Antes solía representar al Amor, bajo diversas formas; ahora, a la esposa fiel de un honrado profesor de Matemáticas.

La boda es silenciosa. No asisten —con el escultor— más que tres compañeros de profesorado y un hombre borroso, que charla, familiar, con la madre. Por fin, Matilde y el profesor se sumergen en un vagón de segunda. Dúo arrebatado. España desfila ante ellos, empapada de nubes, de sombras. Al amanecer, de rosas y violetas.

Y un hotel, una fría habitación... Comienza otra vida. Adquieren un Baedeker, y se entregan al goce de buscar parajes encantados donde ocultar su arrobó.

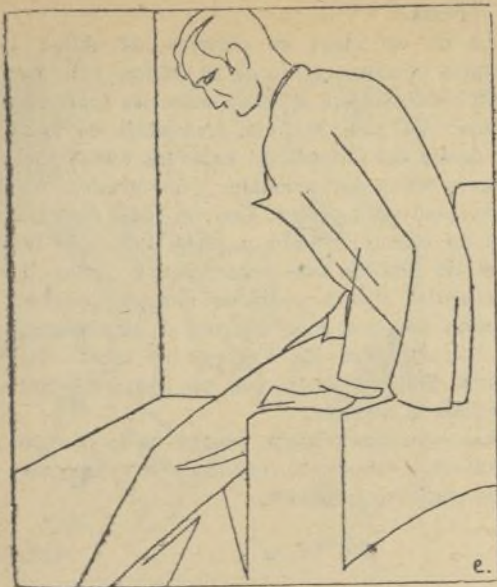
Matilde ha triunfado. Enrique es feliz. Pero el problema de su felicidad no tenía despejadas todas sus incógnitas. Debió sospechar de su tan clara simplicidad.

### IV

Corretean como chicuelos por una ciudad del itinerario, donde va a ser descubierto el monumento a los héroes de Almalek. Nunca asistió Enrique a ceremonias tan poco divertidas; pero hoy todo le divierte, y ante los bloques enormes —embozados en el centro de la plaza— reconstituye mentalmente alguna papeleta de la más culta antigüedad. Todas las gracias del mundo son para Enrique gracias catalogadas, de fichero, excepto la gracia radiante de Matilde, que ahora le guiña el ojo como un golillo...

La plaza se inunda de curiosos. Estos fervores retrospectivos suelen juntar muchedumbres, como los fervores actuales, a veces con la misma temperatura, con la temperatura de la hora del aperitivo... Porque el pasado se fué echando en olvido, y el presente aún no logró





prender demasiado; de modo que suelen producir un fervor medio, un común dominador emocional.

Pifanos, maceros, caballeros en el traje de la elocuencia. Alcalde, ministro, bruñidos cascos plumíferos, el hombre morado. De pronto una ciudad agrupa sus "fuerzas vivas" para resucitar las muertas.

Van apagándose las charlas colectivas, van surgiendo las frases individuales. Un latido vigoroso arranca del corazón de la plaza, recorre los aros de multitud y va a chocar con los soportales, con el quiosco de refrescos. Ascien- de una palma retórica, fría. Cae un surtidor oratorio sobre las cabezas destocadas:

"... pulsos sagrados..., titánicos pechos..., tela de sangre viva..., lauros..."

La mañana protesta de que se le utilice en estos infantiles menesteres de descorder cortinas. Es una mañana elaborada para más altas faenas: para el amor, para el puro diálogo socrático. La mañana protesta, destacando un tropel de geniecillos que se divierten en soplar sobre la testa del alcalde, en jugar con las greñas del alcalde, cuidadosamente repartidas por el cráneo. En un minuto, aquel grave problema de distribución capilar tan honradamente

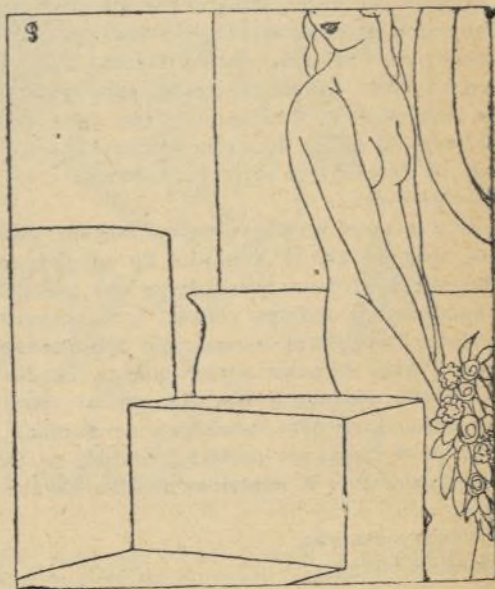
resuelto por la primera autoridad local, se plantea de nuevo, y en angustiosos términos. Otros geniecillos se solazan agitando ramitas sobre la faz augusta del hombre morado, hincándole en los oídos flechitas verdes de un pino enorme que endosela todas las Comisiones. Otros geniecillos corretean por la muchedumbre, pellizcando a las muchachas, arañando nu- cas, distribuyendo pedazos de oración, como bombones de una asamblea donde los taquígra- fos se hubiesen vuelto locos:

"... tralla enemiga..., liosas mujeres..., forzados caudillos..."

A los últimos asistentes apenas llega algu- na palabra desconcertante:

"... limón, naranja..., oros... sangre..., es- padas..., copas..."

Porque de las metáforas se desprende ato- londrada la palabra esencial, la más ayuna de sentido recto, y, como una pelota, va a incrus- tarse en los oídos más remotos, produciendo allí una indescifrable algarabía. Sólo los más pró- ximos al monumento disfrutan de algunos pe- ríodos completos, a despecho del aire revoltoso y de los mismos oradores. Porque los orado- res suelen traer a estos homenajes discursos ya hechos jirones, recortes de discursos, zurci-





dos para poder ser en cualquier momento fácilmente desparramados sobre miles de cabezas, como el padrino de boda esparce caramelos y Pierrot *confetti*; y recelan de los espectadores más próximos, que acaso pretenden reconstituir la pieza oratorio innumerable.

"... laurel..., brasa encendida..., carne rota..., pan..., vino heroico..."

Cada orador escoge sus metáforas en almacenes distintos. Unos, en el cielo; otros, en el mar; unos, en el tálamo; otros, en la despensa. Los dos viajeros escuchan unas y otras al pie del monumento, bisbiseándose alguna acozación que rompe con una furiosa mirada el primer teniente de alcalde.

Al fin, tembloroso, irrumpe el momento emocionante. Un brazo se adelanta, una mano oprime el extremo del cordón. Ante los ojos atónitos va a aparecer la nueva maravilla del genial escultor. Gravemente, el ministro tira del cordón, y toda aquella falsa epidermis de satén se viene abajo. La Victoria ofrece a las multitudes un ramo de laurel. Su marmórea desnudez desafía las miradas hostiles del hombre morado, de las mujercillas negras. Es el primer monumento que, en esta ciudad, se atreve a tanto.

Enrique examina la estatua. Matilde inclina la cabeza. En vano quiso evitar que Enrique asistiese a la inauguración; en vano pretendió instalarse a espaldas de la estatua. Bonilla, además, había dejado en aquella cara los rasgos esenciales de Matilde... Enrique sigue contemplando la mujer del ramo de laurel. Le acomete un nerviosismo extraño. Balbucea:

—¡Qué raro!...

Poco a poco va dándose por vencido. Allí está, toda entera, la intimidad de su dichoso tálamo. Se arranca bruscamente del pie del monumento, y arrastra consigo a la azorada Matilde. Las gentes se esparcen alegremente por los cafés. Al pasar por un quiosco, adquiere Enrique una monografía, con muchas reproducciones, de la obra escultórica de Bonilla...

Y, en el hotel, sin palabras, Matilde se va desnudando, bajo el imperioso mandato de Enrique:

—Sube a esa silla.

Matilde obedece.

—Toma.

Le da un ramo de claveles; le obliga a adoptar el mismo gesto de la estatua. ¡No hay duda! Vorazmente se lanza sobre las reproducciones. Allí está Matilde, convertida en todas las diosas del Olimpo, en todas las virtudes cívicas y militares, nacionales y universales. Matilde, por todas partes. Con un poco de gasa, con un mezquino paño, a plena luz... La belleza de Matilde está repartida por todas las provincias. Plazas públicas, museos, parques, fuentes, pórticos, todo disfruta de una parcela de esta desnudez que Enrique ha soñado descubrir. Matilde decora con sus gracias desnudas toda la nación.

Allí está, derrumbada, inerte, caído el ramo de claveles, sollozando convulsa. Enrique enmudece, sombrío, fracasado.

## V

Y aquí termina la carrera amorosa de Matilde. Comienza su vida doméstica, silenciosa, humilde, como de mujer que ha mentido. Quizá más tarde —ya desvanecida la viva estatua— continúe este viaje lunático. Entonces, de ciudad en ciudad, irán recorriendo todo el antiguo pentágono de su goce. Repasarán, hoja a hoja, el álbum de aquel cuerpo delicioso ya desmoronado. Lo verán ir resucitando en cada plaza, en cada parque, ya perdurable, intacto.

Así reflexiona Enrique, mientras ella se viste para bajar al comedor. Y en la mente del profesor de Matemáticas —ya más serena— va espesándose una idea: la idea del dominio. El, Enrique, es ahora dueño de toda aquella belleza repartida a los cuatro vientos... La idea comienza por clavarle sus uñas de ironía. Luego se va dejando dominar a su vez por ella, dulcemente, hasta quedar vencido.

Con un largo beso a la belleza concreta, individual, estremecida, de Matilde, se va borrando todo el tropel de abstracciones impertinentes que habían acudido —como turbias incógnitas— a embrollar el claro teorema de su vida.

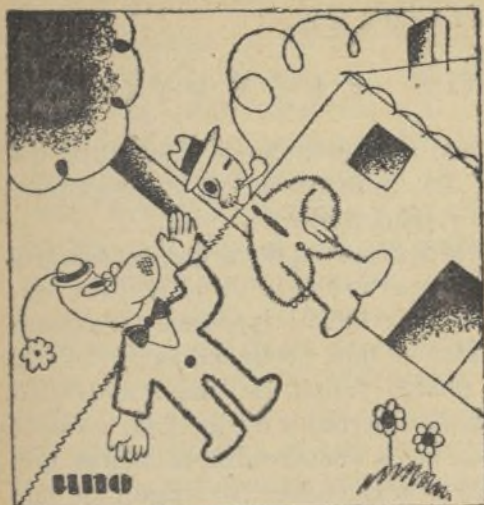
BENJAMÍN JARNÉS.

(Ilustraciones de GARRÁN.)

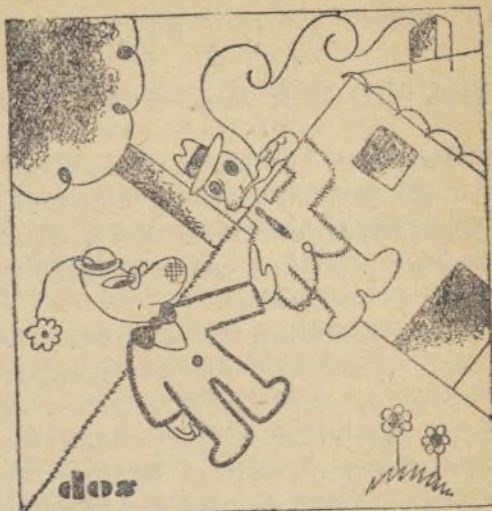


# CONFESIÓN OBLIGADA

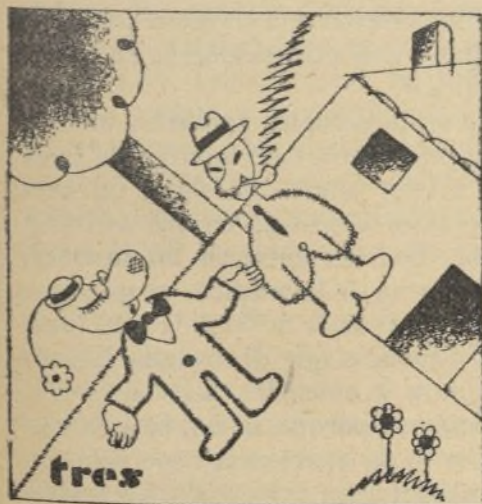
POR GARRÁN



—He descubierto un sistema para hacer que confiesen los delincuentes, que va a dar más que hablar que el nervio trigémino.

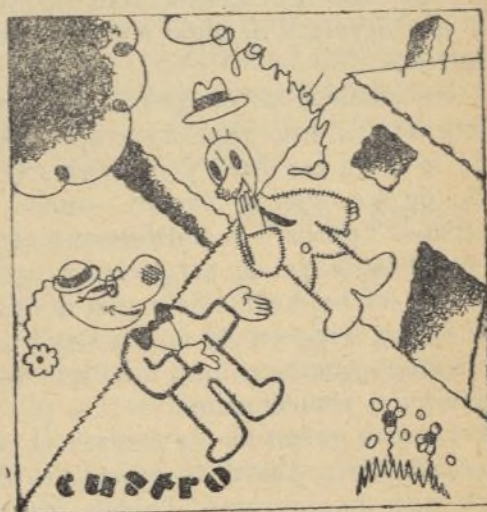


—Te lo explicaré; pero guárdame el secreto. Entré en la celda de un delincuente que se obstina en callar, y de buenas a primeras le digo que está libre porque se comprobó su inocencia.



—Como es natural, se alegra, y entonces yo comienzo a tocar y a bailar...

—¿Y qué?



—Pues nada; que en ese momento de optimismo, lo más natural es que se decida a cantar.



# Panorama político

DEL MAPA IDEALIFORME

## LA DERROTA DE LOS ESCÉPTICOS

La gente que piensa (de la otra no se habla aunque es la que más importa cuantitativamente) se divide, con relación a la política, en dos grupos: creyentes y escépticos.

Los que creen en la política, no como efectividad de su existencia —cosa que nadie puede dudar—, sino como algo sobre lo que es imprescindible tener un criterio, negro o rojo, de derecha o de izquierda, y defenderle con razones y con obras, estimulan en sí mismos un ideal altruista y cumplen un deber. En España esta clase de creyentes, de intelectuales bien penetrados de la responsabilidad —ética, humana, social— que por el solo hecho de serlo les incumbe, han sido, en lo que llevamos de siglo xx, poco numerosos.

En cambio, los escépticos han sido muchos. En este segundo grupo, donde se aloja esa rara y preciosa especie de los que se llaman —unos a otros— “puros”, la indiferencia egoísta disfrazada de aristocracia espiritual, les ha conducido a una actitud que ellos suponen de austero apartamiento, y que no es otra cosa que una deserción simplemente.

De este grupo de los escépticos, de los, en rigor, falsos escépticos, es de los que me propongo hablar. Entre otras cosas, porque hay que fomentar el hecho que en la actividad se obser-

va, de que su número disminuye día por día, hora por hora, en proporciones considerables.

Me apresuro a decir que no siempre aquel apartamiento de la política significa deserción y egoísmo. Ocasiones existen en que, deslizándose la vida de un pueblo dentro de una normalidad legal de libertad y de justicia, no hace falta, no es indispensable, al menos, que ciertos intelectuales se salgan de sus torres de marfil, para actuar en la política. Ortega y Gasset lo ha dicho exactamente: “Hay épocas en que ni es obligación, ni siquiera es posible. Pero hay otras en que, con toda evidencia, se advierte el deber para todo participante en una sociedad soberana, de intervenir enérgicamente en la vida pública.”

Los intelectuales apolíticos han venido teniendo a todo lo largo de nuestro primer cuarto de siglo, un buen sistema de disculpas en que atrincherarse. Podrían entonces no justificar su divorcio de la política, ya que gran parte de aquella normalidad de libertad y justicia que disfrutaba España era pura apariencia; pero sí podían disculparse porque, al fin, bajo la cascarilla de la apariencia (que tampoco era absolutamente mendaz) los problemas no se presentaban con la agudización y la fuerza con que se muestran ahora. La vida del pensamiento y de la



cultura seguía su curso en cierto modo aislada e independiente de la vida política del Estado. Los hombres del 98, al liquidar los últimos restos del romanticismo del siglo XIX, volvieron la espalda a toda actuación civil y gubernamental para ocuparse sólo de vagas y admirables literaturas, de egoístas filosofías abruptas y de un nihilismo escéptico, al cual, sin duda, tenían *todavía* algún derecho.

Es de justicia reconocer que a los intelectuales del 98 les debemos un afinamiento en la misión crítica de la vida española extraordinario. Pero si en el enfoque negativo, o sea destructivo, escéptico, estuvieron verdaderamente certeros, en su labor constructiva, o sea entusiasta, positiva, anduvieron torpes y escasos. No les culpemos demasiado. Todo no lo iban a hacer ellos.

Ya durante los años primeros de nuestro siglo hasta después de la gran guerra, la situación escéptica y apolítica de los intelectuales se va haciendo no sólo en España, sino en todo el mundo, cada vez más difícil. (¿Acaso no les alcanza a los intelectuales de toda Europa enorme responsabilidad por sus inhibiciones torremarfileñas y narcisistas, de la sangrienta conflagra-

ción europea? Por lo menos, a muchos de ellos les ha remordido la conciencia y han procedido después de 1918 de muy distinta manera.)

Sin embargo, el choque verdadero, inevitable entre las dos actitudes, la de los que creen (creemos) en la política y en el deber de intervenir en ella y la de los que se encogen de hombros descreídamente, no ha tenido lugar en España hasta nuestros días. En efecto, ahora no hay más remedio que optar en un sentido o en otro, pues ya la causa del pensamiento y de la cultura —lo repito— no se halla ni siquiera relativamente suelta y aparte de la vida política del Estado. Va mezclada a ésta, y su suerte y su libertad de movimientos dependerá de los cauces anchos o estrechos que la estructura de aquél determinen.

El escepticismo, que no es otra cosa en el fondo que abstención —y cobardía y egoísmo y reclusión por absoluto punible, de cada cual, en el recinto de su especialidad estética o científica— resulta para el intelectual de hoy, día por día, hora por hora, cada vez más insostenible.

ANTONIO ESPINA.

## E L R E Y D E B A S T O S

No sólo son los *Aces* —en la baraja— los únicos símbolos de divinidad.

Yo veo en el *rey de bastos* algo más que un complejo social —como han venido sosteniendo los folkloristas hasta ahora—. Yo veo nada menos que el vago eco coloreado de un mito helénico.

En el *rey de bastos* yo he creído reconocer el último vestigio popular del culto a Hércules.

El naípe *rey de bastos* es para mí una estampa de devoción heraclida.

\* \* \*

A los reyes en la baraja se les venía



asignando un papel primate parecido al del ajedrez. Eran los conductores de sus respectivos *palos*: de sus respectivos ejércitos de peones y figuras.

La baraja —como los tableros de ajedrez— representaba un tremendo campo de batalla.

Esa fruición del arte nuevo por restaurar “el tablero”, la liza blanca y negra, se comprende gracias a una explicación —común a la Edad Media y a nuestro tiempo—: la deportiva.

En ese *tablero* donde el caballero medieval veía un *palenque*, hoy ha visto el deportista un *stadium*.

Nada se parece tanto a una partida de ajedrez como un partido de fútbol.

Ese desarrollo del sentido estratégico que da el ajedrez tenía que ser gozado por los entusiastas del combate: el guerrero, el púgil.

\* \* \*

Pero lo que en el ajedrez era *cálculo de posibilidades* (geometría, logaritmo), en la baraja se transformó en *azar*: en *imposibilidad calculadora*. De ahí que el ajedrez quedara siempre como juego noble, de cultura superior. Mientras la baraja —una vez vulgarizada por la imprenta durante el Renacimiento— descendiese a las capas populares e incultas de la sociedad, automáticamente: a estratos sociales donde el *azar* hiciera saltar los corazones y las monedas. Y donde el “sentido *imperial* del ajedrez” no tuviera ya sentido.

Por consiguiente, no es de extrañar que la baraja —juego romántico, aza-

roso, plebeyo y confuso— haya sido repugnada por el nuevo arte.

\* \* \*

Ahora bien; del nuevo arte tenía la obligación de discernir las chispas de oro que hubieran perdurado adheridas a esa ganga mineral de los naipes.

Y rehabilitar en la baraja lo digno de rehabilitarse.

Yo he intentado ya estremecer la atención de los “nuevos jugadores” sacudiendo el haz de rayos místicos que son los *Ases*. Sotolineando su destello escandinavo —nieve y sol—, creador de stirpes regias.

Mas todavía es preciso salvar otras significaciones puras, nunistas y actuales de los naipes. Además de los *Ases* hay que tornar a reverenciar al *rey de bastos*.

\* \* \*

No deja de tener intención el que se viniera otorgando tradicionalmente al *rey de bastos* “la representación forzada de la clase labradora”. De igual modo que al de espadas, la de la noble. Al de copas, la de la eclesiástica. Y al de oros, la de la burguesa o mercantil.

Se veía en el *basto* un macizo tronco de árbol. Y así era, en efecto: la famosa clava de Hércules.

\* \* \*

Tal vez lo más característico de la leyenda herculana sea su constante olor a campo.

Sea su trabazón incesante con las potencias naturales emanadas del agro.

Hércules, ante todo, fué un castizo campesino. Por su nacimiento, ya ilegítimo, de auténtico hijo *natural*



(amores de un gran señor —Zeus— con una buena matrona —Alcmena). Hércules comienza su vida entre nodrizas de la campaña. Desde los primeros años se le ve que le tira la dehesa.

Zeus, su padre, para no tener más disgustos con su mujer, la celosa Hera, hubo de consentir en esta educación montaraz y dejar al muchacho crecer entre pastores —sobre el Citerón—. Tirando la honda, comiendo miel y queso y bebiendo leche.

Toda la vida de Hércules se desarrolla poco más o menos así. Siendo el héroe de vaqueros y segadores. Sus doce trabajos tienen por fondo constante ese paisaje de cerros, olivares, vacadas, sembrados y bosques. Sus adversarios son casi todos de la especie silvana. Un león, una cierva, un jabalí, un toro, unas yeguas, un can y unas aves. Y cuando se aparta de tales luchas es para caer en tareas de mozo de cuadra: como la célebre limpieza estabular de Augías.

Hércules fué el dios genial de las cosechas.

El único himno que obtiene en su culto es la canción festival de los segadores. Como resultado de “aquella emancipación proletaria” que realizó con los pobres labriegos explotados por Lityrsés, rey de Frigia.

Cuando la leyenda herculana trasmigra a Egipto es con un tema semejante: Hércules, cosechero. Hércules, salvador del hijo de Busiris, a quien iban a inmolar para asegurar la recolección de la vega del Nilo. En

Roma, el Heracles griego acentúa aún más su carácter labrador.

En Roma es un dios campestre de la Sabina y del Lacio, que lleva los sobrenombres de *Rusticus*, *Domesticus*, *Genialis*, *Agrestis*, y a quien se ofrece la primicia de la uva y del rebaño.

Donde Hércules se presenta, crece el trigo, respira el matiego, la viña da más vino, la oliva más aceite y la abeja más miel. Su fecundidad divina radica en el cuerno de una cabra. Su defensa, en la piel de un león. Y su arma favorita, en eso: el tocón de un olivo: el ñudoso tronco de un árbol: el *basto*.

\* \* \*

(Es muy posible que el culto del *basto* tenga un origen prehistórico. Y que Hércules no sea, ya en Grecia, sino una imagen muy posterior de divinización paleolíticas.

“El bastón de mando” encontrado en diferentes puntos del Magdalenien se ha hecho suponer a los etnólogos —por su forma perforada y misteriosa— en un poder mágico asignado a ese *basto* primitivo de asta de reno. La magia de tal vara —vara de Moisés que en la actualidad ha ido a parar a los guardias urbanos— se ha confirmado, confrontando las famosas “clavas cefalomorfas” —de piedra— de Chile y de Argentina, llenas de virtud imperiosa.)

Contemplad un castizo *rey de bastos* de nuestra baraja española y mirad después al Hércules Ludovisi o al Heracles Farnesio. ¿Qué diferencia?

Apenas la vestuaria: Que el már-



mol antiguo va desnudo y vuestro naipe lleva el atuendo medieval con que todavía el siglo xvi investía a Hércules en Francia para decorar los tapices reales. Hércules: *caballero de los gobelinos*. De donde —sin duda— pasa al otro cartón de la baraja.

\* \* \*

Así como para entender la substancia mágica de los *Ases* precisa asomarse a una partida de *bridge* entre aviadores, tal vez —para entender bien la del *rey de bastos*— sea menester contemplar la nueva política del mundo. Rural. Silvana. Primitiva.

\* \* \*

*Ases: rey de bastos*: naipes sobre los que hoy el arte nuevo puede apostar su entusiasmo heraclida: sus monedas celestes.

*Bajo el signo de Orestes.*

El renacimiento de las tiranías en el área de la nueva época no es un fenómeno político.

Por ser interpretado —¡ah, viejos gerontes!—, hasta ahora, como exclusivo fenómeno político —muchacha juventud se ha sentido ajena e indiferente—. (Sobre todo, en lugares donde ha venido siendo —de hecho— una gerontarquía, un anticesarismo. Y se ha confundido el militarismo y la burocracia —es decir: lo siglo xix— con el militatismo y la aventura: es decir, lo siglo xx.)

Pero ya es momento de desgarrar la magnífica entraña de las tiranías hasta su mismo fondo. Hasta su poema.

Las tiranías no habrían podido nacer —renacer— si el mundo no hubiese tornado a una infancia casi selvática.

Si las nuevas muchedumbres no hubiesen superado la caquexia de una etapa histórica: *republicana, dinástica, constitucional, parlamentaria, de sociedad anónima industrial*: esa etapa que, denominándose a sí misma *liberal*, poseía el máximo de los terrores a la máxima de las libertades: dejar suelto al *individuo* —no en sus instintos gregarios, mediocres y relativos, sino en sus instintos sublimes, absolutos y majestuosos: *regios*.

Esa época de anticesáreos que —habiendo nacido bajo un gran César— había vuelto al terror del tirano, del individuo en su más tensa y heroica capacidad humana: capacidad de *rey*, de *creador de dinastías*, de *aniquilador de tradiciones*. Al terror del individuo como batidor de records para la conquista del poder. (Terror del golpe de estado, de la revolución social, del episodio nacional, de la sangre civil.) Maza de Hércules.

Está ya tan perdido y odiado el mágico nombre de *rey*, que resulta un escándalo proclamar el retorno a las *monarquías naturales*, como gobiernos únicos de juventud humana.

Toda dinastía o forma consuetudinaria es ya la *herencia*, lo *pacífico*, la *cristalización del peligro*, la *tradición*, la *constitución*, lo *militarista*, lo *civilizado*, lo *demócrata*, lo *descendente*.

¡Adelante —en cambio—, adelante!, todo: ¡viva un *rey*!



¿Cuál? Ese:

Orestes dando muerte a Zoas y escapando al bosque sagrado de Diana, a esperar (sin dormir, sin reposo, alerta todo su ser), a esperar que un nuevo audaz, un nuevo rey, un nuevo héroe, venga a atacarle para arrebatarse el cetro. La clava: místico símbolo hercúleo.

Como en las conquistas atléticas, ¡a sostener dominios, y a evitar que los bata —mejor— nadie más!

Rey de la nueva vida del mundo es el César político (dictador o gran jefe de república) la minoría cesárea o *soviet*, el inventor de laboratorio y gabinete, el capitán de industria, el aviador, el motorista, el poeta y el plástico puros, el gran periodista, el cine-mactor.

Sobre el tumulto desbocado y turbio y voraz y atroz de las masas: esos regidores: esos encaminadores: Puño heraclida.

En las avanzadas de la novísima humanidad, que ya no entiende de burgueses ni de proletarios, sino de re-

gidores y regidos, de proas y de masas.

Antes de que esta humanidad torne a hacerse vieja.

Torne a la gerontocracia.

Torne a los sistemas mecánicos y antiheroicos.

Torne al terror del individuo —o de la minoría de individuos— en absoluta libertad. Antes de que esta joven y atlética humanidad se adulte y adultere.

Y torne a querer *comerse la libertad cesárea*, asegurando que ella también como masa puede ser *rey, libre, absoluta*.

Y torne el aburrimiento del mundo. La mediocridad mundial. La reglamentación pacífica terráquea. Las compañías de seguros del globo.

Lo antijoven. Lo antidivino. Lo antiheraclida.

¡Hércules! Jugando a los dados. Juego y Fuerza. Suntuosidad vital. (Dominio.) Serenidad.

Cinema. Realeza natural. Atletismo: Cornete de dados. (Cornete de dados: *hoy*. Y la aurora de *mañana*.)

E. GIMÉNEZ CABALLERO.

## SUSCRIPTORES

### PRECIOS

España, un año .....	Ptas. 12,00
Hispanoamérica, un año .....	» 15,00
Extranjero, un año .....	» 18,00

/ / /

Los 10.000 primeros suscriptores de ATLÁNTICO recibirán al año: diez números

ordinarios de 132 páginas y dos extraordinarios de 196, MAS DIEZ PESETAS en libros a elegir entre los títulos cuyas listas iremos publicando (véase la primera en este número).

/ / /

Apresúrense a figurar entre los primeros suscriptores, enviando inmediatamente a ATLÁNTICO el Boletín que figura en otro lugar de esta Revista.



## EN TORNO AL LLAMAMIENTO DE LOS INTELECTUALES

"En el huerto español, todos los frutos están ya madurando."  
(Ortega y Gasset, abril 1929.)

Los jóvenes intelectuales de España —creámosles— van a organizarse —están organizándose— políticamente: en partido político —porque "en el huerto español todos los frutos están ya madurando"—. Mucho cabe confiar en la acción de los cultivadores de la inteligencia. Mucho debe exigírseles. Aún más si declaran, como declaran —aceptan el consejo de Ortega— que debe seccionarse "radicalmente toda comunicación y continuidad con el pasado de la política nacional en todas sus formas y modos": nuevos valores —ideológicos, estructurales, funcionales— quieren aportar.

Si es éste su objetivo, ingenuamente confesamos que la Carta Manifiesto con que han nacido a la vida pública —con que ha nacido a ella el núcleo productor—, nos llena de perplejidades, desvalorizadoras de nuestras esperanzas —creemos en la potencialidad de sus autores—. Alzan como bandera "la del pensar libre y moderno, dentro de la soberanía fundamental del derecho". Es decir: aceptan la soberanía del derecho. Y entendemos que debían habernos dicho *cuál es su*

*concepción del derecho*. Porque este tema —la distinta concepción del derecho—, inseparable del imperativo de definirse sobre *quien ha de construir el derecho* —¿la sociedad?, ¿por su libre desenvolvimiento?, ¿coactivamente? ¿El Estado?—, en torno de este tema, giran y han de girar las más modernas doctrinas y actuaciones políticas.

Aceptan, como intangible, el liberalismo. Recogen la definición que les da Ortega y Gasset sobre lo que es Política: "actuar sobre los que no son nuestros amigos y ni piensan ni sienten como nosotros" —¿no es la misma definición que se dan, para justificarse, todas las dictaduras, a las que condena el intelectualismo joven español?—. Relacionando ambos puntos, y recordando que su lema es la soberanía fundamental del derecho, no nos equivocaremos atribuyéndoles esta tesis: la sociedad, coaccionada intelectualmente por los mejores —conducida por los mejores, también— elabora el derecho —debe elaborar el derecho—, que es la norma jurídica reguladora de la interdependencia en que han de vivir los hombres, libremente.

¿Son estas las concepciones nuevas

## A T L Á N T I C O

*Publicará en el próximo número interesantes artículos sobre temas sociales y políticos de la América española.*





que el novel partido político de avanzados intelectuales españoles va a aportar? No acertamos a descubrir, ni la novedad, ni la avanzada.

Más cabía esperar de ellos, de decidirse a actuar políticamente.

Más debe exigírseles. Ante todo, que se definan —que definan el nuevo partido —aunque, como dicen, su obra no traspase por ahora las lícitas fronteras del proselitismo ideológico y suasorio— sobre esta cuestión: ¿es la estructuración de la sociedad la que crea la voluntad y la conciencia individual, o es la voluntad y la conciencia del individuo la que estructura la sociedad? Aunque pueda parecer innecesaria la contestación tratándose de quienes declaran intangible el liberalismo, no es caprichosa nuestra pretensión, porque lo peor que puede aducir un partido político es contradicción oportunista entre sus declaraciones de principios y las actividades —intelectuales, de escritores, de curiosos que escriben para el gran público— de sus creadores, muchas veces simpatizantes con lo que es antagónico a lo que pretenden —¡ojalá!— aportar a nuestra vida pública —a la nueva estructuración de la conciencia española.

Más debe exigírseles. Los pueblos —las sociedades políticas— no viven

de declaraciones de principios. Exigen que sus conductores —todo partido político aspira a serlo: tiende al poder— resuelvan o enfoquen los problemas cuya irresolución paraliza —entorpece— la marcha ascendente de la civilización.

Y, en primer plano, aparece la cuestión de la soberanía —del ejercicio de la soberanía—. De una parte, la democracia, la ampliación de la democracia, se impone. Y ésta nos dice de la necesidad de una mayor participación del pueblo —del ciudadano— en las decisiones soberanas. Pero, por otra parte, el aumento de las funciones del Estado exige una mayor autonomía, una mayor libertad, en los movimientos del Poder Ejecutivo: ¿Cómo compaginar ambas realidades para que resulte fortalecido el Estado, que para nosotros es —debe ser— el ejecutor del derecho?

Plantéense a sí mismos, los novel políticos, este problema y resuévanlo, o encáucenlo. Con ello harán más prosélitos que con una carta circular que, por lo difusa en sus lemas, permite interpretaciones quizá erróneas.

Me refiero a la que de ellos doy en esta nota.

LUIS DE ANDRÉS Y MORERA.

*En el próximo número, publicaremos tres artículos sobre política, de*

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO  
FRANCISCO AYALA y  
GUILLEN SALAYÁ



## Vida ejemplar de un claro varón de Navarra

Un fuerte repiqueteo del timbre hizo levantar la cabeza a Gulina; y mientras el *boton*, chillonamente vestido de rojo y con gorrito sajón, corría a franquear la puerta, él ocultó rápidamente bajo su mesa de trabajo la revista pornográfica con que solía entretener sus ocios. Cuando entró el visitante —semblante indeciso, roja cara y saltones ojos—, Gulina se hallaba tan abstraído tomando notas sobre un montón de legajos, que el aldeano hubo de repetir el saludo, sin dejar de rascarse la cabeza por debajo de la boina.

—Perdóneme un segundo —rogó amablemente el atareado hombre de negocios—; en seguida concluyo. Es un aviso urgente; siéntese, haga el favor...

El recién llegado hundiéndose en uno de los amplios sillones giratorios y se entretuvo en pasar revista al despacho. Era el último grito mecánico de la civilización neoyorquina: un buró con cierres metálicos, armarios clasificadores, dos máquinas de escribir y un teléfono de sobremesa. Paredes casi desnudas. En el testero principal, el retrato al óleo de un bello sujeto ornado de hermosas barbas y roja boina, que el aldeano contempla largo rato con religiosa adoración.

—A su disposición, amigo —declaró, al fin, Gulina, con la más campechana sonrisa—. Usted me dirá en qué puedo servirle...

—Yo, señor —apuntó humildemente el visitante—, vengo en nombre del pueblo. Soy el alcalde de Cildoz. Sabemos que ha fundado usted una Cooperativa católica para la venta de vino y granos, y queremos entrar en ella.

—Bien, bien; pero es el caso... No sé si habrá medio ya —lamentó el personaje, mientras examinaba de reojo al visitante—. ¿Hay mucho carlista en Cildoz? —decidióse a interrogar, por último.

—¡Cómo, señor! —dijo, un poco ofendido, el alcalde—. En Cildoz todos somos carlistas. Jamás ha entrado allá un liberal; y el día que entre, lo quemamos...

—¡Excelente pueblo! —declaró Gulina—.

¡Gran cosa es la religión! Se le reservarán acciones. ¿Cuánto dinero trae usted?

—Dies mil pesetas pondremos, o así...

Gulina toca el timbre, y aparece una figura borrosa, de traje negro y uñas negras también.

—Firme usted veinte acciones de las reservadas, a nombre del alcalde de Cildoz, y traiga los resguardos en seguida.

—Quiero que se los lleve usted en el acto —explicó, volviéndose a su visitante—. Así evitaremos nuevos compromisos. Hay muchas peticiones; y eso que, de momento, sólo dará un siete de interés. Pero antes del año esperamos llegar al diez, o al quince, tal vez —concluyó, con tono indiferente.

El aldeano escucha codiciosamente. Gulina vuelve a llamar, y aparece el rojo *botones*, con una gran bandeja, en la que trae copas, una botella de champaña y la inevitable caja de habanos.

—Beberemos a la salud del Rey, nuestro señor —propone con énfasis Gulina, mientras descorcha la botella—. ¡Beba sin miedo! Es suave...

—¿De manera que el 15 por 100, decía usted? —inquire el alcalde, obsesionado por la idea que le persigue hace rato.

—¿Cómo...? ¡Ah!..., sí. Pero no de momento, ¿eh? Hay que hacer grandes gastos primero: compras, locales, depósitos. Más de cien mil duros llevo invertidos ya. Otra copita, amigo, ¿no? Por la santa Causa...

—El caso es —aventura el aldeano, decidiéndose al cabo— que, si pudiera usted darme otras veinte acciones... Tengo aquí el dinero. Lo traía al Crédito Navarro; pero es mejor que me lo emplee usted en Cooperativas o así...

—Hombre, hombre, eso es abusar —sonríe graciosamente Gulina—. Tenemos una demanda horrorosa. En fin, por tratarse de un correccionario...

Nuevo timbrado. El aldeano, ya rojo, deja otras diez mil pesetas.

—Que preparen mi coche para llevar a Cildoz al señor —ordena al criado.



Diez minutos más tarde, el alcalde, congestionado y fumando un magnífico veguero, parte en el lujoso Pakard, mientras acaricia amorosamente el rollo de cuarenta acciones sumergido en el profundo bolsillo de su chaqueta. Lleva un tesoro oculto; un tesoro deslumbrador, maravilloso y fantástico, como los de *Las mil y una noches*...

\* \* \*

De que Gulina era navarro, no cabe ninguna duda. Ahora..., ¿en qué lugar nació? Porque le rodea la misma oscuridad biográfica que a todos los grandes hombres. Si veinte ciudades se disputan haber tenido el honor de ser cuna de Homero, y cuatro villas castellanas se creen con derecho a ser patria de Cervantes, las tres mejores ciudades navarras se adjudican la gloria de haber traído al mundo a Gulina. Unos dicen que fué Estella; otros le conocieron viviendo en Tudela; en cuanto a nosotros, podemos afirmar que nació en Pamplona.

Todavía recordamos la garita humilde colocada entre el Frontón y la Posada de Otamendi, donde un hombre gordo y sonriente vendía a los aldeanos el nunca bastante ponderado chocolate —mucho azúcar y poco cacao— de Etulain. Recadero de este pequeño industrial era Inocente Gulina, a quien solíamos ver camino del Mercado de Irurzun.

Un día, el hombre gordo denunció al alcalde la desaparición del muchacho, en compañía de tres duros procedentes del cajón y seis libras de chocolate, de la estantería más barata, felizmente. El asunto era tan minúsculo, que se le echó tierra, y el recadero pudo llegar a Estella con algunas onzas aún, sobrantes del hurtado soconusco.

De su estancia en esta villa se sabe poco, pero sabroso. Luego de pasar varios años al servicio de un procurador, célebre por sus artemañas para sacar dinero a los aldeanos, se fugó una noche misteriosamente. Nadie pensó en seguirle; el procurador, llevándose las manos a la cabeza, confesaba que el *pelliseco* que el prófugo se le llevó entre las uñas era perfectamente legal. ¿En qué casta de negocios andaría el pájaro! Por su parte, la procuradora le lloró más de un mes, y hasta se sabe

que hizo dos novenas y un triduo para que volviese el descarriado doncel.

No era sencillo el milagro, si se tiene en cuenta que en cada vuelo cambiaba de nombre. Ya no existía Inocente Gulina, sino Jaime Olano. Estando de fraile lego en Tudela tuvo el acierto de congeniar místicamente con una Hija de María, muy religiosa y honesta, a quien abandonó quince días más tarde, en una posada de Zaragoza, donde le conocían por Moisés Serrano.

Salió, pues, de Navarra casi en olor de santidad, y, como en todos los grandes hombres, hasta mucho tiempo después de su muerte no se relacionaron sus diferentes personalidades. En cada nueva reencarnación aparecía tan desligado de las precedentes, que ha sido indispensable desbrozar todo un bosque de leyendas y exhumar mil recuerdos de nuestra infancia para fundir la cadena de hechos minúsculos que constituyen la primera etapa de la vida, que podríamos llamar germinativa, de Don Inocente.

Lo indiscutible es que Gulina fué en todo momento y lugar un acérrimo defensor de la Religión y la Santa Causa, y esto dificulta más aún nuestro trabajo biográfico, pues un carlista jamás permite husmear la vida privada de otro carlista. Tratándose de liberales, como están excomulgados, la cosa varía.

Diez años pasó Gulina en América, sospechamos que defendiendo el absolutismo, porque residió en Colombia, que religiosamente viene a ser una prolongación política de Navarra. Allá adecentó su cuerpo con trajes y alhajas ostentosas, y su espíritu con ultramodernas galas financieras. Cuando cayó de nuevo en Pamplona, era Gulina fastuoso como un infanzón, espléndido como un Dux, sutil y delicado como una rima de Bécquer...

Estamos en el corazón de Pamplona; un principal magnífico, situado en la hermosa plaza del Castillo, tres puertas más arriba del Círculo Carlista. A la entrada hay una dorada chapa que reza: "Agencia de negocios. Sucursales en Los Angeles y Veracruz." El *botones*, que tiene un dinamismo de ventilador y una cara de granuja muy simpática, abre la puerta, inclinándose con la gracia de un canchiller; cuelga las prendas a los aldeanos, cuan-



do puede, porque hay casero que defiende su boina con el tesón de Viriato, y cepilla a los clientes, si no vienen excesivamente manchados de barro.

Entretanto, Gulina, misteriosamente encerrado en su despacho... Pero no adelantemos los sucesos, como solían advertir los clásicos novelistas por entregas...

INTERMEDIO QUE EL AUTOR  
DEDICA COMO DESAGRAVIO A  
LOS NAVARROS SUSCEPTIBLES

Ser cronista sentimental de la linda margarita, de la dorada espiga, del prado azul hecho sueño o de las almas bondadosas, es el más cómodo y fructífero recurso para el historiador vanidoso. El pueblo agradecido le nombra en seguida hijo predilecto, le erige una estatua o encierra el fiambre en un confortable panteón marmóreo. En cambio, registrar los vicios de raza, cantar el barro y el limo, no lleva aparejado otro honor que un *requeté* nos rompa un hueso, o una mollera absolutista, de las que nunca han faltado en mi tierra, nos abra la cabeza con místico fervor...

Y, no obstante, he aquí nuestra labor ingrata de narrador verídico. Bien quisiéramos haber adjudicado a otra región cualquiera la paternidad de un personaje de tal catadura; pero no nos es lícito, sin incurrir en falsedad manifiesta. El carlista es un producto típicamente navarro, tan popular y acreditado como los higos de Fraga o las mantecadas de Astorga. Por lo demás, somos los primeros en reconocer y propagar, vengan o no a pelo, todas nuestras glorias presentes y pretéritas. Dimos reyes a Castilla, Borbones a Francia, Italia y España; místicos de la altura de un Fray Diego de Estella, y santos andariegos, como Francisco Javier. De aventureros podemos presentar un excelente escaparate, desde Pedro Navarro a Urzúa. Tenemos guerrilleros del brío de los Minas y el Cojo de Cirauqui. Sólo un apellido navarro, Rada, ha fatigado por tres veces a la Historia con un gran arzobispo, un general carlista y el piloto del *Plus Ultra*.

De compositores, no hablemos: Arrieta, Gaztambide, Larregla, Zabalza... Y así en todo. El

mejor tenor y el mejor violinista, Gayarre y Sarasate. ¡Si hemos dado hasta toreros! Ahí está el tafallés Cándido Tiebas, y no sobra recordar cómo ponía banderillas el Estudiante de Falces.

Entre los infinitos pelotaris célebres, citaremos a Irigoyen, y entre los luchadores, a Ochoa. Aunque los guipuzcoanos nos hayan quitado a Uzcudun, que es un apellido muy navarro, ya saldrá nuestro boxeador; precisamente puños es lo que sobra en Navarra. Respecto a escritores, tenemos al gran Campión, y, por mí, no hay inconveniente en que adoptemos a Baroja, que vive en Navarra. De sabios andamos escasos; pero nos podemos apuntar a Cajal, navarro por casualidad. De viajeros, a Benjamín de Tudela, y de mártires, a Servet. También tenemos la fatalidad de que haya nacido en Navarra la elocuencia de D. Víctor Pradera; mas una desgracia de tal calibre la tiene cualquier raza; la región que se vea libre de plúmbea retórica, que nos tire el primer dolmen...

Pero..., al margen de estas siluetas gloriosas, han florecido en los históricos campos navarros muchos vientres a lo Falstaff, mucha avispa picaresca con apetitos de descuidero y un respetable contingente de truhanes barnizados de sólidos prestigios; aguerridos curas de fusil y olla, levitas y fariseos de todas castas y colores. Una de estas vidas hemos querido hoy exhumar. (¡Tan fácil como sería encender la pirotecnica retórica del patriotismo en esa región ingenua y políticamente atrasada que se llama Navarra!) En último término, ello sólo demostrará que, en lo mejor y en lo peor, somos los amos. No en balde dice el cantar más enérgico y fanfarrón de nuestro retador cancionero:

*Navarra lleva en su seno  
la sangre de España entera,  
y el que no lo sepa bien,  
¡venga a verlo cuando quiera!*

\* \* \*

Seis Cooperativas católicas funcionaban ya bajo la férrea dirección de Gulina; pero esto sólo le daba prestigio y cartel entre los aldeanos, sin mezcla de rendimiento alguno. La gerencia estaba en manos de los curas, que sa-



ben administrar sagazmente. Urgía, pues, montar el negocio-mina: un proyecto que gestaba en su cerebro desde meses atrás, y para el que ya tenía un atractivo nombre: "Sindicato Carlista de Inventos Ultraprácticos". Uno de los tales inventos, el del hilo de platino, encerraba su fortuna.

Entretanto vivía espléndidamente con los misteriosos ingresos de la Agencia. De tarde en tarde llamaban dos o tres mozos de recelosa mirada y aire resuelto. Eran prófugos, individuos a quienes convenía embarcar con documentación irrefutable. Gulina les oía sin pestañear.

—Son mil pesetas por cada uno —apuntaba, por todo comentario.

No había discusión, ni regateo. Generalmente, se limitaban a responder:

—Está bien. ¿Cuándo?

—La semana que viene estará toda la documentación extendida. Hasta entonces, calma y a no hacerme imprudencias.

Y tras estrecharles la mano con la docta suficiencia de un jurisconsulto, los ponía en la escalera. Ya abajo, dábanse cuenta de que no era la misma por donde habían entrado, sino otra reservada, en cuyo primer descansillo se leía junto a una mano enérgicamente indicadora: "Informes reservados, particulares, íntimos. Discreción absoluta."

Estos ingresos extraordinarios, al margen de los oficiales, cubrían holgadamente su presupuesto de gastos, que no era flojo. Gastaba mucho en viajes, convites y consultas con técnicos, pues tenía la pretensión de que sus inventos no careciesen de una relativa garantía científica. Como un moderno peregrino del Ideal, iba y venía Gulina en su poderoso Hispano, exponiendo sus planes con gravedad espartana y un tecnicismo retórico capaz de convencer al más escéptico.

En uno de estos viajes, y contemplando los campos recién segados, que calcinaban al sol sus peladas carnes, mientras oía las quejas que el casero acumulaba sobre los infelices segadores, tuvo la divina revelación de su invento genial; la idea cumbre, que abarrotaría de oro su esquilmada gaveta. El terreno estaba propicio; ahora era el momento. La siega es cara, y con-

venía explotar el doloroso recuerdo de los recientes gastos, en provecho de su asombroso descubrimiento.

Y, en efecto, al día siguiente, la región apareció inundada por millares de hojas impresas en gruesos caracteres, que decían, entre grandes signos admirativos:

"¡¡NO MAS SEGADORES!! SINDICATO CARLISTA DE INVENTOS ULTRAPRACTICOS. ¡¡LA SIEGA A TRES CENTIMOS!! REUNION PREVIA, MAÑANA. VEINTE MIL ACCIONES. QUINCE POR CIENTO DE INTERES. CAPITAL: SEIS MILLONES DE PESETAS. ¡DIRECTOR, INOCENTE GULINA!"

Las sombras astrales de Volta y Galvani velaron aquella noche el sueño feliz del inespionado Gulina.

Fué aquella la época de las vacas gordas para la Agencia. La tarde misma del mitin se cubrió la emisión de acciones dos veces. Ni el Estado logró éxito parecido con sus famosos empréstitos del Interior, en los que el público hacía colas días enteros, conmovido por lo patriótico del llamamiento y el seis por ciento de interés ofrecido. Verdad es que aquí los réditos eran de un 15, y el lema de enganche: "Dios y la Causa".

A los pueblos liberales, Gulina les negaba el pan y la sal. Por otra parte, el invento no era una vulgaridad cualquiera. Sólo faltaba darle forma práctica, según afirmaba su inventor, alzando los brazos al cielo y poniendo la misma cara iluminada que Newton al divisar sobre sus narices la manzanita que traía envuelta entre pelusa la ley de la gravitación universal.

"... Porque yo, señores —declamaba—, como Edison, no soy un técnico, sino un inventor. Por eso me rodeo de hombres de ciencia, que hagan viables mis creaciones. No hacen falta conocimientos previos para abarcar la sencillez de mi hilo de platino. Un hombre se sitúa en Tafalla, otro en Pamplona. Llevan en los bolsillos unos poderosos aisladores, y a su espalda la batería eléctrica. Dan a la llave. El hilo de platino se pone al rojo, y ya no tienen más que avanzar a toda marcha. En una semana han segado hasta Sangüesa; en otra



etapa, hasta Barbastro; en la tercera pueden llegar bien a Lérida, y en la cuarta a Barcelona. ¿Comprendéis bien esto? En diez y ocho días, segado todo el Pirineo. Y el gasto, nulo. Aquí no hay jornales, ni comida para los segadores, ni maquinaria costosa, ni huelgas forzadas. Dos hombres y un hilo. He aquí todo...”

Descansaba unos minutos para dar tiempo a que el concurso rumiase bien la genial arenga, y proseguía:

“¿Acaso os parece excesivo el precio de dos reales que apunté antes por la robada de tierra? No hay que preocuparse; podemos ponerla a diez céntimos, en la seguridad de que ganaremos millones. Colón pidió tres días para descubrir un mundo nuevo; yo sólo os pido un año para inundar de oro a Navarra, hasta una altura de veinte codos. Del hilo, que ahora está en embrión, sacaremos el ovillo maravilloso de la Fortuna. Día llegará en que un automóvil puesto en las costas gallegas y otro en las de Cádiz, enlazados por nuestro hilo, resolverán el gran problema de la siega simultáneamente en toda la Península.” (Grandes y prolongados aplausos.)

—Con permiso —interrumpe un accionista, reaccionando, como hombre práctico, ante el desbordamiento de entusiasmo—. ¿Y si hay un incendio?

—¡Ah! —resuelve en el acto el orador, sin el menor conato de vacilación—. Se instala un servicio de teléfonos ambulantes y un Cuerpo ligero de bomberos. Para todo sobra dinero. Además, ¿por qué va a haber incendio? ¡Si es la sencillez misma! Una vuelta a la llave, ¡encendido!; otra vuelta a la llave, ¡apagado! Y los hombres-motores, ¡anda que anda!...

—Pero habrá que avisar —advierte otro creyente—; porque el hilo, lo mismo segará a las personas...

—Claro, claro —accede Gulina—. El día que funcione el hilo, se avisa de oficio a todos los alcaldes del Valle. Lo mismo que se hace cuando hay prácticas de artillería o tiro al blanco. Y, en resumen, para resolver estos detalles están los técnicos; ya hay contratada una brigada de ingenieros y capataces; ellos resolverán las minucias. Y ahora, señores, brindemos por el éxito del naciente Sindicato, mues-

tra elocuente del progreso, que ha sido siempre la divisa de los que luchamos bajo la tradicional bandera de la Fe.

Un aplauso formidable estalló en la sala, tanto por el final, de suyo barroco, como por la aparición de varios criados portadores de sendas bandejas con helados y champaña. Gulina sabía cuidar los detalles que componen —según advierte muy sagazmente un filósofo— las dos terceras partes del éxito en nuestra vida...

\*\*\*

A cualquier otro inventor, por genial que fuese, le hubieran temblado las carnes, pensando en el verano próximo. A Gulina, una vez recogido el dinero, le desvelaba poco la siega. Allá los técnicos, si no acertaban a materializar sus concepciones. Además, él conocía a los aldeanos: mientras cobrasen sus réditos, nada había que temer. Y los intereses se cobraban, eso sí; pues de otra suerte, su grandilocuencia habría fracasado irremediablemente.

Gulina, en suma, imitaba a los malos gobernantes, que van escondiendo sus trampas a fuerza de empréstitos ilusorios. Mientras su magín no se fatigase de planear negocios, la situación estaba salva. Esta es la causa de que encontremos a Gulina en su despacho, hundido en la poltrona, apoyados los brazos sobre su excelente mesa estilo yanqui, y preocupado el gesto. Es que se aproxima noviembre, el mes propicio para la sementera; y ni con la ayuda del rimero de catecismos agrícolas que tiene a su alcance logra atrapar la fórmula llamada a concluir con todos los abonos y estiércoles acreditados, por el momento.

Una idea bulle claramente en su cerebro. Hace falta nitrógeno abundante y barato. Nitrógeno..., nitrógeno... Las cuatro sílabas cabalísticas llevan dos días bailando ante sus ojos, en el aire, sin decidirse a entregarle su secreto.

¿En el aire? Apenas ha formulado la frase, da un rugido a lo Arquímedes, y en el acto empieza a redactar los estatutos de la nueva Sociedad y fijar el capital. Como el asunto requiere ciertas explicaciones, decide redactarlo en vascuence para los montañeses, y para los



de la ribera, en castellano, con interjecciones aragonesas intercaladas en el texto.

La fijación del nitrógeno, como explicaba con amena sencillez el excelente folleto, obteníase mediante un cañón, que lanzaba hacia el cielo cierta lluvia misteriosa, la cual en el acto descomponía el aire. Al primer disparo, huía despavorido el oxígeno, de quien bondadosamente no se ocupaba el inventor, mientras el nitrógeno, atrapado *in fraganti*, quedaba fijo e inmutable a ras de tierra, sin otra obligación que dedicarse a abonar los campos carlistas.

Con tan modesta base comprometíase Gulina a concluir con todos los abonos del mundo. Fué, pues, la fijación del nitrógeno por el cañón, o, mejor dicho, la fabricación de cañones para fijar el nitrógeno, el primordial objeto de la flamante Sociedad; y, aunque el lector incrédulo sonría escépticamente, lo cierto es que Gulina tuvo uno de sus éxitos más rotundos y reclutó sesenta mil duros. Aún es posible que exista por las afueras de Pamplona, entre el Arga y la Rochapea, una gran losa empotrada en el centro de la gran explanada. Precisamente el emplazamiento elegido para el famoso cañón...

\* \* \*

En el primer pueblecillo del valle cortado por la carretera detenía Gulina su estruendoso Hispano. No era necesario internarse mucho: caso de fallarle el negocio, allí estaba el camino para volverse a Pamplona. Temor absurdo, por otra parte, pues don Inocente no fué un vulgar Napoleón capaz de una retirada, ni aun tan estratégica como la de Rusia. No en balde peleaba bajo el santo lema "Dios, Patria y Rey".

Alojábase en la posada del pueblo, o, de no haberla, en la casa del más acomodado carlista, y en seguida preguntaba por el cura. Si por casualidad era integrista, napartarra o simplemente desprovisto de matiz político, cosa imposible, casi, en Navarra, Gulina tornaba al automóvil, en busca de otras tierras y otros cielos de más sólida fe. Mas si el párroco era carlista, hipótesis admisible en el 99 por 100 de los casos, el terreno prometía... Y si, además, había estado con Radica u Ollo, miel sobre hojuelas.

De ordinario encontraba al evangélico sacerdote en las eras, chupando su tagarnina y aquilatando, de paso, con su sagaz mirada, las ofrendas, misas, responsos y oladas que saldrían de aquellos benditos haces. Al llegar el forastero, separaba un momento la mirada del grano para fijarla en el recién llegado.

—No sé si habrá usted oído hablar de mí, respetable Padre —sonreía éste, adelantándose a besarle la mano—. Soy Inocente Gulina, agente de negocios en Pamplona, teniente de alcalde y, sobre todo, defensor acérrimo de la Santa Causa...

—¡Hombre, sí! —contestaba campechanamente el cándido clérigo—. ¿Quién no conoce, en Navarra, al más abnegado luchador de la Fe? Ayer mismo publicaba *El Pensamiento* un artículo de fondo acerca de la admirable labor social que está usted desarrollando. Lo leí con mucho gusto...

El buen párroco, poco versado en achaques de Prensa, se refería a un discreto anuncio de dos varas de largo, que Gulina pagaba con esplendidez a los periódicos carlistas.

—¿Y qué le trae por aquí? —inquiría el cura—. No necesito decirle que, si puedo servirle en algo...

—Gracias, señor cura; ya conozco sus bondades. En el Círculo hemos hablado mucho de usted, de su gran afecto por la Causa...

—No soy más que un humilde soldado del Rey, nuestro señor...

—¡Bah!, es usted demasiado modesto. No son esos mis informes; y yo bebo en fuentes muy altas...

El bendito sacerdote, no obstante haber blandido con éxito el fusil en la segunda guerra carlista, se esponja un poco, ruborizado, y acaba por arrojar la colilla. Gulina aprovecha para ofrecerle uno de sus magníficos habanos, que él sólo se decide a encender ante las ardientes instancias del forastero.

—De esto se fuma poco por aquí —comenta el bienaventurado clérigo, dando fuertes chupadas y poniendo una cara beatífica que parece escapada de algún retablo primitivo—. El pueblo es muy pobre. Se lo advierto, por si trae usted algún negocio entre manos...

Gulina, que aguarda agazapado la indirecta,



deniega con la cabeza, afectando una preocupación enorme. Cuando su mutismo ha intrigado suficientemente al cura, desliza con enigmático acento:

—No; en este pueblo no tengo asunto ninguno que ventilar. Voy a Logroño, a entrevistarme con un marqués que marcha a París...

Al llegar aquí, Gulina baja la voz; se acerca al oído del cura, y deja caer el nombre de algún aristócrata que tenga muchas tierras en Navarra.

—¿Y cómo se le ha ocurrido a usted detenerse en este pueblo? —torna a inquirir el cura.

—Le va a parecer tonto el motivo —advierde Gulina, poniendo en sus palabras el argentino tintineo de un duro, cuando suena a bueno—. Yo tengo costumbre de confesar todos los días; pero hoy he salido tan precipitadamente de Pamplona, al recibir el telegrama del marqués, que no he tenido tiempo de hacerlo. Y el caso es que se trata de un asunto de tal gravedad moral, que mi conciencia anda atormentándose desde que salí de casa. Así es que, al ver un pueblecillo, dije: "Me detendré unos momentos a confesar. Que se salve el alma, aunque se pierda el tiempo; todo antes que caer en pecado mortal..."

—Si en algo puede servirle este humilde párrafo rural...

El rostro de don Inocente se ilumina. Diríase que su lucha interior ha cesado.

—¡Oh, sí, sí! —agradece, anhelante—. ¿Puede usted oír ahora mismo mi asunto y aconsejarme en secreto de confesión?

—Al momento. ¡No faltaba más!...

Ambos interlocutores se dirigen calladamente a la iglesia. Gulina se arrodilla, hace la señal de la Cruz y reza una oración en voz alta. El escrupuloso agente va acusándose, contrito, de los medios legales, aunque no muy lícitos, que emplea en su Agencia. El es hombre de fe acendrada, pero los negocios buenos rara vez vienen por el camino derecho. Y éste de ahora es tan tentador, que por adelantado tiene remordimientos. De un lado, la certeza de hacerse rico; de otro, la congoja de faltar gravemente a los Mandamientos de la Iglesia...

Gulina se detiene, conmovido; dos lágrimas

velan sus ojos. Por la frente del confesor resbalan gotas de un sudor espeso:

—¡Por los clavos de Cristo! Tranquilícese, y diga de una vez qué negocio es ése...

—Oígame, Padre. Esta noche misma debo entregar al marqués treinta mil duros. Me firma sesenta mil y una hipoteca de retro sobre sus tierras de Lodosa. Yo no las conozco, ni sé si valdrán o no...

—¡Digo! ¡Ya lo creo! Son la dehesa del Arroyo y las tierras del llano de Aragón. Cien mil duros, por lo menos, valen...

—Pues eso es lo que me remuerde la conciencia, Padre. El marqués está en apuro, con el agua al cuello. Aun saliéndole bien las cosas, lo que es casi imposible, pues ahora marcha a París, son treinta mil duros que se ganan de un golpe. Aunque tenga que darle algo a mi socio...

—¡Ah! Tiene usted un socio...

—No; en realidad, no; yo trabajo por mi cuenta. Pero, como en este momento no tengo más que veintitrés mil duros disponibles, voy ahora a Estella. Tengo allá un íntimo amigo, alguna vez hemos hecho tratos juntos, y ya, de asociar a alguno en este negocio, prefiero que sea él. Pero si usted no me da la absolución, yo no sigo adelante.

El cura vuelve a sudar. En su interior luchan dos personalidades: la del lugareño codicioso, que ve la ganancia cercana, y la del padre de almas, caritativo y misericordioso.

—Yo creo —balbucea, al cabo— que podría usted hacer ese préstamo, con ciertas reservas. A primera vista, parece algo usurario; sin embargo, las circunstancias... Me han dicho que ese marqués es un derrochador, un depravado...

—¡Depravado, juerguista, derrochador y mason! —remacha Gulina—. El dinero sólo le ayuda a su perdición...

—¿Está usted seguro? —insiste, casi vencido, el confesor.

—Segurísimo. Con mis creencias, y en este sagrado lugar, yo no puedo faltar a la verdad en mi provecho. La prueba es que trato de tranquilizar mi conciencia oyendo el consejo de un hombre justo y sabio, aunque esa conciencia me haya dicho ya que más servirá a Dios tal



fortuna en manos de quienes lo empleen en su servicio, que en las de quien le ofende a todas horas con una conducta censurable...

—Cierto, cierto...: preferible es que ese dinero sirva a la buena Causa. Quizás Dios le ha elegido a usted para instrumento de su justicia. Vaya tranquilo, hijo mío. *Ego te absolvo, in nomine Pater, et Filio...*

.....  
Ya en el atrio, encienden nuevos puros. Don Inocente mira el reloj.

—¿Por qué no se queda usted a comer conmigo? —invita amablemente el cura.

—Gracias, Padre; no tengo tiempo. He de ir a Estella todavía, y a poco que me entreten-ga allá...

—Por eso no —insiste, con temblona voz, el párroco—. También aquí podría arreglarse. Casualmente, tengo siete mil duros en la rectoral. Acéptelos usted, y me hace un favor; en ningún sitio estarán tan bien empleados como en sus manos. Suba, suba conmigo; comeremos juntos, y me contará cómo va la política por Pamplona. La Diputación siempre nuestra, ¿eh?

—Siempre. Dios nos protege, y no deja levantar cabeza al enemigo, a los réprobos, que, desdichadamente, no faltan —termina con unción el gran Gulina, siguiendo al cura, que familiarmente le ha tomado el brazo.

Dos horas después, el automóvil parte camino de Estella, llevándose a Gulina, los siete mil duros y las copiosas bendiciones del párroco. Mas, en vez de seguir hacia Logroño, tuerce por Cirauqui y Puente la Reina; al anochecer entra en Pamplona, satisfecho y feliz. No hay duda de que es un gran profesor de idealismo, pues gracias a sus artimañas, la más virtuosa rama de la raza navarra soñará a todas horas, en lo sucesivo, con nuevas tierras de promisión.

En multitud de risueños valles, Gulina sacó los cuartos por tan elemental sistema a las más honestas y saneadas columnas del histórico carlismo. Clérigo hubo que, no teniendo dinero a mano, lo tomó de la casa nativa, arruinando de paso al mayorazgo. Y conste que al referir las plutarquinas hazañas de don Inocente, no añadimos, sino quitamos hierro al auténtico relato que de ellas hacen los encargados

de perpetuar y enaltecer los venerables anales del tradicionalismo navarro...

\* \* \*

Al llegar a este punto, el lector se ha preguntado ya repetidas veces cómo un hombre solo, sin familia, sin grandes necesidades y sin ser un caso de avaricia vulgar, podía gastar los pingües beneficios que tan saneados negocios le daban. ¿En qué se fundía el botín de sus *razzias*? Misterio impenetrable para sus contemporáneos; mas no para nosotros, iniciados en los matices éticos del credo carlista. Gulina, que políticamente podría ser una fachada hermosa que ostentase como tema decorativo las siete virtudes, fisiológicamente vivía mordido por los siete pecados capitales, y muy en especial por el dulce y rosado que floreciera bajo la hoja de parra de nuestro padre Adán...

Tres amadas tenía el galán, aposentadas en tres callejas distintas de la honestísima Pamplona. Estas gracias interinas —pues las renovaba cada trimestre— vivían en pisitos apropiados a sus carnes y categoría. Así, en el principal de la calle de Curia se veía siempre una morena amplia, opulenta y briosa, mientras en el de la calle de Santhi-Andía asomaban rubitas espigadas, tórtolas blancas, que recibían el alpiste sensual al oscurecer, siempre que hubiese novena cerca; por ejemplo, en San Lorenzo o San Fermín. Así, Gulina aprovechaba la marea de devotas para perderse en el recatado portal, y a la salida aún llegaba a tiempo de mascullar con toda piedad las postreras jaculatorias que invariablemente aplicaba el cura por los pecadores empedernidos.

En cuanto al tercer huerto, fué de lo más audaz que se conoció en Pamplona. Como que se hallaba situado en la plaza del Castillo, que viene a ser el corazón financiero de la ciudad.

El exterior no podía ser más honesto: una acreditada tienda de modas femeninas, con su espléndido escaparate abarrotado de cintas, echarpes, flores delicadísimas y espumas de encaje. En el mostrador, doña Remedios —otoñal, labios finos, contraídos en eterna sonrisa— se desvivía por atender a la clientela.

Tenía sucursales en San Sebastián y Bilbao, y a la entrada del verano e invierno iba a Pa-



ris con el fin de traerse los últimos alaridos en cintajos y cubrecabezas. Y daba la pícara casualidad de que en estos viajes encontraba siempre dos nuevas oficiales parisinas, encantadoras y esbeltísimas, que chapurraban un castellano adorablemente incorrecto, detalle que les daba enorme prestigio entre las damas ricas de la ciudad.

Vivían en el principal con doña Remedios, y no se trataban con el resto de las obreras indígenas, limitándose a servir como maniqués y atender al despacho. A las parroquianas de gran confianza contábase doña Remedios lo caras que le costaban aquellas lindas muchachitas de comedido gesto, que sólo salían para ir a la iglesia. Mas ella aceptaba todos estos sacrificios, con tal de complacer a tan distinguida clientela.

En efecto, las damas veíanse obligadas a confesar que aquellas chicas eran muy expertas y elegantes. Creyéraselas grandes duquesas que se dignasen servir al público por unas horas en esas orgías piadosas llamadas rifas benéficas.

Como doña Remedios manejaba dinero y no había hombre en la casa, acostumbraba aconsejarse, para la inversión de sus ganancias, de respetables amigos, que la visitaban con tal fin. Eran todos caballeros de gran prestigio, gerentes de grandes empresas, algún indiano millonario y nuestro buen amigo Gulina. Nunca llegaban a la media docena, y, ni que decir tiene, habían de ser columnas del neísmo pamplonés: los que pagan sermones, triduos y mantos para la Virgen de su parroquia. Allí no se admitían desarrapados, ni liberalotes de esos que en junto no reúnen seis reales.

Tal era la confianza de doña Remedios en sus amigos, que casi a diario acudía alguno a orientarla con sus prudentes consejos. No dejaba de acogerles sonriente la dama, ni de dedicarles una frase amable al tenderles la mano:

—¡Mi respetable amigo! ¿Usted por aquí?

—Ya me ve. ¿Cómo le va, mi querida señora?

—Siempre trabajando. Este afán de renovar el género cada temporada será mi ruina.

—Ya tiene usted quien le ayude; no se queje. Las señoras quedan encantadas...

—¡Oh, no! Un poco de *sprit*, mucha pacien-

cia, y luego, las oficiales... A propósito: mademoiselle Suczy quiere mandar a su casa unos francos. ¿Podría encargarse su agencia de girarlos?

—Sin duda alguna, señora, y con mil amores...

—Entonces, mande luego un *botones* para que ella se los entregue...

—No vale la pena; yo mismo me los llevo...

—¡Oh, por Dios! ¿Se va a molestar? Usted, siempre amable...

—No es molestia, señora —insistía el visitante, desapareciendo en dos saltos, camino del entresuelo.

Otras veces era a comprar acciones, o a levantar una hipoteca: siempre a causa de negocios. ¡Donosa doña Remedios! Murió rica, y dejó cerca de un millón de pesetas para misas, mandas religiosas y dotes de monjas. Su alma, que Dios habrá acogido en su santo seno, hizo muchos favores, aunque solamente a firmas financieras de prestigio sólido. De seguro no han olvidado aún la honesta y recatada tienda de modas, refugio de varones esforzados, dispuestos siempre a practicar una de las más difíciles obras de misericordia: dar buen consejo al que lo ha menester...

\* \* \*

"Para lo que le costó ganar...", decían, años después, refiriéndose a Gulina, los desencantados aldeanos, rascándose la cabellera próxima al cerebelo. Este encubierto reproche no era estrictamente justo. Verdad es que ganaba los dineros con la experta facilidad de cualquier Banco; pero también sabía derrochar hasta la temeridad, cuando el éxito se obstinaba en volver la espalda a una de sus geniales ideas. En Pamplona hizo época el servicio de automóviles que estableció, en competencia con otras redes ya acreditadas, y hasta con el tren...

Al hecho de que hubiese abundantes comunicaciones, le concedía escasa importancia. Entre Pamplona y Lecumberri, por ejemplo, existe el ferrocarril Plazaola, una línea de automóviles y un servicio de coches que recoge a los viajeros de Alsasua. Cualquier cerebro rutinario y lógico confesará que sobran medios de comunicación.





Pues al bueno de Gulina se le antojó hundir a las empresas existentes. Compró varios coches Saüer, nuevos, hermosos, dignos de pavonearse por las avenidas de Nueva York. Si en las demás líneas el asiento valía cuatro pesetas, Gulina cobraba dos. Inmediatamente, los autos empezaron a llenarse. Los aldeanos, y los que no lo son, se mueren por las gangas, y pronto las otras empresas tornáronse anémicas.

Mas la rutina, segunda naturaleza en todos los mortales, según aseguran los bien enterados, estorbaba el que la deserción fuese tan absoluta como Gulina hubiese deseado. El negocio, aunque menos floreciente, seguía dando para todos.

Cierto día, al pasar nuestro hombre por la plaza del Castillo, reparó que faltaban varios asientos por ocupar:

—¿Adónde va este coche? —interrogó al cobrador.

—A Lecumberri, don Inocente.

—¿Y cómo no va lleno? ¿Es que faltan viajeros?

—No, señor; pero muchos se van en los otros por costumbre. Han ido siempre, conocen a los cobradores, y el conductor les para en las ventas, por si quieren beber un trago...

—Bien. Desde mañana pones el viaje a peseta. Si no basta, ya veremos lo que se hace.

Bastaba. A los tres días, Gulina veía a los aldeanos disputarse a empujones un sitio en los coches. Satisfecho, daba una chupada a su buen puro, y envuelto en las aromáticas bocanadas, subía al Círculo Carlista, a perorar un rato y pedir, como de costumbre, la cabeza de Basilio Lacort, uno de los pocos espíritus románticos que el siglo XIX ha dado en provincias. Tal odio profesaba Gulina a este infeliz, más pobre que una rata, que todos sus discursos del Círculo empezaban como los de Catón, pero en un latín macarrónico: "Delenda est Lacort..."

—¿Cómo van los automóviles a Lecumberri?

—tornaba a interrogar, de allí a pocos días.

—Llenos, señor —respondía el cobrador, orgulloso.

—Y los otros, ¿qué tal?

—Acabando. Los de Irurzun han cesado ya; el de Pamplona es cuestión de días.

—No basta. Ni en el tren ha de ir un solo

viajero. Anuncia que, desde el lunes, cada billete dará derecho a almorzar en Domingochiqui un par de magras con huevos, pan, una pinta de vino y queso del Roncal. Hay que acabar con el tren...

La salida de los Saüer de Gulina se convirtió en uno de los espectáculos más deliciosos de nuestra puritana capital. Menudeaban los puñetazos por lograr sitio. Desde uno de los balcones del Círculo solían presenciarlo los valientes *requetés*, que siempre defendieron esta ca en mano las suaves doctrinas de aquel buen Rabí que, si no andamos muy trascordados, recomendaba el amor al prójimo y el perdón de las ofensas.

Muchos viajaban sin necesidad, sólo por disfrutar de las múltiples ventajas que llevaba aparejado el billete. De Pamplona a Olage daban opción a un pollo por barba, pan y vino, en la venta de Oricáin. En el trayecto de Pamplona a Aoiz, competencia con el ferrocarril eléctrico, como era corto y no se detenía en venta ninguna, se facilitaba a los viajeros un vale para tomar café, copa de ron y puro en Iruña. Todo por setenta y cinco céntimos.

El auto a Tafalla hacía la competencia al tren. Costaba cinco pesetas, pero se podía almorzar en Noáin, comer en Biurrun y tomar un chocolate en Tiebas.

La línea más cuidada por Gulina era la de Pamplona a Estella. Por cuatro humildes pesetas se tenía derecho al billete, un cuarto de cordero de la cuenca, asado por hábiles manos; un buen plato de ajoarriero, y su correspondiente botella de cuatro pintas de chacolí de Ezcaba. Aldeano hubo que, encontrándose malucho, en vez de ir al médico, se dedicó a viajar en los coches de Gulina, y a los tres meses se le vió gordo, lustroso como pavo de Navidad. Gulina fué un precursor del turismo, y no olvidó jamás la utilidad que los viajes reportan al hombre. He aquí una sencilla fórmula de propaganda, que recomendamos a los Gobiernos para crearse prosélitos fervientes e incondicionales.

\* \* \*

En uno de tantos asuntos como Gulina llevaba a cabo con el sano fin de cazar pesetas a la



ingenuidad clerical sobrevino lo inesperado; la tragedia, que, al par de segar su vida, desenredó de golpe la complicada maraña financiera que tanto admiraron sus contemporáneos.

No fué una caída espiritual, ni aun de las que concluyen con el héroe entre los barrotes de su celda, sino una caída material, con doble vuelta de campana, de su hermoso automóvil, caída que abrió por gala en dos su excelente cráneo carlista, depositándole suavemente los sesos sobre la cuneta de la carretera.

Dirigíase Gulina desde Tafalla a Lerín, donde contaba pulir cierto negocio. A tres kilómetros de Mendavia —precisamente en el mismo sitio en que César Borgia se adelantó, cuatro siglos antes, a sus huestes para cargar sobre las patrullas del conde de Lerín—, apareció un humilde borriquillo. Gulina cogió el volante, frenó con rapidez, y el coche, encabritado, dió la vuelta completa, quedando debajo, gravemente herido, el chófer, y muerto don Inocente.

La coincidencia de haber caído en el mismo lugar que César Borgia nos autoriza a dedicar a nuestro protagonista un pequeño misere-re histórico. Todos los grandes hombres perecen tontamente. A tres kilómetros de Mendavia, sin ajustarse bien la armadura y sin que le siguiesen sus soldados, se adelantó el gran hombre cuya divisa acababa en "nada", y la divisa se cumplió. Los soldados del conde de Lerín no tuvieron más que cerrar sobre él, desmontarlo y acuchillarlo. Cayó sin pena ni gloria, como años antes cayera Jorge Manrique, como siglos después debía caer Gulina...

Estas caídas, cuando no matan, curan, como ocurrió a San Pablo, o a Nietzsche. Si Gulina se salva, en lugar de perder los sesos en la carretera, acaso habría sido un fraile modelo, parejo al navarro Redín. Pero se mató; y por esta sola vez en su vida hubo de resignarse a ser un Borgia vulgar...

\*\*\*

De *El Pensamiento Carlista*, periódico de gran difusión en todo el Pirineo:

"Don Inocente Gulina ha muerto. No queríamos creerlo. Todavía ayer platicaba con nosotros en el Círculo, proponiéndonos, con su en-

tusiasmo y su fe proverbiales, una peregrinación a Loredán. El noble caudillo de la Santa Causa ha perecido oscuramente, en un accidente de automóvil. Por fortuna, aquel día había acudido, como de ordinario, al sagrado banquete, y esto mitiga un tanto nuestro profundo pesar.

"Navarra entera está de luto. El bravo soldado de la Fe, de limpia ejecutoria y espíritu caballeresco, romántico, honrado, emprendedor y austero, deja un vacío difícil de llenar, por sus raras cualidades, entre las que brillaban el desinterés, la virtud y la honestidad.

"Nuestro amado Monarca ha perdido su mejor soldado; la Santa Causa, su brazo más agueruido; Navarra, uno de sus hijos más preclaros. Aunque a estas horas nuestro amigo estará gozando, seguramente, de la eterna bienaventuranza, las oraciones de esta Redacción le acompañarán por mucho tiempo; más por costumbre que por necesidad. Hombres como Gulina, dotados de alas en el espíritu, escapan pronto hacia arriba, buscando en el cielo el olvido de tanto fango y tanta miseria como aquí abajo queda, especialmente en el campo liberal. Mas no es ésta la hora de combatir al enemigo, sino de rezar por el abnegado varón, honra y prez de nuestras puras y sacrosantas tradiciones. ¡Descansen en paz!"

FÉLIX URABAYEN.

## EDITORIAL ESPAÑA

MANUEL MENÉNDEZ VALDÉS

### SIETE MESES CONDENADO A MUERTE

Un libro autobiográfico sin precedentes en la historia literaria y judicial de ningún país. Interés y dramatismo apasionantes.

ERICH MARÍA REMARQUE

### SIN NOVEDAD EN EL FRENTE

La mejor novela que se haya escrito sobre la guerra. Una obra maestra, de éxito mundial, que con el tiempo será de lectura obligatoria en todas las escuelas y en todos los hogares.

Cada volumen, cinco pesetas. Concesionaria exclusiva para la venta en librerías: Compañía Iberoamericana de publicaciones, Librería Fernando Fé, Puerta del Sol, 15. Madrid.

Pedidos contra reembolso, libre de gastos, a EDITORIAL ESPAÑA, Palacio de la Prensa, Madrid.



# LOS FUNDADORES DE «ATLÁNTICO»

VISTOS POR GARRÁN



GUILLÉN SALAYA, DIRECTOR



BORIS BUREBA, GERENTE

## ANÉCDOTAS Y CUENTOS

*Un joven cortesano, favorito de su monarca, hablaba de sus primeros pasos en la Corte:*

—Debo reconocer —explicaba a sus compañeros— que mi mujer, inteligente como pocas, me ha dado siempre excelentes consejos. Puedo decir, en efecto, que ella me ha hecho lo que soy...

—¿Con quién? —exclama el duque de ...  
Dicen que la anécdota es histórica.

\*\*\*

*Narrada por Anatole France:*

Cuando se casó por primera vez, autorizó la asistencia de un sacerdote a la ceremonia. Este,

también con la venia de France, pronunció un discurso.

El maestro felicitó al orador:

—Para agradecer a usted su amable tolerancia —murmura el clérigo—, me he limitado a recitar unas páginas de su vasta obra.

\*\*\*

*Al entrar en su casa, a las dos de la madrugada, López, tropieza con un malhechor:*

—¡Caramba! Ya tengo el disgusto de conocerle. Es usted el mismo que el mes pasado me robó el reloj.

El caco hace un registro minucioso de los bolsillos de López:

—¡Parece mentira! En un mes no ha sido usted capaz de comprar otro!



# Panorama poético

## C A R T A

Remíteme a las luces que nunca jamás supieron por donde escaparse  
cuando el negocio fracasado de la estrella y la hoja.

La petición presente la formula una agencia de transportes siderales.  
En el cielo también importa mucho el comercio.

Frágil, muy frágil:  
más que temores declarados  
o que el envío de una promesa de aire sin objeto.  
A gran velocidad  
y dirigido a ese nombre que se impacienta en el encabezamiento de las cartas.

Muy estrella mía.  
Anticipadamente mi ruina de hoy participa  
de la pérdida de un sueño que el día supuso realizable.  
Gracias por la acogida que me han dispensado las nubes  
después del besa la mano de esa rosa caritativa.  
Liquidación verdad de un alma insatisfecha.

RAFAEL ALBERTI.

## ROMANCE DE LA NIÑA LAVANDERA

Para Antonio de Obregón, esta historia clínica.

La hija de la lavandera  
lavaba de noche y día;  
alboreando, pañales  
teñidos de purpurina,  
y en los ocasos, enaguas  
muy sucias de luna fría.

—También lavaba luceros  
con el jabón de su risa.—

¡Ay, que para ser su espejo  
el agua se detenía!  
Siete años, duros y verdes,  
guardaba en cada mejilla;  
los ojos, dos grandes uvas  
negras de sol y de envidia;  
la nariz, chata, orgullosa  
—ventanas al mediodía—,  
y la boca, una amapola  
escapada de la trilla.

El cuerpo, nave de amor  
para camino de brisa,  
presta a romper, con sus proas,  
del mar, la prieta camisa.

—Cantares del agua dulce  
moliendo su blanca harina.—

\* \* \*

Una aurora, en primavera,  
fué mejor. Quedó encendida  
su carne: madura fresa,  
toda rubor y malicia,  
mientras su madre explicaba,  
entre mimos y caricias:  
—¡Hijita, amor de mis horas,  
que tu sangre sea vida  
con la bendición de Dios,  
y a mí, para verlo, días!



—Fuera, la mañana rosa  
lanzaba su serpentina.—

\* \* \*

Su trabajo se hizo ocio,  
que la humedad es prohibida;  
llevó a la aldea su nueva  
mirada interrogativa  
y vió, tras cada ventana,  
puesta una verde cortina.

—Los canes del nuevo hallazgo  
sus piernas de arroz mordían.—

\* \* \*

Bajó un lunes de mercado  
a la reina de las villas,  
con su borrico y dos sacos  
lentos de ropa muy limpia.  
En la amapola, una abeja;  
en las uvas, vino y tinta,  
y en la mente, hierba seca,  
presta a arder con cualquier chispa.

Fué a la mansión de los amos,  
la llamaron "señorita"  
y hasta llegó, en novedad,  
a la marquesa mismísima  
y a su hija y a su hijo,  
doncel de trovas umbrías...

Al regresar, se olvidaba  
del pueblo y de la visita.  
El bosque de su cabeza,  
prendido de ardor, ardía,  
y el fuego le iba extrayendo  
al pino de ansias resina.

¡El marquesito! Sus ojos  
azules, de mar ridícula;  
sus labios, ataúd de besos,  
y manos que peinarían  
cabellos de alga en sirenas  
blancas, de velas perdidas.

¡Llevaba su ropa toda  
para lavar ella misma!

Camisetas, red del aire,  
de alegre seda camisas,  
¡y calzoncillos de holanda,  
que su sexo abrazarían!  
¡Ay, qué lenta llama negra  
quemaba su lozanía!

¡El camino de la aldea,  
qué cuesta, cuesta se hacía!

\* \* \*

Tornó la normalidad  
y su tarea en la orilla.  
Secas las camisas fáciles,  
se asomó a la celosía  
de las camisetas, que  
pescaban sombras huídas,  
y acarició, en los de holanda,  
los vértices, poseída  
por el orbayado goce  
que forjaba su lascivia...  
Mas se manchaban de absurdos,  
y a remojarlos volvía,  
restando de su tarea  
muy pálidas las mejillas,  
y unos arcos de cuaresma  
adornando sus pupilas.

¡Ay, que ya el agua lloraba  
al rodar por sus rodillas!

\* \* \*

Y así, en la onda del tiempo,  
las escenas repetidas.

—Chiquilla, no laves tanto  
—su madre le reprendía—,  
que los ríos son traidores,  
y al mar llevan la alegría.  
Vete al monte; el monte sabe  
calmar ansias primerizas.

Pero no tuvo remedio,  
que remedio no tenía:  
el no lavar la mataba,  
y por lavar se moría.



—Guijarrito, guijarrito,  
deshecho en arena fina.—  
La muerte llegó despacio  
y haciendo sonar su esquila;  
vistióla toda de rojo,  
cual si fuera a decir misa,  
y hasta empapó sus lamentos  
con el vino de la Vida.

Un cura, pequeño y gordo,  
rezóle una letanía.

¡Adiós, menor lavandera  
de ropa y sueños con prisa!

\* \* \*

Entre tanto, en la ciudad,  
reina de todas las villas,  
frente a un espejo asombrado,  
el doncel se entretenía  
en vestirse con el traje  
de *soirée* de su hermanita.

LUIS AMADO BLANCO.

## N O (2)

### I

El árbol rubrica el NO.  
(No es el árbol.)

NO sobre la casa.  
(La niña borda amuletos  
verdegay en la esperanza.)

NO sobre el arroyo.  
(Narcisista corre, en SI,  
serpiente condecorada.)

NO sobre la carretera.  
(El *auto* desmelenado  
canta, persiguiendo balas.)

NO, ¡NO!, ¡¡NO!! ¡Ay, pobre NO!  
(El aire, burla burlando,  
se ríe del papanatas.)

### II

Orador de este NO,  
¿tierra o sol?

Orador de este NO,  
¿palabra o emoción?

¡Quién pudiera enjinetarse  
en los corceles del aire!  
(Gracioso, rebullidor,  
al batir todos los NO.)

M. GÓMEZ-FERNÁNDEZ.

Acaba de publicarse:

### DE PÍO IX A PÍO XI

El estudio más imparcial y perfecto de la «Cuestión romana», hoy liquidada por el «tratado de Letrán». La obra es del notable escritor francés

GEO LONDON

Y la traducción española, de BORIS BUREBA.

CUATRO PESETAS en todas las librerías y en la  
SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA :-: FERRAZ, 21.—MADRID



# Geografía de

M A D R I D



PUERTA DE ALCALÁ.

Madrid es una estratificación. Una superposición, no una continuidad, de siglos. Primer tramo: la paleolítica pradera de San Isidro. Último escalón: los *titanics* de los Cuatro Caminos. Entre la hondonada y la cumbre, estratos y más estratos acarreados por sucesivas civilizaciones.

El Madrid prehistórico —mamuts y elefantes triscando por los lugares donde hoy se celebra la romería del Santo— ha crecido arras-trándose por abruptas laderas, en busca siem-

pre de la llanada. Nunca ha podido alcanzarla plenamente. Ventaja: Madrid es una ciudad de tres dimensiones. París, Londres, Berlín, erigidas en amplios valles, en las márgenes de ríos caudalosos, sólo cuentan longitud y latitud. Madrid tiene además verticalidad. Crece hacia arriba; pero no al modo de Nueva York, que eleva monolitos de cemento en una llanura, demasiado reducida para albergar las trepidaciones de la infernal maquinaria de los multimillonarios. Madrid trepa por la falda de un

ATLÁNTICO.—3.



cerro. De vez en vez hace un alto, descansa, se extiende a derecha e izquierda y continúa luego su penosa ascensión.

Por ello, Madrid es una ciudad levantada a pulso. Su urbanización tiene mucho de estrategia. El trazado de una gran vía equivale al asalto de una trinchera. Y cuando surge espléndida una avenida, a uno y otro lado de la misma quedan siempre vestigios de la batalla librada por arquitectos e ingenieros. Al rasca-cielos le besan la planta unos callejones sombríos. No existen un Madrid nuevo y un Madrid viejo. Vetustez y modernidad se entremezclan constantemente en un afán de mutuo exterminio, no acabado de lograr de modo definitivo. Y éste es precisamente el encanto de Madrid, poco apreciado por nosotros, los madrileños, habituados al espectáculo. Para los extraños, en cambio, es altamente sugestivo...

\* \* \*

Madrid no empieza a tener personalidad hasta el siglo xvi. Plaza fuerte en tiempo de los árabes, el antiguo *Majerit* pasa por todas las vicisitudes de las plazas fuertes en la gesta de la Reconquista. Los Reyes Católicos apenas le conceden importancia. En 1530, cuando Carlos I personifica el período más dinámico de la historia de España, Madrid es un poblacho de 5.000 habitantes.

Felipe II se fija en el lugarón para elevarlo al solio capital de España. Aquel rey desconfiado y astuto que en El Escorial convirtió un templo en fortaleza, quiso albergar la Corte en una ciudadela. Y eligió Madrid, sin duda porque estaba del lado de acá de la Sierra, formidable baluarte. Valladolid, en un llano, no era sitio a propósito para albergar a un monarca, enemigo de los caminos fáciles y muy dado a oponer valladares a los hombres y a las ideas.

El Madrid de Felipe II era un Madrid adus-



PALACIO REAL.





PLAZA DE ORIENTE.

to y recoleto. Fué preciso el reinado de los otros dos Felipes para que la Corte buscara expansión más allá de la Puerta del Sol, encaminándose hacia las frondas del Buen Retiro por Oriente y hacia el camino de Fuencarral por el Norte. A un mal rey como Felipe IV, Madrid le debe, sin embargo, sus primeras sonrisas. Las gradas de San Felipe empiezan a modelar el carácter de Madrid.

El hechizo de Carlos II amortigua la sonrisa cortesana. Los Borbones se la devuelven, trocada en una nueva sonrisa demasiado académica, sonrisa de abate francés, de pavana pintada por Watteau.

Carlos III acierta a fundir la gracia de Nápoles y de Versalles con la formidable seriedad de Herrera. Las piedras, los monumentos de la época de aquel rey reformador son a la vez ambas cosas: geometría graciosa del Trianon y pesadez monolítica de El Escorial. Rey ad-

mirable por muchos conceptos, Carlos III, como las creaciones arquitectónicas de su época, está desprovisto de una virtud: la de la espontaneidad. Por lo demás, esta ausencia de lo espontáneo acaso sea el mejor atributo de la realeza.

\* \* \*

El Madrid de finales del siglo XVIII tiene carácter. Sin embargo, no es todavía un pueblo castizo. La Puerta de Alcalá, la de Toledo, el Museo de Pinturas, el Jardín Botánico, el Retiro rebosan neoclasicismo. No tienen sabor indígena.

El casticismo madrileño nace con Goya, para morir un siglo después en boca de las cupletistas y de los poetas chirles; pero de ello no ha de culparse a don Francisco. Para encontrar el Madrid heroico hemos de llegar al Dos de Mayo. Goya y los chisperos del parque de Mon-



teleón crean el alma nueva de la ciudad, a ratos pintoresca, a veces temeraria, siempre efusiva y simpática. La etapa isabelina anima la vida de Madrid a fuerza de pronunciamentos, revoluciones intrascendentes y oratoria, mucha oratoria.

La calma chicha de la Restauración favorece el progreso urbano de la capital de España.

La ciudadela de Felipe II se expande a fuerza de desmontes, de zanjas, de nivelaciones, de escarpas y contraescarpas. Sigue siendo, a pesar de todo, una villa escalonada, castillo roquero que no encuentra espejo bastante para reflejarse en la estrecha cinta del Manzanares.



CASA DE LA PRENSA

Surge la aristocracia del barrio de Salamanca, separada por el valle de la Castellana del Madrid céntrico y jaranero. Al otro extremo, el acantilado de Rosales desafía la bravura del Guadarrama...

Jadeando siempre, Madrid sigue subiendo hacia el Norte. Sobresaltan sus avances los cañonazos de 1914 y el estruendo de *jazz-band* de la postguerra. Comprende entonces la necesidad de norteamericanizarse. En los Cuatro Caminos —la cima del cerro— levanta orgulloso unos *titanics*, avergonzados muy pronto de su pequeñez ante la bárbara arquitectura de la torre de Bellas Artes o del edificio de la Telefónica. La aguja afilada del Palacio de la Prensa no tarda en mostrarnos su silueta, muy pagada de su gentileza... Y el *Metro*, rugiendo por las entrañas del montículo, crea una vida subterránea de febril actividad...

\*\*\*

No obstante, el viejo Madrid no se resigna a morir. Tiene también su *titanic*: la torre de Santa Cruz, de ladrillo, como los alminares mudéjares. Y su puente de Brooklyn: el Viaducto. Y su Capitolio: San Francisco el Grande.

A través de la Gran Vía, y por unas calles embrujadas, el Madrid de los Austrias y de los primeros Borbones —subsistente entre el Puente de Toledo y la calle Mayor— se comunica con el Madrid del Dos de Mayo. Manolos y chisperos, al pasar por los almacenes del centro, truecan la capa por la trinchera. El siglo XIX —estúpido y genial, como el XX y el XXV y el XXX— se confunde así con los vanguardismos y los avances del *fox*, del *cock-tail* y del *foot-ball*, sin sorprenderse de nada, sin admirarse por nada.

Ríe con todo y se ríe de todo. Su síntesis, su expresión más perfecta es la calle de Alcalá, anárquica, desproporcionada, enemiga de la plomada y del cordel. Y, sin embargo, rítmica,



acabada, definitiva... Calle madrileña por excelencia, en ella trepida y se resume toda la vida de la ciudad. Porque la calle de Alcalá sabe peinarse a lo *garçon* como una parisiense, y sabe también ponerse la mantilla, disimulando admirablemente la goma apretada con que ha de sujetarse la peineta de concha...

\* \* \*

Para algunos espíritus descontentadizos, Madrid no es una antena que vibra al compás de Europa. "Madrid —dicen— vive retrasado espiritualmente. Es un pueblo asustadizo, reacio a las innovaciones, tímido ante toda clase de movimientos de avanzada. Madrid no se decide a incorporarse de lleno al *deportivo* siglo xx."

"En lo externo —siguen afirmando— es posible que Madrid llegue a ser una ciudad moderna; intrínsecamente vive todavía en la época de Cánovas y Sagasta."

Nada más lejos de la verdad. Madrid es algo tardío en la asimilación de lo nuevo; pero acaba por adueñarse de todo. No tiene aún fuerza bastante para crear una originalidad, comparable a la de París, a la de Moscú, a la de Berlín, por citar solamente ciudades europeas. Pero no se olvide que la antena madrileña surge en plena meseta castellana. Una meseta fatigada por una labor de siglos, y amurallada tras una cordillera de granito. Las ideas llegan a Madrid atravesando túneles y más túneles. No vienen por el camino llano, y forzosamente han de tardar en la arribada. Mas, por lo mismo, llegan con las asperezas suavizadas, en un roce que evita los picos demasiado agudos. Sin que por ello nos asustemos de las estridencias. Las estridencias, en Madrid, como en todas partes, pertenecen a las minorías. Y en Madrid la minoría existe. En una aspiración lógica, esa minoría quisiera ser mayoría. Se desespera por no serlo, acusando a los demás de incompre-



PLAZA DE CANALEJAS.

sión. Pero esta incompreensión es necesaria. Y conveniente. Porque sin ella, los partidarios de avanzar se incorporarían a la masa amorfa. Serían ceros, en vez de ser unidades.

\* \* \*

No. El Madrid de 1929 no es el Madrid de la Restauración. El *cine* y las orquestas de negros han removido la entraña popular. La chula madrileña habla de los *chuts* de Samitier, de los *plongeurs* de Zamora y de los besos de la Greta Garbo. Julián, el de la *Verbena*, ha cambiado el componedor por el cigüeñal del motor





PLAZA MAYOR.

de explosión. Esto desespera a los supervivientes de un Madrid falso, creado por los diálogos de López Silva, y continuado por Fernández Ardavín, en sus horas malas.

Madrid, sin olvidarse de Goya y de don Ramón de la Cruz, los sabe hacer compatibles con Picasso y con el otro RAMÓN, el definidor de la cripta pombiana. Como sabe compaginar la avenida de la Reina Victoria con la calle de Segovia y la plaza del Cordón.

Madrid bebe su *cock-tail* en cañas de montilla. Y conserva el *whisky* en toneles de jerez añejo. Los que no acierten a comprender esto, no comprenden el alma de Madrid.

\*\*\*

Los 5.000 habitantes de la época de Carlos I se han multiplicado hasta el millón. La pobla-

ción de Madrid se desborda; invade los pueblos del contorno, busca alojamiento en Tetuán, en los Carabancheles, en Vallecas. La irradiación de la gran ciudad convierte en solares terrenos que labró San Isidro. Y en los solares surgen casonas de cemento armado, ante las cuales se humillan las espadañas de las torres de iglesias aldeanas, muy pagadas hasta entonces de su altura.

Mas los pueblecillos se vengan de la humillación, viviendo sobre Madrid, formando en torno de él un recinto entre rural y urbano, que opone al paso de los automóviles el comentario de unas gallinas petulantes o los balidos de unas ovejas arcádicas.

Madrid ha tratado alguna vez de sumar a su órbita ciudadana estas reminiscencias de una vida pueblerina. Pero no lo ha conseguido. Los pueblos castellanos no se resignan a perder su



personalidad, y menos para incorporarlos a una población que los borraría totalmente. Nadie más celoso de su fuero que estos pueblos de Castilla, cada uno de los cuales se cree un Villalar.

No obstante, Madrid acabará por absorber esos pueblos satélites. Su garra es demasiado poderosa, y al extenderla por el extrarradio acorta las distancias en forma tal, que, tarde o temprano, los pueblos cercanos serán engullidos por el monstruo.

\*\*\*

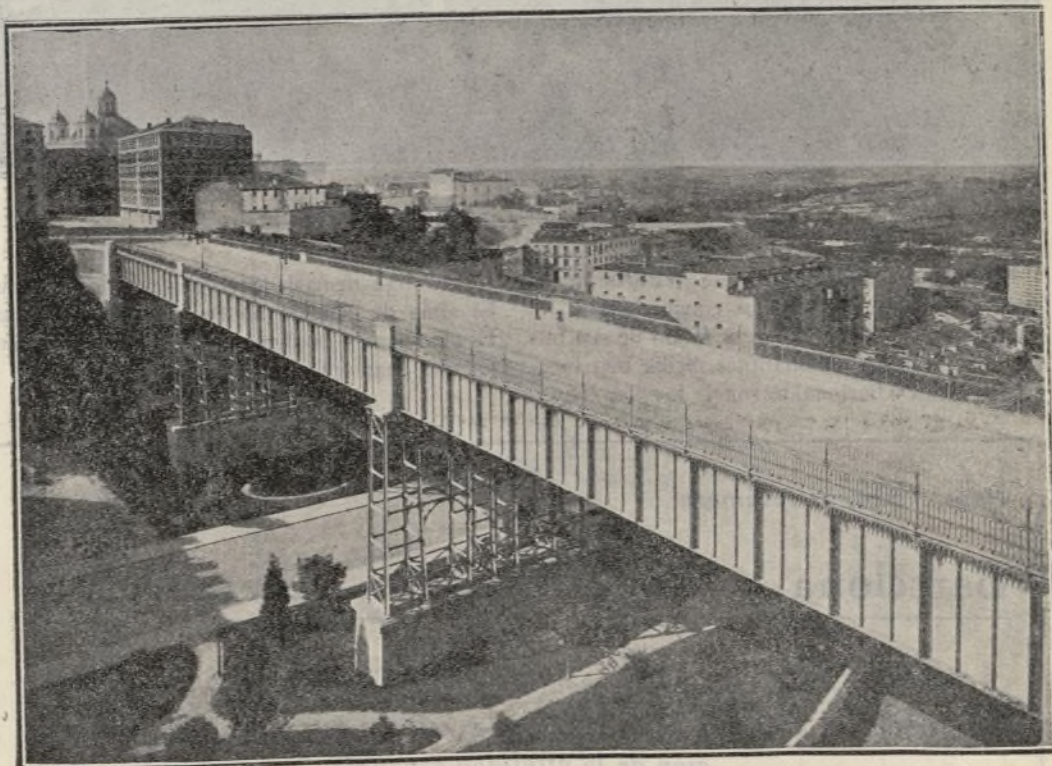
Madrid, con su millón de habitantes, sigue siendo, a pesar de todo, una ciudad risueña. El habitante de Londres sabe que la City puede tener un gesto que ocasione una catástrofe mundial. El parisiense conoce muy bien cuánto

pesa París en la marcha de la Humanidad. Uno y otro tienen una conciencia ciudadana, derivada del papel privilegiado que a Londres y a París les está reservado en el concierto mundial.

El madrileño, en cambio, no siente esas preocupaciones. Madrid todavía no define; se limita a comentar. Y el comentario se hace mejor sonriendo que con el ceño fruncido.

¡La sonrisa de Madrid!... Si no se hubiera abusado de este tópico, cabría glosarlo en un párrafo lírico. Pero invadiríamos un terreno acotado por una generación de *castizos*, que del canto a la sonrisa de Madrid vienen haciendo granjería.

Convengamos, pues, en la existencia de una sonrisa madrileña. Sonrisa cordial e incitante, un tanto perezosa, como el gesto de la *Maja desnuda*, la personificación más pura del alma seductora de Madrid.



VIADUCTO.





CUATRO CAMINOS.

El alma de Madrid tiene ese gesto de abandono que tanto anima a los conquistadores de ciudades. Pero a la vez, en el fondo de sus pupilas, aparentemente infantiles, brilla una lucecita pasional y burlona, terror de los *don Juanes*

que confían demasiado en sus propias fuerzas. El alma de Madrid no es alma de cortesana. Es algo peor y es algo mejor: es alma de amante, que enamora y encadena...

AURISTELO.

*Para el próximo número:*

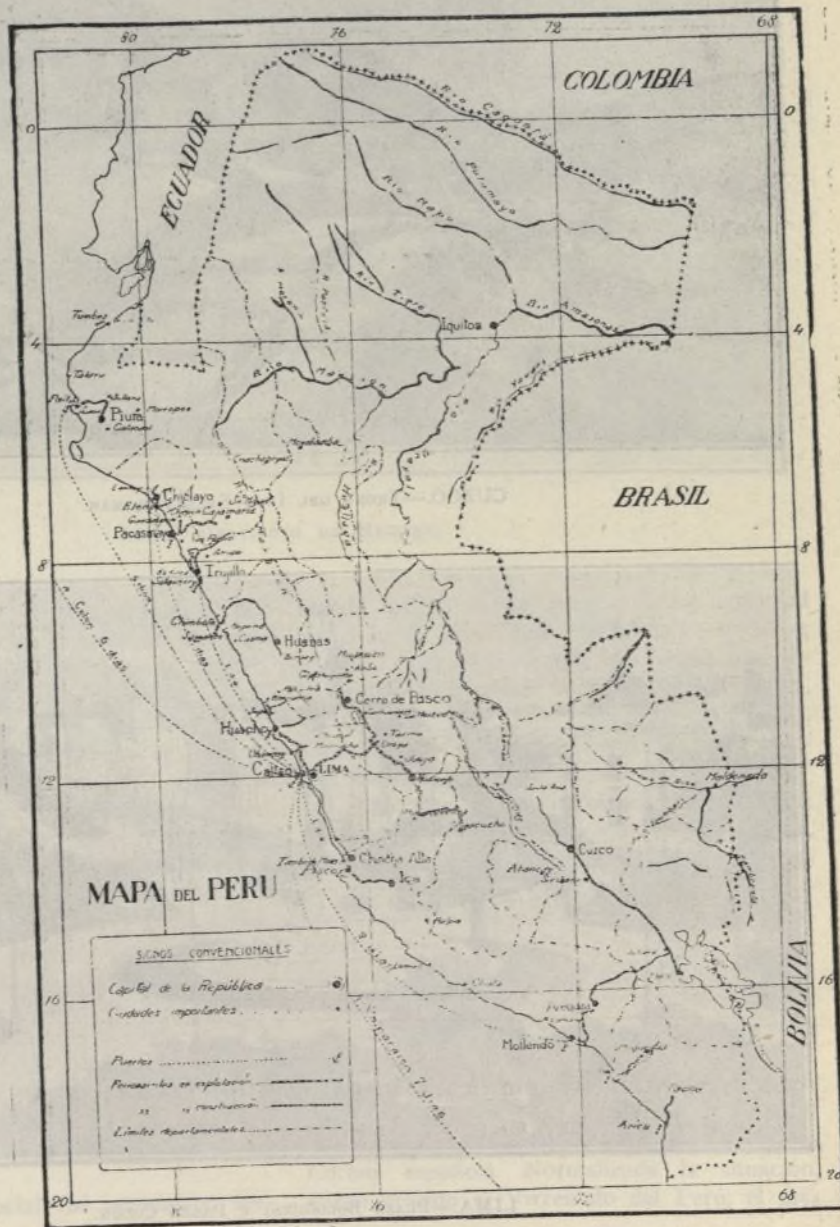
## Barcelona y su Exposición Internacional

*ATLÁNTICO* publicará magníficas fotografías de la ciudad condal, dedicando a la Exposición el interés que merece tan brillante manifestación de la vitalidad española.



# Geografía de AMÉRICA

EL PERÚ





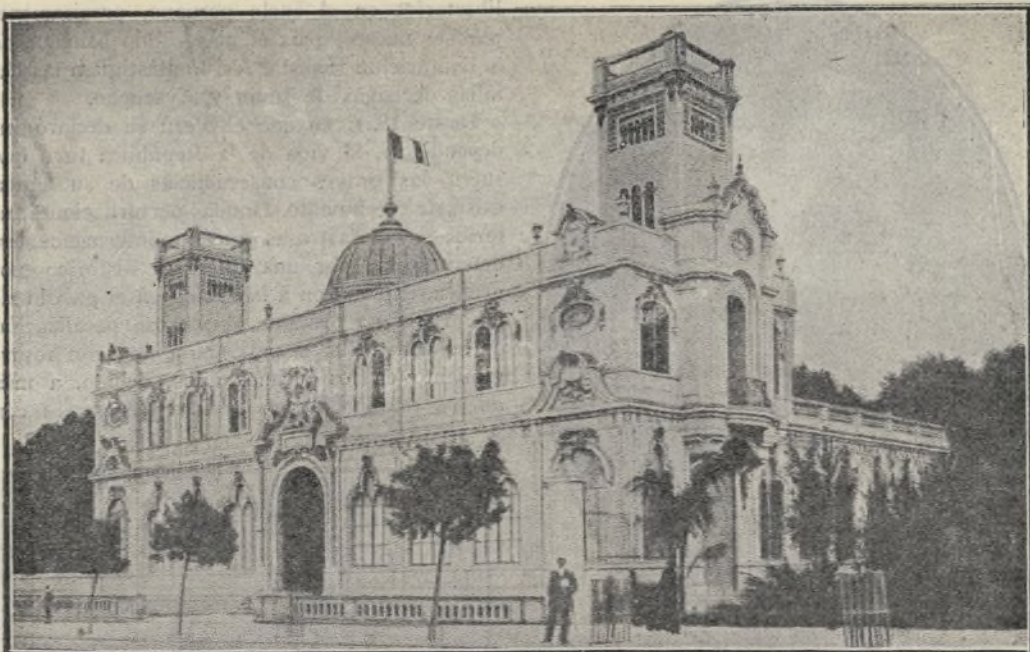


CUZCO.—TRONO DEL INCA SACSAYUHAMAN.



LIMA.—PLAZA BOLOGNESI Y PASEO COLÓN.





LIMA.—INSTITUTO DE HIGIENE.

El actual territorio de la República del Perú constituye el núcleo central del antiguo Imperio Incásico y del Virreinato del mismo nombre. La historia del Perú, hasta el siglo XIX de nuestra Era, es dudosa e incierta. Fundado el Imperio de los Incas por Maucapac a mediados del siglo XVIII, los once o doce sucesores ampliaron sus primitivos dominios del valle de Vilcomayu desde el Popayán hasta el Maule, abarcando cuatro grandes regiones: Chichay-Luyu, al Norte; Anti-Luyu, al Este; Cunti-Luyu, al Oeste, y Colla-Luyu, al Sur, designadas en conjunto con el nombre de Tahuantín-Luyus.

El gobierno de los Incas era teocrático y patriarcal. Adoraban una deidad suprema: Viracocha, el Civilizador, presidiendo una religión manista de totens y atributos familiares, entre los que destacaba el Sol, man del Inca fundador, que impuso su devoción a la del resto de los ídolos.

La organización social fué comunista, for-

mando las tribus un gran ejército industrial sometido a severísima disciplina —soldados, obreros, campesinos—, que componían una colectividad productora automática. Los Incas, en realidad, eran jefes militares divinizados. De la floreciente civilización incásica nos quedan abundantes y asombrosos vestigios.

Las guerras civiles de los dos últimos incas, Huascar y Atahualpa, hijos de Huayna-Capac, que se disputaban el trono del Sol, coincidieron con la llegada de los conquistadores españoles capitaneados por Francisco Pizarro, minúsculo ejército reunido por Pizarro, Almagro y el cura Luque. Después de portentosas hazañas, jamás igualadas en la historia de las aventuras humanas, Pizarro y sus epopéyicos soldados derribaron el colosal Imperio, en 1532. La dramática contienda suscitada luego entre los propios conquistadores hizo necesaria la enérgica intervención de mandatarios de la Corona española. Normalizada la situación, quedó erigido el Virreinato del Perú, el más





DON AUGUSTO B. LEGUÍA.  
(Presidente de la República del Perú.)

extenso e importante de los dominios españoles en tierras de Indias. Lima, la ciudad de los reyes, fundada por Pizarro en 1535, asumió desde entonces la categoría de capital, despojando a la sagrada Cuzco, llamada con justicia "la Roma de América", de sus privilegios incásicos.

La prosperidad y florecimiento del Virreinato, y la cuidadosa selección leal de los mandatarios de la Metrópoli, determinaron en el Perú —y con preferencia en Lima— el establecimiento de nobles familias y destacadas personalidades españolas, que hicieron de la capital del Virreinato, fastuosa y solemne, una de las más brillantes y cultas ciudades del mundo hispano, en los siglos XVII y XVIII.

En los tiempos del virrey Abascal, a principios del XIX, comenzaron los levantamientos criollos, precursores de la independencia. La lucha por la emancipación americana hizo indispensable la conjunción de todos los esfuerzos

libertarios en el suelo peruano, precisamente por ser nuestro país el más sólido baluarte de la dominación realista. Así lo atestiguan las batallas decisivas de Junín y Ayacucho.

Desde 1821, en que el Perú se declaró independiente, la vida de la República tuvo que sufrir las graves consecuencias de su aguda crisis de crecimiento. Hondas perturbaciones interiores y desastrosas guerras internacionales, determinadas por una fatalidad histórico-geográfica, extenuaron a la nación en el pasado siglo. Pero, no obstante la forzosa paralización de su desarrollo, el país acusa un gran resurgimiento en los últimos años, debido, a más de los extraordinarios recursos naturales con



Monumento de don Francisco Pizarro erigido en Lima, la ciudad fundada por él.





LIMA.—PALACIO DEL CONGRESO.

que cuenta, a la patriótica y duradera labor de su actual presidente, D. Augusto B. Leguía.

Como resumen de esta breve noticia histórica, es preciso destacar el acentuado españolismo del Perú, ya que la obra civilizadora de España y el sentimiento inmortal de la raza progenitora se manifiestan indeleblemente en sus más nobles expresiones espirituales.

El Perú es uno de los países más montañosos del mundo. La cordillera de los Andes divide su territorio (1.500.000 kilómetros cuadrados) en tres zonas naturales, perfectamente definidas: la *costa*, la *montaña* y la *región de las selvas*. Los 2.500 kilómetros del litoral forman una estrecha banda de tierra, entre la cordillera y el Océano Pacífico, cortada bruscamente, a trechos paralelos, por los inmensos contrafuertes andinos. Un terreno materialmente rayado de estribos pétreos, desiertos y gargantas, por las que descienden vertiginosos ríos, que forman fertilísimos valles. Esta es la zona de la *costa*, donde se asienta la mayoría

de las más ricas ciudades de la República.

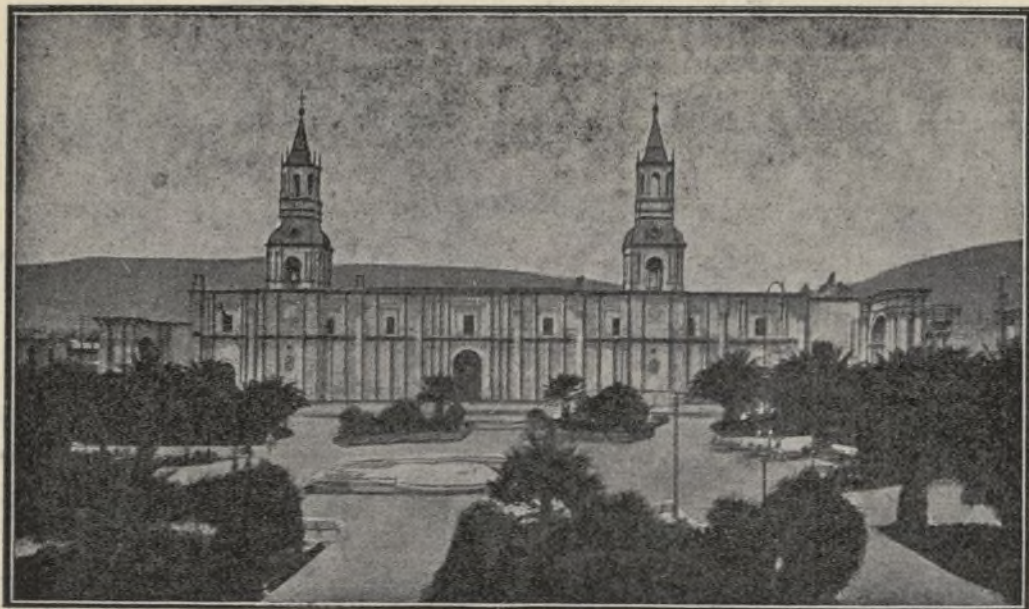
La cordillera de los Andes se proyecta de Sureste a Noroeste describiendo una curva paralela a la costa del Pacífico. En esta zona se encuentran las *punas*, desoladas mesetas que sirven de pasto a incalculable número de cabezas de ganado.

La inmensa *región de las selvas* se extiende desde la vertiente oriental de los Andes a las fronteras del Brasil y Bolivia.

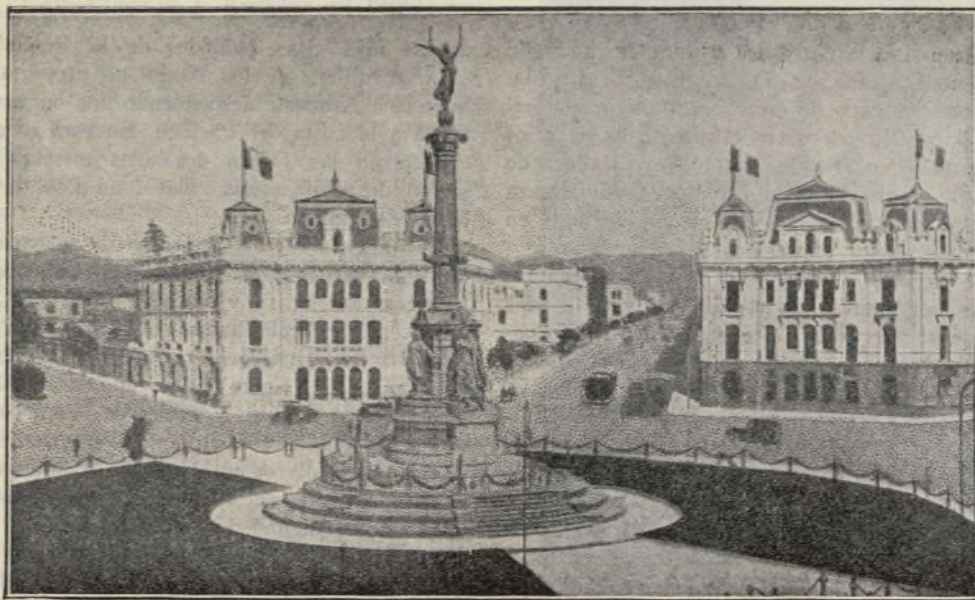
Los puntos culminantes de los Andes peruanos son el Huascarán (6.721 m.) y el Huan-doy (6.428 m.). Entre los volcanes sobresale el Misté (5.680 m.), al Noroeste de la ciudad de Arequipa, que es célebre por su imponente belleza y por hallarse en el camino a Bolivia, en el paso obligado del comercio con ese país.

En el riquísimo sistema hidrográfico del Perú destacan el Amazonas, que es el río más grande del mundo; el Marañón Alto, el Nuallaga, el Ucayali, el Ahurimac, el Urubamba, el Madre de Dios y el Wapo.





CATEDRAL DE AREQUIPA.



LIMA.—PLAZA Y MONUMENTO DOS DE MAYO.



Entre los lagos, bastará citar el Titicaca, que tiene una superficie de 8.000 kilómetros cuadrados y se halla ubicado a 3.800 metros sobre el nivel del mar. Es, por lo tanto, el más alto del Globo.

Merced a esa división natural, y a pesar de que el Perú se encuentra íntegramente comprendido en la zona tórrida, disfruta de los más variados climas, en los que pueden prosperar todos los cultivos del mundo. Por la misma causa, su suelo atesora ingentes riquezas minerales y animales.

Entre la fauna típica del Perú merece citarse las llamas, las vicuñas, los huanacos, las alpacas, los paco-vicuñas, las chinchillas y las vizcachas, que abundan en la montaña; el tapiz, el jaguar y el puma, o león americano, que habitan en las selvas. Su costa es riquísima en peces, sobre todo en la bahía de Mollendo.

Los productos agrícolas más importantes —aquellos que constituyen base principal de la riqueza pública— son el algodón y la caña de azúcar.

La escasez de vegetales en ciertas regiones de la costa está suplida por la gran abundancia de petróleo, guano y sal, de los que existen enormes yacimientos en progresiva explotación. La riqueza minera es verdaderamente asombrosa. El Perú es uno de los primeros productores de cobre, y el más privilegiado respecto del vanadio (85 por 100 de la producción mundial). Posee, además, valiosísimas minas de oro, plata, carbón, mercurio, etc., que desde la antigüedad dieron al Perú fabuloso renombre.

Desde el punto de vista étnico, la población de El Perú (unos seis millones de habitantes) pertenece predominantemente a las razas aborígenes (quichuas y aimaras). La minoría crio-

lla, constituida por los descendientes de los conquistados y colonizadores españoles, es, no obstante, la que rige los destinos del país desde



LIMA.—Palacio colonial de los marqueses de Torre y Tagle.

hace cuatro siglos y la llamada a incorporar aquellos elementos al tipo de cultura que España entronizó en el Nuevo Mundo. Con los blancos e indígenas convive en El Perú un pintoresco mestizaje —cholos, zambos, mulatos, cuarterones, chinos-cholos, etc., que agudizan el grave problema nacional de la revaloración



o de la fusión étnicas. En los diez últimos años, de inalterable paz, la Administración, que preside don Augusto B. Leguía, ha dado al país

mites con Bolivia, Brasil y Colombia; plantea ya la solución del conflicto con Chile, y en visperas de llegar a un idéntico acuerdo con El Ecuador, la República del Perú podrá bien pronto consagrar por entero sus energías al mejor logro de sus actuaciones internas, en un saludable ambiente de concordia y colaboración continentales.

P. A. DE V.



*En el número próximo publicaremos una amplia información gráfica y literaria de la inauguración del monumento elevado en Trujillo (Cáceres) a la memoria del gran capitán*

*Francisco Pizarro.*

*Nuestro redactor, señor Abril de Vivero, asiste al acto, invitado especialmente por la Sra. Duquesa de la Conquista, descendiente del inmortal extremeño.*

un formidable impulso, colocándolo en las seguras vías de su progreso material.

Zanjadas definitivamente las querellas de lí-

ESTE NÚMERO HA SIDO VISADO  
-- -- POR LA CENSURA -- --

*En el próximo número:*

## M É J I C O

*Amplia información literaria y gráfica, firmada por una ilustre personalidad mejicana.*



# ATLÁNTICO

VENTURA GARCÍA CALDERÓN



ATLÁNTICO comenzará a publicar desde su segundo número un libro inédito en español, de Ventura García Calderón, titulado *Peligro de muerte* (Narraciones peruanas). La obra va prologada con un estudio inédito de don Vicente Blasco Ibáñez. El público hispanoamericano conoce bien y admira lo suficiente al insigne novelista peruano para que ATLÁNTICO necesite hacer una exégesis de la obra de García Calderón.

Por otra parte, Blasco Ibáñez fija ya magistralmente las calidades literarias del escritor peruano, de este escritor americano que al cabo de los años de vida en París sintió la añoranza del sol tropical, de la imponente sierra del Maraón, de las dionisiacas fragancias de las praderas de violetas y, de esa dulzura del indio, de la raza proscrita que vive nirvánicamente en el más absoluto de los renunciamientos.

Ventura García Calderón describe en estas narraciones la vida que bullé en la meseta y en la sierra incásica. Y su estilo es "preciso sin insistencia, rápido sin superficialidad; él tiene a mano el adjetivo que ahorra tres, y posee el verbo ágil como muñeca de hondero para lanzar la frase que contiene movimiento", como ha dicho enjuiciando la obra de García Calderón la excelsa poetisa americana Gabriela Mistral.

Desde el próximo número: «Noticiario hispanoamericano».

## A N É C D O T A S Y C U E N T O S

Kahn es hombre de principios, y quiere que su hijo le imite:

—Ves, hijo mío. Hay que ser honrado, por encima de todo. Sin honradez no hay confianza, y sin confianza, el comercio sería imposible...

Ya sabes que nunca tuve una discusión, provocada por el interés, con mi asociado Lewy.

Este sabe, como yo, lo que vale ser honrado.

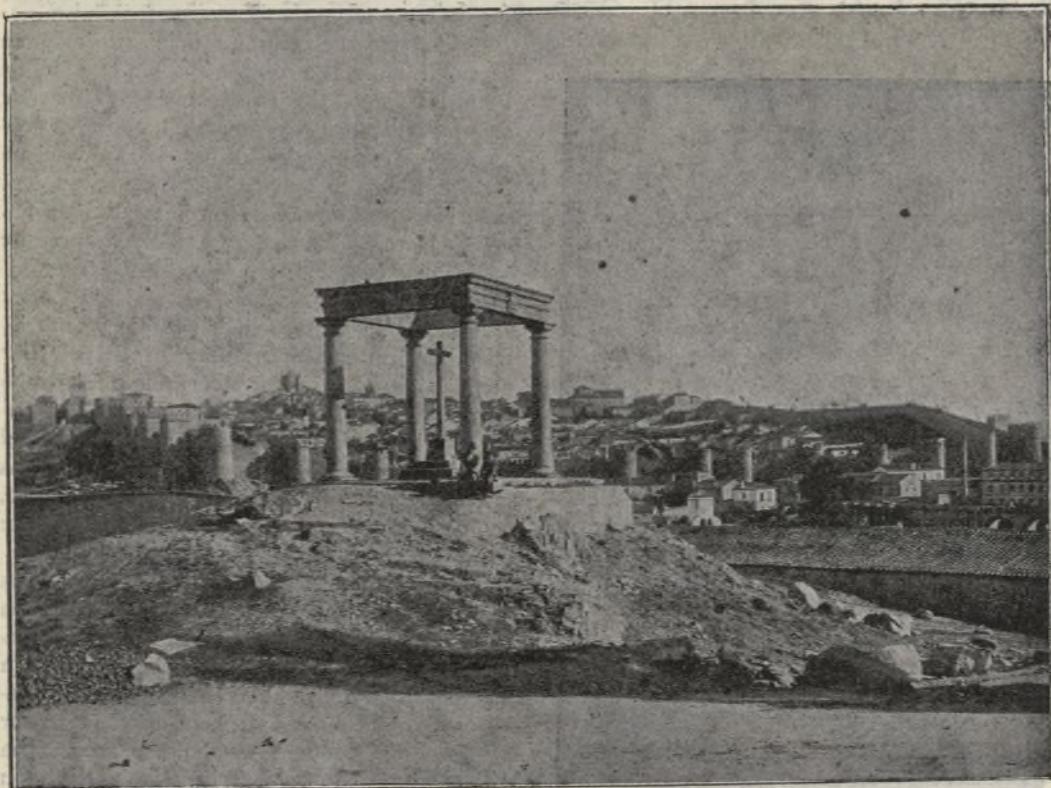
Hijo mío, voy a darte un ejemplo:

Hace ocho días vino un cliente a pagar una factura de diez mil pesetas, y me dió once mil. Mil pesetas de más, ¿comprendes, Moisés? ¡Mil pesetas de más! Pues bien, no he vacilado... He llamado a Lewy y le he entregado quinientas. ¡Eso es la honradez comercial, Moisés!



# Breviario de turismo

## ÁVILA Y SU PROVINCIA: FONTIVEROS, MADRIGAL DE LAS ALTAS TORRES Y ARÉVALO



ÁVILA.—Vista panorámica.

### DE MADRID A ÁVILA

La carretera nace bajo la alegría pinturera y marchosa de la Bombilla matritense, paralela al Manzanares, entre recuerdos goyescos. Sin dejar de abrirse paso en parques y frondas, llega al coloso Guadarrama, ascendiendo hasta el Alto del León —aquí las dos Castillas, hija y madre, se besan santamente— y luego desciende por un paisaje de maravilla. En Villacastín hay que seguir la dirección Oeste. Ávila nos espera, amorosa.

Es un grito de piedra la ciudad teresiana, un

grito de originalidad y asombro. En el siglo xx, un circo dorado de murallas aprisionando a una ciudad detenida en el siglo xvi. No me extraña que ante esta rareza mundial los extranjeros se queden mudos de asombro, abriendo extraordinariamente los ojos y afirmando que es verdad cuanto contemplan.

Santa ciudad de Teresa de Jesús, abre tu álbum: la más bella iglesia bizantina occidental, San Vicente; el convento magnífico de Santo Tomás, con el sepulcro del infante D. Juan, el hijo desgraciado de Isabel de Castilla; la iglesia de San Pedro, la



inimitable; la catedral grandiosa, con sus reciedumbres de fortaleza por fuera y sus delicadas filigranas interiores; la Encarnación y la celda de Teresa, y autógrafos de la santa, y objetos que fueron de su uso personal..., y las murallas, y los palacios, y las calles estrechas y pinas, y las plazas solitarias y melancólicas, y toda la ciudad que, justamente, Carrere llama relicario...

#### ÁVILA-FONTIVEROS-MADRIGAL

A los pies de las abulenses murallas Norte se extiende la carretera. El Adaja da un último adiós a las peñas de Gredos y se desliza camino de la sedienta Moraña. Los Cuatro Postes son a manera de palio granítico, cobijando la cruz sin Señor, como un abrazo de saludo o despedida a los andariegos que entran o salen de la ciudad teresiana.



FONTIVEROS.—San Juan de la Cruz.

Suaves ondulaciones; tierras de labor y encinas martirizadas; un silencio de llanura, dramático, emocional, profundo; pueblecitos insignificantes, como puños, levantando en la inmensidad solitaria el índice de la torre, y algo que sobrecoge nuestro espíritu en una sedante adoración.

Desde que salimos de Ávila llevamos recorridos unos treinta kilómetros. El *auto* se detiene para seguir por un breve camino, a cuyo final se extiende Fontiveros.

A la entrada de esta villa, que con orgullo se llama la corte morañega, su iglesia parroquial, imponente, inmensa, magnífica, propia para tercios de romeros; cátedra sin igual, donde la palabra en loor de San Juan de la Cruz debe sonar armoniosa, sincera y pura.

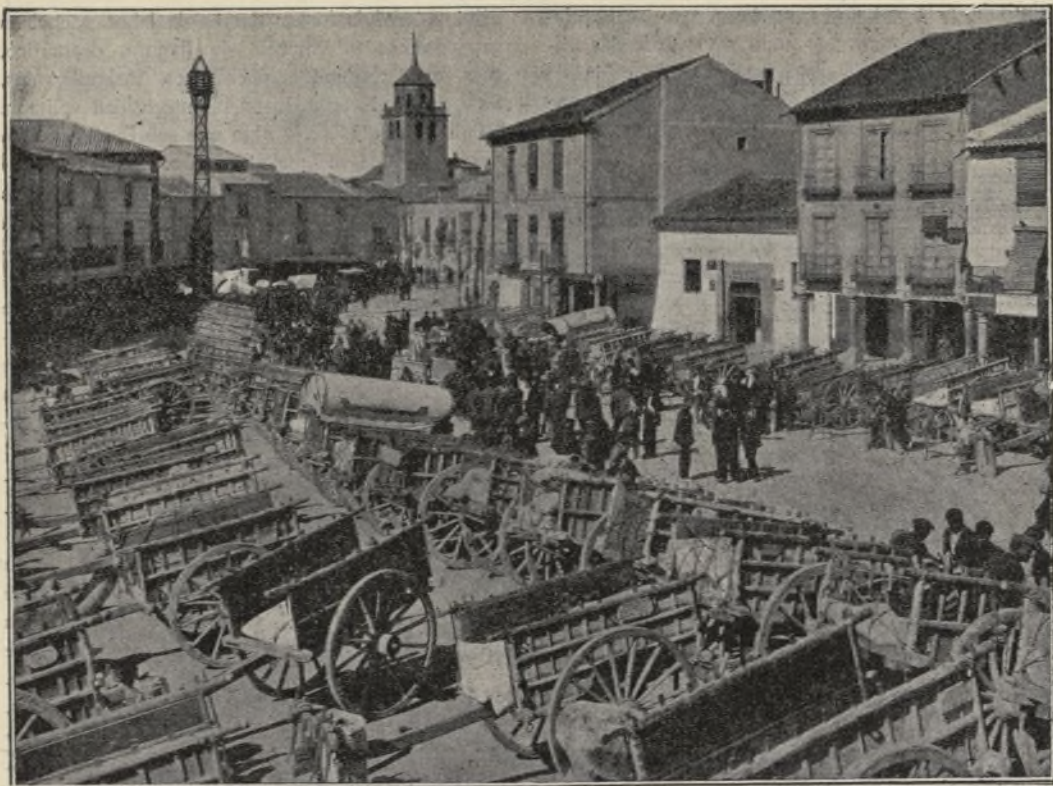
Pueblo gañán, de muchas viejas enlutadas, labradores sanos y tranquilos y mastines peligrosos. Pueblo sin más historia que su santo, Juan el Poeta, corazón del terruño, inspiración natural, lógica y contundente, sorpresa milagrosa. Pueblo grande en medio de la llanada, solo, olvidado, triste, con casucas de barro, varios árboles añejos y una efigie de San Juan de la Cruz en el centro de la plaza. Y los paisanos del santo-poeta, todas las mañanas, al romper la aurora, tras sus yuntas, van desfilando sin gran prisa, mirando a la estatua con extrañeza y devoción.

#### A PEÑARANDA DE BRACAMONTE \* RASTROJERAS Y PANES SALMANTINOS \* Y DE PEÑARANDA A MADRIGAL

Estamos ante las puertas de Medina, cierre arabesco de unas murallas atléticas, toscas e imponentes. Nos encontramos ya en la villa gloriosa, cuna de Isabel de Castilla, el obispo *el Tostado* y el cardenal Quiroga. En este lugar escondido, el rey D. Sebastián de Portugal fué pastelero enamorado, raptor de sor Ana, y el cardenal Cisneros paseó su porte señorial y temido, y rigió el rebaño agustino fray Luis de León... ¡Madrigal de las Altas Torres!, el nombre más bonito de los pueblos de España, crisol ahora apagado, frío, todo cenizas. Y una emoción singular nos oprime, como si pisáramos polvo sagrado.

El palacio de D. Juan: aquí nació la madre de España y América. Monjas agustinas lo guardan





AREVALO.—Plaza del Mercado.

fervorosas, entonando letanías continuadas por orden de la Reina de reinas. Mudo, recio y sombrío, espera a los devotos de Isabel, inútilmente, porque nadie parece acordarse de este convento, triste y señorial.

En lo que debiera ser la Nazaret del hispano-americanismo hemos visto a la injusticia alzarse vengadora frente al castillo de la Mota medinense y las torres de la Alhambra granadina.

#### ARÉVALO

El auto salva los 25 kilómetros que nos separan de Arévalo, y en un martes —día de mercado— hacemos nuestra entrada en la ciudad del famoso alcalde Ronquillo.

Por todos los caminos marchan filas interminables de carros y caballerías. Los pinos elevan sus

gráciles siluetas de sombrillas abiertas, y el Arevalillo corre presuroso por la herida profunda de un tajo amarillento.

Arévalo: barco inmenso detenido en un mar de trigales, y el castillo —prisión en la cual Blanca lloró la crueldad de Don Pedro—, como un esqueleto maltratado. Las ocho torres de la ciudad son inmutables gigantes de piedra, palos y chimeas del buque, sin banderas, sin humo, dando una sensación de abandono inexplicable.

La plaza del Mercado ofrece un aspecto de bellísima sorpresa: carros y más carros, llenos de sacos de cereales, tendidos a lo largo de la calzada, en una formación militar; puestos de frutas; tenderos, charlatanes, acaparadores, caciques, trigueros, corredores, portistas, curiales, usureros, mozos de labor, gitanos, chalanes, labradoras, viejas y perros, muchos perros, tendidos a la som-



bra de los carros, en los puestos de carne, en las tiendas, hozando en la basura... Y un ruido que aturde: saludos a voces, contratos a gritos, pregones...

Busquemos el silencio. Plaza del Real, con el palacio donde se educó Isabel I y nacieron el Alcalde Ronquillo y Eulogio Florentino Sanz; calle de Santa María, llena de caserones hidalguescos, torre parroquial sobre un arco de piedra, calle Mora al fondo, y plaza de la Villa, sugestiva y única, con unos porches ancianos, un caño singular y las dos torres gemelas de San Martín.

Retablo maravilloso de la iglesia de San Miguel, olvidado convento jesuíta de San Nicolás; parroquia de Santo Domingo, con un San Francisco de Montañés y una verja valiosa; iglesia del Salvador, de San Juan... Y calles amplias, y plazas evocadoras. Y afueras paradisíacas, jardines en el yermo castellano, donde las flores tienen una belleza de martirio.

## DE ARÉVALO A MADRID

En Arévalo nos espera el tren que vuelve a dejarnos en la corte, y por donde salimos, justamente.

## IMPRESIÓN FINAL

Avila y su provincia: tierra gloriosa y sagrada; en poco más de 50 kilómetros, nacieron Isabel la Católica, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y el Obispo *el Tostado*, a más de otras figuras de menor talla histórica, pero de resonancia nacional.

Avila es santidad y silencio, resignación de bondad pasionaria, vieja que se interpone entre la serranía y la llanura, sentada —bien extendidos los manteos amarillos de sus murallas, erguido y firme el tronco de su Catedral— años y años, como una de esas viejas de Castilla que se pasan, años y años también, sentadas inmutables frente a un Cristo trágico en alguna iglesia de pueblo.

JULIO ESCOBAR.

## H O M E N I A J E A L M A E S T R O V I L L A

Dedicamos este número, en su parte geográfica, a Madrid. Queremos también dedicar unas líneas cordialísimas a una de las figuras más populares de la capital: la del maestro Villa, que reúne, por su arte y por su simpatía, todos los sufragios del Madrid castizo.

Junio, heraldo de los calores estivales, sería ya irresistible si nouviésemos un Retiro y un Rosales, y si en ambos no hubiese una Banda Municipal, tantas veces laureada, que nos hiciese mirar con cierto aire de superioridad a los que nos abandonan en busca de otras temperaturas...

ATLÁNTICO se suma al homenaje que se está organizando en honor del maestro Villa.



DON RICARDO VILLA,  
Director de la Banda Municipal de Madrid.





# Ciudades españolas

## GRÁFICOS DE BILBAO \* EL PUEBLO QUE NO SE CONOCE



Bilbao nuevo.

No voy a hacer ahora el descubrimiento de Bilbao. Y no he de hacerlo, entre otras causas, porque fusionada al vértice apreciable de su fisonomía exterior y con raíces profundas en la base, crece y se agita una razón de ser difícilísima de seguir por demasiado vertical.

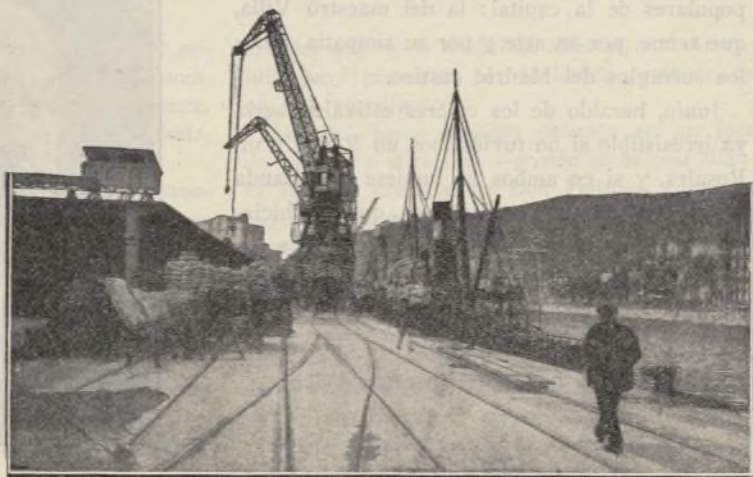
La gran pericia de Bilbao, sobre toda otra experta condición que la conforma —industrial, optimista, saludablemente alegre y propicia a las expansiones—, consiste en no dejarse conocer. Mejor aún, en procurar que no la conozcan concretamente. Utiliza para ello la fórmula sagaz de la franqueza, de más positivo rendimiento que el disimulo. Ahora bien: lo interesante para Bilbao es que no se conozca de ella lo que no quiere. Por ejemplo: la ingenua tenacidad de sus preferencias. En punto tal se quiebra inevitablemente la fortaleza temperamental y varonil, y aparecen ciertos debilitados signos de sospechosa masculinidad. Si-

gue en el vértice la ondulación sincera, y vacila en la base como un péndulo la raíz vertical. Por eso el que quiera conocernos que haga el viaje. Pero no con propósito de permanecer muchos días entre nosotros. Gentes de condición laboriosa, nos disgustan las visitas prolongadas.

### TRINIDAD PROMISCUA

Del centro a la periferia bilbaíno quedan fuertemente fundidas las más visibles trayectorias de su conformación. Acampan en el trayecto sugestivamente hermanadas las tres zonas sensibles del urbanismo, y en el centro de cualquiera de los ángulos conocidos, surge y se enlaza la tradición con lo actual. Bilbao la Vieja, como castizamente quiere Unamuno que se designe la totalidad, la ría y el Ensanche, son los extremos de coincidencia fertilizados. Bilbao la Vieja por el recuerdo, la ría por el mar, y el perímetro dilatado por la inquietud que lo hace cada día más expansivo.

El contorno añoso ha fraguado la estirpe, la ría dibuja el infinito y la zona expansiva se amolda al nuevo tipo civil. Del cual, gallardamente



La ría con su tráfico.





Bilbao viejo.

trazadas se columbran las aristas geométricas de un Bilbao mucho más vertical. Esta triangular promiscuidad, desentraña el fundamento heterogéneo de la persona.

No hay, por lo tanto, duda de que a Bilbao la yerguen tres dimensiones voluminosas.

#### N O S H A C E N F A L T A V I A J A N T E S

Pero si no se trata de un descubrimiento sorprendente de la Villa, a lo menos que tiene derecho es a presentarla en debida forma.

Los pueblos de España, por lo general, son algo desconocido para el español. La mayoría de sus pobladores no han caído en la tentación de ser curiosos.

A nuestro hermoso territorio solar le están haciendo falta unos centenares de viajeros. No sé por qué ha de preocuparnos tanto la protección arancelaria, cuando apenas si al levantino le inquieta otra cosa que sus frutos; al vasco, sus industrias, y al castellano, sus cereales, concepto individualista que mantiene al país en un estado empobrecido de región.

Estos viajeros de España serían los encargados de corregir el mal. Se impone el librecombinismo, y no es a las Vascongadas a quienes en España se pueda cargar el pecado de permanecer cerrada a las expansiones. Lo que sí rehuyen es la política de contactos funestos, el trato secundario que se afianza en el puro formulismo de la cortesía. En Bilbao las gentes tienen una educación... correctamente áspera. Nada de izquierdas ni de derechas por el camino. Pero ya puede usted, señora, marchar tranquila por el centro del Bulevard a cualquier hora...

#### R E S U M E N

Si alguna de estas cosas resulta interesante, me comprometo a sacarlas a la vida de la publicidad hispanoamericana. Ya sé que un poco fuerte resulta el deseo de no conformarse con la difusión local; pero la culpa la tiene esta juvenil publicación que hace muy bien en volar por encima del Atlántico.

Jesús Escartín.

Bilbao y mayo.

#### TALLERES DE FOTOGRAFADO

DE

# EL IMPARCIAL

LÍNEA / DIRECTO / BICOLOR / TRICOLOR / PRONTITUD

ECONOMÍA Y ESmero / ENVÍOS A PROVINCIAS

Duque de Alba, 4.-Teléfono 71550

MADRID



# D e A r t e

## INTROITO

¿Hasta qué punto es honesto, estéticamente hablando, sujetar el arte al ritmo de la actualidad? Lo actual tiene en arte una hondura y una extensión que quizá lo convierten precisamente en todo lo contrario de lo que, en función periodística, llamamos actualidad. Una cosa, en efecto, es lo diorámico y otra lo permanente. La verdadera actualidad sólo está en lo eterno. Eso explica la suprema aspiración del arte.

Pero, puestos en trance de opción, en el ejercicio de una labor informativa acaso será discreto acogerse a un término medio, situándonos en la precisa equidistancia de los criterios

opuestos. Acojámonos, pues, a la flexibilidad cómoda y fácil del concepto, y sin dejar de rendir tributo a la actualidad —periodísticamente— no renunciemos a liberarnos de su dominio cuando cualquiera otra razón nos lo exija.

Quede expuesto así nuestro plan. Alternaremos el comentario de las cosas que nos ofrezca la realidad del día con el de aquellos temas que, aun no figurando en la pantalla de la proyección cotidiana, son de un interés actual y positivo.

En punto a lo primero, conviene destacar que las Exposiciones últimas demuestran, si otra cosa no, una mejor *intención previa*. Es decir, una orientación más acertada, más llena del último y germinal impulso renovador que en el mundo mueve hoy al arte y sus afanes.

Hay, pues, un positivo mejoramiento de *calidad* y de *tono*. Tal como están entre nosotros las cosas de arte, no importa tanto en las novedades el acierto como en la intención.

Y en este sentido, situados en esta necesidad —hasta agresiva, si queréis— de echar a andar por los caminos nuevos —aunque nos apartemos de la frecuentación y proximidad de los Museos—, es evidente que se ha iniciado una reacción; mejor, que se ha producido un hecho nuevo. El sabor es distinto. Bastarían, para demostrarlo, con gallardía y acierto, nombres que estos días han colmado la miscelánea de la actualidad: Castedo, Cossío, Hidalgo de Caviedes...

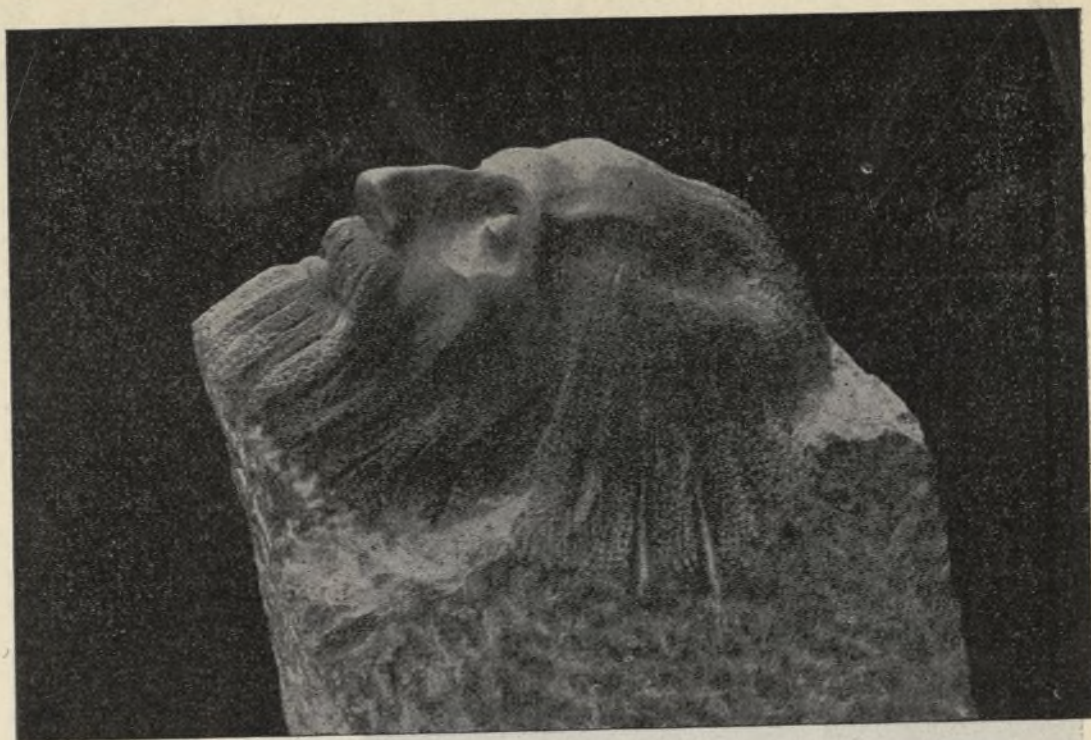
## EXPOSICIÓN BARRAL

Se aleja, senda allá, la sombra de Bourdelle. Avanza, recio, firme, macizo, un escultor castellanote. He aquí una trayectoria que tiene máximo interés. He aquí los pasos seguros, ahincados, recios, de Emiliano Barral, escultor castellano. (*Castellanote*, dando al vocablo valorización de alcaloide.)



*San Francisco de Asís*, de Enrique Climent.





Mascarilla de Pablo Iglesias. Escultura de Emiliano Barral.

Siguiendo la argumentación metafísica de Ortega y Gasset, podríamos decir —recuérdese su admirable lección— que Barral se ha abrazado a sí mismo. Entre él y su *yo* se ha escabullido la presencia de Bourdelle.

Beneficiosa la evasión, como fué en sus orígenes beneficiosa la presencia. Emiliano Barral se va encontrando a sí mismo. Y ésta es una realidad venturosa. Y un renacimiento escultórico.

Como se ha dicho de Donatello podría decirse de Barral: que no busca su modelo y su inspiración ni en el mundo grecorromano ni en ninguna otra parte. No obedece más que a una visión interior, y crea obras maestras que van más allá del tiempo, en cuanto reflejan todo lo que hay de vivo y eterno en la naturaleza humana.

En Barral esta cualidad —básica y primaria— es de la mayor importancia; porque es su propia revelación, su doctrina y su credo, y, al mismo tiempo, su inspiración y su instinto.

Camino hacia sí mismo, Barral avanza hacia la *expresión escultórica* del mundo. Cada época ha tenido su expresión escultórica. La belleza griega no es para nosotros más que un canon escultórico. La estatuaría clásica nos ha hecho conocer la humanidad pretérita, acaso en cumplimiento de lo que afirmaba Taine cuando decía que lo que calla la historia el arte lo revela.

En las esculturas de Barral es evidente la noble rebusca, la grávida preocupación de esta *expresión escultórica*, distinta de la expresión humana, más viva y más real que ella; pero a ella unida íntimamente. El busto de Chaves Nogales, por ejemplo, uno de los logros más felices del escultor, es, en este aspecto, definitivo. Junto a la expresión auténtica de Chaves, como *gente*, como entidad personal y humana, está indeleble, perdurable y viva una expresión más honda, que, sin borrar aquélla, subrayándola, es la *expresión escultórica* de Chaves co-



mo ente y cifra y parte del mundo actual. Y esto, tanto como lo que a expresión del modelo atañe como lo que estrictamente corresponde a la escultura.

Esta es quizá la más alta excelencia de Emiliano Barral.

No debe olvidarse que, como ninguna otra, la escultura es un arte estricta. Sujeta al dic-

tamen imperativo de las tres dimensiones, es una ponderación exacta de lo ponderable. Ha sido Maurice Raynal quien ha dicho que "la escultura está tan implacablemente ligada a la vida, dentro de la vida, que es harto difícil considerarla absolutamente como una ficción, a semejanza de un poema o de un cuadro".

Si partiendo de este concepto, poco apto para justificar el arte de un Archipenko, por ejemplo, Emiliano Barral cree lógicamente en la realidad de una *expresión escultórica*, llevado de esta misma creencia —y sus obras lo patentizan— restablece a su verdadera significación el *concepto escultórico*.

En *Un detalle del monumento a Pablo Iglesias* (número 21 en el catálogo de su Exposición en los salones de los Amigos del Arte) puede apreciarse netamente esta consciente y sabia disciplina con que el artista se sujeta a la verdadera realidad escultórica.

Los cánones y los dogmas, en su gracia pétrea y permanente, se afirman con rotundidad. Reposo, serenidad, equilibrio. Masas y volúmenes ponderados. Gravedad. *Peso*. Medida. Las leyes inmutables de la escultura y—en gracia a la intención monumental— con ciertos felices modos arquitectónicos que en su día serán aciertos precisos en el acierto total.

Pero todo ello dentro de su normatura recia, con no sé qué honda y grave sensibilidad, llena de eficacia. No resta la disciplina agilidad al juego del sentimiento. Hay también una *sensibili-*



Zoc. Retrato Escultura de Emiliano Barral.



*dad escultórica*. Y, sin duda, ésta es la definitiva consagración de Emiliano Barral como escultor.

Sus dotes constructivas, sus rotundos aciertos de modelación —ahí está, *vivo*, el busto del gran Antonio Machado—, sus recias y fuertes y precisas maneras, francas y audaces de matización, están empapadas en sensibilidad, regidas, orientadas, movidas por un caudal riquísimo de sentimiento, sin el que jamás llegaría, en definitiva, a esa *expresión escultórica* a la que atribuye —y yo con él— primera categoría.

Al fin y al cabo, en lo más hondo, el arte no es más que *sensibilidad civilizada*, por decirlo así.

### EXPOSICIÓN CASTRO-CIRES

Toda la elegancia de un pintor estriba a veces en no querer ser elegante. Como el parecido de un retrato estriba, por ejemplo, en que *no se parezca*.

Castro-Cires es elegante y no quiere serlo. Y como pintor, hasta ahora no se parece a su retrato; pero basta verle para saber que es él. Está en sus pinturas un pintor que empieza a parecerse a Castro-Cires.

Dos caminos, por tanto: o ir a que sus pinturas le reflejen a él, o a que él las refleje a ellas. Semeja lo mismo, y es todo lo contrario. Hasta ahora no parece decididamente, preferentemente por ninguna de estas dos sendas.

En su última Exposición ha exhibido andanzas diversas. Pero en casi todas sus obras hay más que un titubeo, una voluptuosidad de divagación. Y, sobre la afirmación de una técnica cada día más precisa, una elegancia, un buen tono de muy buen tono y una señal patente de sensibilidad pictórica.

Fuera de la Exposición he podido ver un magnífico retrato de Alejandro MacKinlay, *dandy de las ideas*, deportista de la inteligencia, primer premio de agilidad y argumento en favor de la teoría del vuelo fácil para lo más pesado que el aire, en el cual campean, suasorias y eficaces, las mejores cualidades de Castro-Cires: la buena doctrina y el buen gusto.

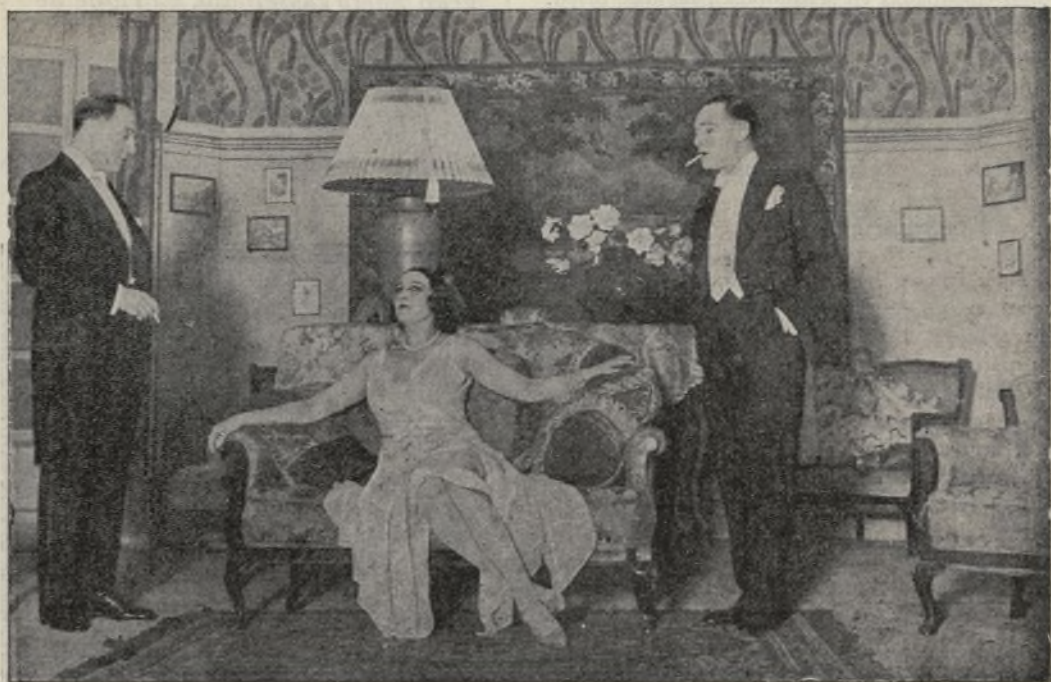
RAFAEL MARQUINA.

*Sin tiempo para manifestar ampliamente, líricamente, el dolor que nos ha causado la muerte del gran poeta castellano, Enrique de Mesa, ofrecemos en estas líneas nuestra amargura por la pérdida de tan noble varón y puro poeta.*



*Maternidad.* Escultura de Emiliano Barral.





MADAME PRADYL Y MM. VARNY VALL, EN "LE VOYAGEUR".

(Foto. Orrios.)

He querido, al encargarme de la sección teatral de ATLÁNTICO, trazar en esta su primera salida una visión completa de la temporada 1928-29, que ahora toca a su fin, para, en números sucesivos, encauzar una labor mensual igualmente informativa y más crítica.

Para subsanar el inconveniente de la falta de espacio, hemos de prestar únicamente atención a los acontecimientos que merezcan recuerdo. (Sólo la calidad de un autor o la novedad de un procedimiento pueden, en otro caso, hacer digna de mención la obra olvidada.)

El teatro está enfermo de gravedad; pero hay un medicamento seguro para su dolencia: el

fenómeno nuevo. Que el público lo acepte o no es cuestión de tiempo y de costumbre, como nos demuestra el transcurso histórico del arte dramático. El problema de esta supuesta decadencia del teatro nos abre la pauta para sucesivas intervenciones. Por hoy, únicamente importa resaltar esa gran solución del fenómeno nuevo, que, en diversas dimensiones, va dando sus frutos en todo el mundo, dentro de las minorías que hoy acuden al teatro, signo de los tiempos, y aun tampoco de éstos, ya que el cine, la máxima revelación artística del siglo, comienza ya a escindirse en esas dos sendas del gran público y del pequeño público.





Pongamos nuestros recursos de todos tamaños para el alivio teatral. Dentro de esta sección hemos de atenernos a una pauta siempre favorable a la novedad; a veces, sobre la calidad, ya que una novedad balbuciente concede esperanza, nula en la caduca calidad.

### NOTAS PARA LA TEMPORADA 1928-1929

1928. *Septiembre-diciembre*.—Los primeros hechos se manifiestan con *Cuento de amor*, la fantasía que Benavente compuso hacia el fin de siglo sobre la de Shakespeare *Twelfth night or what you will*, que repone María Palou; *Cuerdo amor, amo y señor*, hábil muestra del teatro catalán, de Avelino Artis, y *Los que no perdonan*, fuerte retazo rural de Eusebio de Gorbea, que constituye una revelación.

El teatro en verso llega brillantemente con *Las adelfas*, tres actos que los Machado han compuesto utilizando ese medio original de llevar la forma poética —en la que predomina, como es lógico, el romance sobre la consonante— al lenguaje y asunto moderno, ya que éste, sumado por alguna crítica a lo freudiano, se desenvuelve en el aspecto dramático corriente de una comedia en prosa, lejos de ese otro teatro poético tan aferrado a la monotonía tradicional.

Llegamos al acontecimiento cumbre del año: el estreno de *Los fracasados*, de H. R. Lenormand. (En el Fontalba, por Margarita Xirgu, que, con Alfonso Muñoz, obtiene una de las noches más felices de su vida artística.) Con el estreno de *Les ratés*, Lenormand pronuncia una conferencia explicativa. Es lamentable que desconozcamos todavía en español la obra de este genial dramaturgo, quizá la fase más trascendental del teatro contemporáneo. Sin duda una de las partes más asequibles para un experimento de público es ésta de *Los fracasados*, que hace vibrar a los espectadores respetuosos con los momentos más crudos del drama. La técnica del autor de *Le simoun*, que tiene un eco en Benavente —los catorce cuadros de *Vidas cruzadas*—, es la que mejor se presta para sorprender lo que pudiéramos llamar “momentos

decisivos”, que prestan diáfanos horizontes a las conquistas del teatro actual.

Cedamos el paso a Bernard Shaw. Es curioso observar cómo el público acepta todas las innovaciones de la forma —*Les ratés*— y rehúsa instintivamente las del fondo —*Cándida*—. No quiere esto decir que no tenga éxito esta maravillosa comedia, quizá una de las mejores del teatro inglés; pero de los comentarios del público se desprende que se interpreta esa originalidad como una audacia de ahora, olvidando que la comedia se estrenó en el 96...

El hecho es que el público entra por *Los fracasados* mejor que por *Cándida*. Que los artistas fracasen y se deshagan en la abyección es una cosa natural que pasa todos los días; pero “no pasa todos los días” el que un hombre joven discuta a un marido honorable su mujer, en su propia casa. El conjunto de Irene López Heredia sostiene la obra en el cartel con maestría.

Inesperadamente, las ovaciones estruendosas de *Pepa Doncel*. Don Jacinto compone una obra para el público, y éste agradece el obsequio mezclando hasta la política en sus aplausos.

No pueden las huestes de Sassone mostrarnos *Para el cielo y los altares*, y hemos de consolarnos en la lectura. Vemos a Benavente en su fase más finamente irónica y sutil, lindante —ya se ha dicho— con Shaw. Y pesimista, Benavente ocupa la atención general en el homenaje que España le debía.

A título de experimento, la escenificación de *Tigre Juan*. Pérez de Ayala viste galas de dramaturgo, y Morano realiza, del mejor modo, la idea.

*El caballero Varona* viene a suscitar el suceso Grau... Grau, víctima de la crítica furibunda; la crítica furibunda, amonestada duramente por Grau. El caso es sencillo; que Grau nos haya defraudado poco o mucho no es motivo para borrar su nombre en la Prensa. Ni la actitud de Grau —desproporcionada—, ni la de la crítica —tendenciosa.

Sale airoso Suárez Deza en *Te quiero; te adoro*; pero no es eso lo que se espera de él. Nos ha prometido más.

La creación del grupo “Caracol” viene a





Las principales figuras de la compañía Díaz-Artigas, en una escena culminante de la nueva obra de Benavente, *Vidas cruzadas*.

llenar el vacío del teatro íntimo o de arte. Desfila por la Sala Rex un público que va dispuesto a ver cosas sorprendentes. ¡Lástima que la temporada actual no le haya dado mucho de esa índole de acontecimientos! Uno de ellos, el más sobresaliente, es sin duda el estreno de *Orfeo*, la célebre farsa de Cocteau, conocida aquí tan sólo por la traducción de la *Revista de Occidente*. ¿Qué actitud tomaría ante el *Orfeo* el público de cualquier teatro que no fuese la Sala Rex?

1929. Enero-mayo.—Se inaugura el año con *El fantasma de Canterville*, escenificación afortunada del famoso cuento de Oscar Wilde, realizada por Palencia Tubó... Sólo el nombre de Wilde predispone al aplauso, sobre

Josefina Díaz y la Srta. Pallarés, en una escena de *Vidas cruzadas*.



todo en momentos de la amenidad y gracia de *El fantasma de Canterville*.

1929. Enero-mayo.—Se inaugura el año con *El fantasma de Canterville*, escenificación afortunada del famoso cuento de Oscar Wilde, realizada por Palencia Tubáu. Sólo el nombre de Wilde predispone al aplauso, sobre todo en momentos de la amenidad y gracia de *El fantasma de Canterville*.

La alianza Martínez Sierra-Marquina produce un fruto sin grandes ambiciones: *El camino de la felicidad*, y Marquina se presenta solo en *Sin horca ni cuchillo*.

Rivas Cherif, el director de "Caracol", da salida a una novedad con caracteres de audacia, *Un sueño de la razón*, estrenada en la Sala Rex, ya que otro público no sería apto, ni poco ni mucho, para ella. Hay que aplaudir todas las audacias, las grandes y las pequeñas; por eso merece especial atención este feliz ensayo, en el que Rivas Cherif encarna el único personaje, que con las dos restantes figuras femeninas forman el triduo en el que se desenvuelve una no muy complicada historia sexual. Rivas Cherif da también en el Fontalba una *Pepita Jiménez* escénica bastante aplaudida.

La revelación joven del teatro últimamente celebrada es la de López Rubio y Ugarte, autores de una bella y original comedia en tres actos que un periódico diario premió justamente en un reciente concurso de autores noveles. *De la noche a la mañana* no tiene pretensión de ser revolucionaria; es un retazo prudencialmente nuevo. Sin duda, la obra de más auténtica juventud que se ha presentado en el Reina Victoria esta temporada, ya que las empresas siguen cerrando sus puertas a los talentos jóvenes. —Véase si no el retraso que padecen los estrenos de las demás obras premiadas en el mismo concurso.

Señala este resumen un ocaso evidente en algunos autores consagrados, explicable ante la forzosa renovación. Sin acudir al género cómico, encenagado en el rotundo fracaso, tenemos prueba de un declive en los desaciertos de *Rondalla* y *Novelera*, de los Quintero. En el verso sucede con Ardavin y Montaner. Algunos de estos declives se salvan con la com-

plicidad del público. Es el caso de Linares Rivas y los mismos Quintero.

Trae Lola Membrives *La dama del mar*, que el público curioso conoce a través de las traducciones que Mundo Latino ha publicado de Cristóbal de Castro. Ibsen sigue resultando hoy tan sólido como ayer.

Las futilidades tienen en teatro una gran importancia. Es más: en las futilidades se demuestran condiciones de autor. Esta es una de las principales cualidades de J. M. Barrie, productor de *Peter Pan* y *El admirable Crichton*, que ha alcanzado en Inglaterra una de las situaciones más privilegiadas. Tiene la suerte *Alicia sienta la cabeza* de haber sido traducida por Martínez Sierra y representada por su conjunto. Catalina Bárcena y Alicia constituyen un paralelo delicioso.

No ha tenido la misma suerte *Romance*, de Edward Sheldon, aplaudido en todos los teatros de Europa y América, que no ha satisfecho a la opinión. Estamos muy lejos de Norteamérica, y, afortunadamente, no nos coaccionan esas *réclame* periodísticas en gran escala.

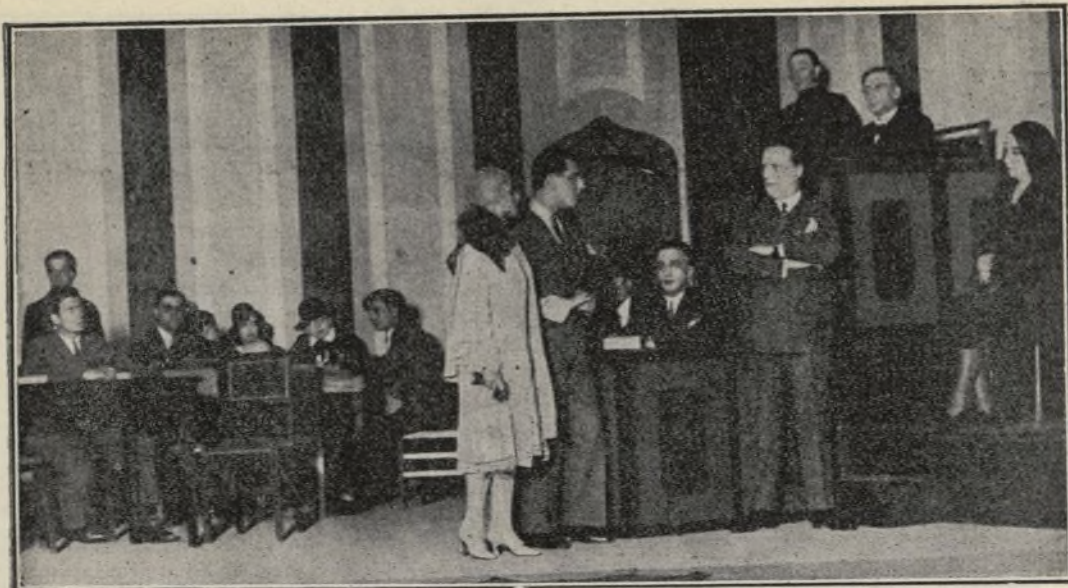
Se abre la primavera en una caudalosa floración del teatro argentino. Además de Martínez Sierra, que ha dado muestras de él, las hemos recibido de Camila Quiroga y de Rivera de Rosas. Este gran actor ha hecho una campaña triunfal.

De ese teatro argentino hay cosas estimables. En *La emigrada*, de Martínez Cuitiño, se revela un buen dramaturgo, dibujando un tipo fuerte de mujer que logra en Camila Quiroga gran relieve.

Martínez Sierra da a conocer una de sus mejores producciones con *Seamos felices*. Es digno de todo elogio el hecho de este gran autor nuestro, siempre sencillo y —lo que más se agradece— culto. Da Martínez Sierra una auténtica impresión de cultura dentro de su tono romántico que a tantos espectadores ha —finamente— cautivado. De él pueden venirnos estímulos y apoyo para la causa del nuevo teatro. ¿Cuándo intenta efectuar aquellos planes de que no ha mucho hablaba? Deseamos tuviesen inmediata realización.

Cuatro realidades dice Martínez Cuitiño que existen en los límites del arte teatral: el hecho





Una escena de *El proceso de Mary Dugan*.

en sí; su interpretación por parte del autor; su interpretación por parte del actor, y el espectador. Este es el principio estético de *La cuarta realidad*, comedia nueva que se esperaba con gran expectación en Madrid ante su triunfo de Barcelona, y que logró un completo éxito, luciendo Enrique de Rosas todos los recursos de su arte, que llega a lo irreprochable. Quizá sea la obra que más le va; donde mejor define su personalidad a través de los tres actos de continua discusión.

El mismo conjunto repone los *Seis personajes* de Pirandello, conforme al criterio exacto de su autor.

*Vidas cruzadas* pone de nuevo a Benavente frente al público. Cinédrama denomina a estos catorce cuadros trazados con diestra mano y portadores de sorpresas y de intensos efectos dramáticos. *Vidas cruzadas* viene a ser un muestrario, una síntesis benaventina. En ella vemos modelo de su diálogo, de su ironía, de su técnica y —¿por qué no decirlo?— de sus claudicaciones al público. Los cuadros numerosos se prestan a su experimento del cruce de las vidas de modo eficaz.

Antes de concluir nuestra tarea enumeradora

hemos de recordar que el teatro clásico ha campeado en los escenarios de la Princesa —Calvo— y el Español —Mendoza—. Este último y sus familiares se han quejado de la actitud de la crítica; pero han de reconocer su serie de errores. Para dar verdadero teatro clásico hay que empezar por obras sacadas de las sombras históricas o poner hasta fragmentos de *La celestina*, que llevarían un público intelectual —el único a quien interesa el verdadero clasicismo—, tan lejos de esa masa varia que acude los miércoles de moda a un repertorio desgraciado, que hoy día carece de la salvación del “buen tono”, ya que el “buen tono” está en los teatros de cante y en el Cine Club.

La actuación de la compañía francesa Galas Karsenty en el Alcázar ha dado cita a los curiosos del teatro francés en una semana selecta y grata. Se han puesto: *Topaze*, de Marcel Pagnol; el famoso *Eusébe*, de Henry Duvernois; *Je l'attendais*, de J. Natanson; *Le voyageur*, de Denys Amiel; *La souriante de madame Beudet*, de Amiel y Obeg, y *Félix*, esa recia producción de Bernstein que es una agria verdad...

ANTONIO DE OBREGÓN.





## HISTORIA SINTÉTICA DEL CINEMA

De 1602 a 1680 —fecha en que vivió el jesuita y polígrafo alemán Anastasio Kirscher, inventor de la linterna mágica— hasta 1895, en que Lumière patenta su *aparato destinado a la obtención y visión de pruebas cinematográficas*, fueron una treintena de sabios los que dedicaron parte de sus estudios a la obtención de un aparato tomavistas, sin lograr conseguirlo plenamente. Fueron muchos los que lograron acercarse; pero, realmente, el título de inventor del cinematógrafo corresponde a Louis Lumière.

El 13 de febrero de 1895 se patenta; el 22 de marzo del mismo año le exhibe por primera vez en la Sociedad de Fomento de la Industria Nacional, de Lyon, y a fines de aquella primavera este nuevo espectáculo se presenta en España —en Madrid, en la Carrera de San Jerónimo—, por breves días, en saloncitos de escasa comodidad, improvisados para ello.

A partir de estas fechas, construyéronse los primeros cinematógrafos. En un principio, el público fué un poco apático con este invento. Pero poco a poco, las películas —puramente documentales y de escaso metraje— fueron convirtiéndose en pequeños asuntos: argumentaciones basadas en la vida real, que valieron al cinema sus primeros adeptos.

Al año escaso de inventarse el cinema, se produce en España la primera película. Fué Gelabert el primer precursor. A ésta suceden otras

del mismo. Y a este precursor suceden otros. Se crean algunas manufacturas, que producen películas, inferiores siempre a las importadas de Francia y de Italia, quien consigue colocarse a la cabeza —en producción mundial— hasta pasada la gran guerra. En estas fechas, Norteamérica —que atisba una fuente de ingresos importantes— dedícase de lleno a la producción de *films*. España —que ha tenido un momento de fiebre productiva— no logra cristalizar, y queda a la retaguardia de cuantas naciones se ocupan en la edición de *films*. Los yanquis aprovechan el golpe que Europa ha recibido con la gran guerra, y se adueñan del mercado mundial. Son los que más producen y —desde luego— quienes mejor distribuyen su material. Es probable, que sin esa organización comercial de Zucor, de Loew Metro, de Carl Laemle, de William Fox, el *cine* americano no hubiese logrado el lugar que ocupa actualmente.

Los David W. Griffith, los Charlie Chaplin, los Fairbanks, las Pickford, las Pearl Withe, las Talmadge ya habían aparecido en el firmamento cinematográfico. Son sus verdaderos propulsores y los que mayormente contribuyen al triunfo del cinema yanqui.

España sigue —no obstante— sin apuntar valores. Se limita a producir *españoladas*, que —afortunadamente— mueren en el nudo de sus fronteras. Indu-



FLORENCE VIDOR.



dablemente, Iberia no es un país cinematográfico. Si lo fuese, en estos treinta años de producción, más o menos continua, pudo haberlo demostrado.

\*\*\*

Visto el orden de cosas, puede asegurarse que el cinema, si no ha llegado a su perfecto estado, está llegando a un puesto de perfección y popularidad superior a los demás artes espectaculares. El cinema es un arte puramente joven. La juventud es quien mayormente corre a ocultar sus inquietudes —o en busca de emociones nuevas— a cualquier espectáculo. Y el cinema, como arte espectacular y emocional, es buen amigo suyo. Aquí su éxito. Gómez Mesa ha llamado a este siglo —a esta generación— el siglo del cinema y los deportes. Y, sin negar el deportismo de nuestra presente generación, señalamos al deporte como más antiguo que el cinema, y afirmamos el resurgimiento deportivo, como un producto del film. Así, este siglo es un siglo —esencialmente— cinematográfico.

Actualmente, el mercado mundial continúa en manos de los yanquis. Estos han tenido la virtud de saber adaptarse —y adaptar sus obras— al gusto general del público y la audacia de asimilarse productos extranjeros en beneficio propio. Alemania —singularizando en la Ufa—, técnicamente, ha superado a Norteamérica. Pero le ha faltado una organización exterior y, con ella, el capital necesario para retener sus primeras figuras. Por este motivo, creemos que Paramount, Metro, Universal, Fox, Artistas Unidos, Firts National, Warner Bros... seguirán dominando el mundo cinematográfico durante mucho tiempo.

\*\*\*

Ultimamente, los rusos han producido cosas admirables. En España —desgraciadamente— no nos dejaron verlas para confirmarlo. Conocemos juicios de Prensa extranjera, y esto afirma nuestras impresiones. Pero, por encima de estos juicios de prensa, de estas afirmaciones optimistas, está el ejemplo de los yanquis. La prueba más palpable y objetiva de que los rusos están realizando una gran obra cinema-

tográfica nos la dan los yanquis, llevándose a sus directores y a sus artistas a los estudios de California.

Esto es un poco alarmante para el cinema europeo. América debe a cerebros extranjeros lo mejor de su cinematografía. Primeramente atrajo —con sus dólares— a los creadores franceses. Luego llevó a los alemanes, y hoy arrastra a los rusos. Las grandes productoras yanquis están perfectamente adiestradas en estas lides. Y sus "menagers" han debido ver algo interesante en el cinema eslavo, cuando tan rápidamente negociaron con sus creadores.

Esta sagacidad de Norteamérica ha traído una nueva inquietud al resto de los demás países productores. Y con esta inquietud, la convicción de que, superándose a ella, Cinelandia sabrá adaptarse a todas las innovaciones y conservar su primer puesto.

Por otra parte, el cinema sonoro ha venido a revolucionarnos. Las noticias que nos llegan de América no pueden ser más optimistas. Hasta se habla de un cinema políglota. Francia, en cambio —tras de no haber logrado su puesto de *avant-guerre*—, no está conforme con esta innovación. Parece despreciarla por antiestética. Y entre tanto, los yanquis invitan —con sus dólares— a saltar el Atlántico al más popular de sus *chansonniers*, los franceses producen películas de vanguardia, con las que esperan *epatar* a todos.

\*\*\*

España... De España es, según se dice, el *cine* de mañana. Nuestro clima, nuestro sol, nuestro paisaje, nuestros artistas, nuestra literatura..., todo parece abundar en favor del cinema español. Pero lo cierto —lo dolorosamente auténtico— es que los españoles nos limitamos a edificar salones para proyectar películas extranjeras, y a producir alguna que otra, con las que cubrimos las fechas vacantes del calendario de nuestras empresas.

Da pena pensar así; pero es necesario llegar a esta conclusión. "La reserva de nuestro capital..." "La desconfianza de nuestros adinerados..." No, no creo en esto. El capital español, como todo capital, está dispuesto a caer



donde pueda hallar un aumento de sí mismo. Está hecho a base de sacrificios o de audacias, y no es cuestión de entregarlo al primer inepto que lo solicite. Y si se opina lo contrario, que demuestre cualquiera de nuestros directores que han venido los yanquis a ofrecerle diez mil dólares semanales por dirigir películas, y se verá surgir un capital dispuesto a colocarnos al nivel cinematográfico que nos corresponde.

\* \* \*

Hasta aquí, una historia sintética del cinema, ineludible en este primer número de ATLÁNTICO. Un poco de ayer. Otro poco de hoy; y, sin embargo, desconocemos las sorpresas que nos guarda el cinema de mañana. Partamos desde la base que nos coloca al cinema como arte y como negocio en el que se barajan infinitos millones. Y el dinero, hoy, como ayer, como mañana, será nuestro principal objetivo. El hombre lucha por su conquista, y en esta lucha pone su inteligencia, espoleada por su sed

de fortuna. ¡A estas horas es posible que en un laboratorio anónimo, un cerebro sediento esté cociendo el cinema del futuro!

Si las tendencias vanguardistas de Francia llegaron a fortificarse, de nada sirven a España su clima y su paisaje. Y en el caso contrario: en el caso de que siguiese su camino sin estas brusquedades, y nosotros lográsemos crearnos un estilo que reflejase nuestro ambiente, ¿quién es capaz de averiguar lo que será el cinema dentro de diez, de veinte, de cincuenta años? ¿Quién nos asegura que todo cuanto llevamos hecho no es un ligero apunte de lo que puede hacerse? Finalmente, no nos queda más que una afirmación: Si es cierto que vivimos el siglo del cinema, regocijémonos los jóvenes pensando que este siglo es muy niño todavía, y que el cinema es otro niño precoz que anduvo con zancos o a pasos de gigante.

JUAN PIQUERAS.

*Madrid, mayo de 1929.*



JOAN CRAWFORD y WILLIAM HAINES, en *Fiebre de Primavera*, de M. G. M.



## ARGUMENTOS DE PELÍCULAS

### «EL HUNDIMIENTO DE LA CASA USHER»

*(Film de vanguardia, adaptado de un cuento de Edgar Poe, dirigido por Jean Epstein y presentado en España por Renacimiento Films.)*

Lejos de la ciudad, en el centro de un paisaje desolador, abrupto, hosco e inhospitalario, se alza el castillo de Usher, viejo como las tradiciones de sus poseedores, casi en ruinas. En él habita el último de los Usher, Sir Roderico, quien, truncando las aficiones de todos sus antepasados por la caza y el noble arte de la guerra, dedica sus momentos a la pintura, que le atrae con una fuerza superior a él. Sir Roderico, por el ambiente de soledad que le rodea desde pequeño, es un misántropo, de carácter raro, dominante y egoísta, pero enamorado de su esposa, Lady Madelina.

Esta, delicada criatura, nacida para ser cuidada con exquisito tacto, vegeta en el castillo agostando su juventud entre las sombrías paredes de los salones, grandes y misteriosos,

y sufre en silencio para no disgustar a su esposo, a quien quiere y respeta.

Sir Roderico, que ha comenzado un retrato de Madelina, en uno de sus momentos de misantropía, ha escrito a un viejo amigo de la ciudad para que venga una temporada junto a ellos para hacerles más llevadera la soledad de su vida. Mientras que el retrato avanza, y diríase que por artes diabólicas o sobrenaturales, a medida que el pincel va dibujando la delicada y esbelta silueta de Madelina, va tomando vida y absorbiendo la fuerza vital de Lady Madelina, que en cada sesión está más agotada y débil.

El amigo de la ciudad llega, no muy lejos del castillo, y le cuesta trabajo encontrar un aldeano que le quiera servir de guía para llegar hasta los dominios de Usher: todos tienen miedo a acercarse al castillo; la tradición le ha rodeado de una serie de leyendas, que hacen más fuerza en la mente de los aldeanos que la rica propina que les ofrece el viajero. Por fin, uno se decide a acompañarle; pero, una vez el castillo a la vista de ambos, el guía le abandona y sale corriendo para el pueblo, sin volver la vista atrás.

Después de un cordial recibimiento, los amigos se sientan a la mesa; pero en vano esperan a Lady Madelina, que, indisputada por las largas poses exigidas por su marido, se encuentra muy fatigada. Terminada la cena, Sir Roderico siente una inspiración más fuerte que nunca, e impaciente para aprovecharla y continuar su obra, despidiéndose bruscamente a su amigo, le invita a recorrer parque y castillo para deshacerse de él. Al quedar solo llama a su mujer, y la obliga a posar como modelo, sin acordarse de su indisposición. Lady Ma-





delina obedece de nuevo; desfallecida, casi exánime, posa nuevamente; sir Roderico, mientras tanto, pinta, febril, y a cada pincelada parece que el lienzo se ilumina y adquiere vida, y no ve a su esposa desfallecer, obsesionado con su arte. Madelina se siente morir, pero no quiere interrumpir a su marido; calla y sufre hasta que, lentamente y sin vida, cae sobre el pavimento... Y en tanto, sir Roderico, ausente de todo lo que no sea su

obra, pinta..., pinta. De vuelta del paseo, entra el amigo en la sombría habitación, a la que parece dar luz la obra de sir Roderico, y embelesado, atraído por la belleza del cuadro, avanza inconscientemente hasta que sus pies tropiezan con el cuerpo de Madelina. Vuelto a la realidad, sir Roderico se espanta al ver a su esposa sin vida, y hace llamar al médico del castillo, el cual asegura la muerte de Madelina. Roderico se niega a creerlo, y, por fin, convencido, deja que metan a Madelina en un féretro, y, así, sin más acompañamiento que los cuatro hombres que hay en el castillo, es conducida por ellos a la capilla, donde el médico y el amigo empiezan a clavar el ataúd. Sir Roderico se opone a ello, pues insiste en creerla viva, y lentamente se va alejando de la capilla, donde sus acompañantes continúan su fúnebre tarea, haciendo estremecer a sir Roderico a cada golpe de martillo; y después de colocar el cuerpo de la desventurada sobre un túmulo, se alejan hacia el castillo.

Al atardecer, el cielo anubarrado hace prever una fuerte tormenta, que hace más inminente el fuerte viento que con sus ráfagas estremece el viejo castillo. En una de sus salas, Sir Roderico y su amigo comentan, apenados, el triste fin de Madelina. El amigo trata de en-



treteñer a Roderico leyéndole su libro favorito, mientras éste, ensimismado en su dolor, sólo ve y piensa en su perdida esposa. Mientras tanto, el viento, entrando por ventanas y grietas, produce fuertes corrientes, que avivan más y más el fuego de la chimenea, produciendo raras sombras y figuras. El amigo, a pesar de su sordera, siente ruidos extraños, y, fuertemente impresionados los dos, se levantan de sus asientos, al mismo tiempo que la puerta, ruidosamente abierta, deja ver a Madelina, que, envuelta en las gasas que le sirvieron de sudario, avanza hacia ellos sin tocar apenas el suelo.

Sir Roderico se adelanta a ella y, enamorado, la abraza, sin darse cuenta que el viento, en combinación con el fuego, ha hecho que las llamas de unas velas prendan en los cortinajes y conviertan al castillo en una inmensa hoguera.

Locos los tres, y desesperados, buscan la salida entre las llamas que los rodean, y, por fin, consiguen llegar hasta el parque, en tanto que el castillo, presa de las llamas, se derrumba y desaparece para siempre.

Así terminó la Casa de Usher.



## COTELERA CINEGRÁFICA

### NUESTRA CRÍTICA

Por hallarnos al final de la temporada cinematográfica 1928-29, suprimimos —en esta nuestra primera salida— la sección que habíamos destinado a la crítica de *films*.

Los estrenos que presentan nuestros primeros cinematógrafos tienen cada día más escaso interés. Todo lo que realmente ha sumado un valor artístico o un valor técnico ha sido presentado y comentado a raíz de su proyección. Por esto, nos abstenemos de hacer nuevos comentarios, y solamente nos limitaremos a se-

ñalar una sinceridad en nuestras críticas futuras.

### CAMPAÑA DE «LA PANTALLA» -:- -:-

Nosotros —que tenemos el propósito firmísimo de encauzar nuestras críticas por donde deban encauzarse— hemos leído —atentamente— la campaña realizada por *La Pantalla*. Ha sido éste un gesto simpático, al que nos adherimos sinceramente. Es más: hace tiempo que dijimos que en España se carece de crítica cinematográfica. Hace falta una crítica enjuiciada y serena, de la que carecemos. Nuestra crítica actual es una crítica discordante y heterogénea. Muy escasas veces suelen nuestros críticos estar de acuerdo en los valores o en las negaciones de un *film*. Y esta discordancia, esta disconformidad de nuestros críticos es precisamente el motivo fundamental de la desorientación de nuestro público.

*La Pantalla*, con su saneamiento crítico, ha realizado una labor plausible. Hasta aquí, solamente se había protestado en provincias de que fueran los agentes de anuncios los que hiciesen crítica. Pero por haberse dicho disgregadamente no llegó a hacerse caso. Confiamos que ahora que un periódico leído —considerado— se ha propuesto puntualizar y definir a los agentes de anuncios y a los críticos, dé resultado esta campaña y se consiga que los críticos hagan crítica, y los agentes, publicidad.

### LA PROTECCIÓN A LA CINEMATOGRAFÍA NACIONAL -:-

Con la clausuración de las admisiones informativas para orientar al Ministerio de Economía Nacional sobre la protección a nuestra industria cinematográfica, se dilucida en estos días la forma en que ha de hacerse.

Se habla de monopolios, de empre-



JOHN GILBERT y RENÉE ADORÉE en *Los cosacos*.

(Foto. M. G. M.)



sas interesadas en ello y de otras muchas cosas. Nada se sabe de cierto, y es necesario evitar todo apresuramiento, para que lo que se haga sea realmente práctico y eficaz.

Entre tanto, esperemos el resultado, y abstengámonos de hacer comentarios hasta que podamos fundamentarlos en algo definitivo.

### EL FILM SONORO

Las noticias que diariamente nos llegan de Norteamérica no pueden ser más optimistas al "cine" sonoro, y, en parte, al hablado.

Parece ser que el pueblo americano lo ha acogido favorablemente, y todos los productores se han dedicado a producir cintas sonoras.

Por estos motivos aseguramos a España una próxima temporada cinematográfica de escaso interés, ya que, salvo media docena de "cines", los demás se verán imposibilitados para esta clase de proyección, limitándose solamente a la presentación de películas sonoras, pero sin sonido.



RAQUEL TORRES y MONTE BLUE en *Sombras blancas*.  
Film sonoro de M. G. M.

### CINE CLUB -- --

El día 26 del pasado mayo celebró esta Sociedad la última de las sesiones que presenta esta temporada. Su programa —documental, de revisión y afirmación de valores— fué acogido con el entusiasmo y la simpatía con que fueron acogidos todos sus anteriores. En nuestro próximo número nos ocuparemos extensamente de la labor realizada por el Cineclub, y muy singularmente de su última sesión.

### UNAS INTERVIÚS DE L. GÓMEZ MESA

En *Popular Film* —revista profesional de cinema, que viene editándose desde hace varios años en Barcelona— ha iniciado su colaborador en Madrid, Sr. Gómez Mesa, unas visitas

con los representantes de la joven literatura hispánica, bajo el título genérico de "La generación del cine y de los deportes".

Han aparecido —y expuesto sus opiniones— Buñuel, Jiménez Caballero, Arconada, Vela, Jarnés, Ferrero, Ayala, y a éstos seguirán Espina, Ros, Salazar y Chapela, Alberti, Lorca, etc.

Gómez Mesa ha dejado bien sentado su agudeza y su espíritu de escritor joven, en estas visitas, de un interés y de una actualidad insospechados.

### -- NOTICIARIO: ALEMANIA -- --

Amparadas en la investigación científica —que es el gran camino a seguir por el cine—,





ANITA PAGE. (Foto M. G. M.)

la Ufa —juntamente con la empresa alemana Klangfilm G. M. C. H.—construye en la actualidad cuatro talleres de singular amplitud, dedicados a la interpretación del *film* sonoro.

\* \* \*

Se nos dice que por primera vez el ambiente español ha sido interpretado fielmente por cinematografistas extranjeros. Se trata de la reconstrucción de un puerto español en Neubabelsberg para "La muchacha de Valencia". Jenny Jugo interpreta unas danzas españolas, y hay un coro de contrabandistas. Esto solamente parece inducirnos a creer que se trata de otra próxima española.

\* \* \*

A los pocos días de su regreso de España a Berlín, en donde trabaja en la interpretación de *films*, la artista cinematográfica española Isa Roy, la fatalidad ha querido que en los recientes disturbios con motivo del Primero de mayo fuese alcanzada por un proyectil, que la obligó a recluirse en un sanatorio.

Desde la misma mesa de la Granja del Henar, donde solíamos conversar con ella, le enviamos muy sinceramente nuestro sentimiento, junto al fervoroso deseo de su rápido restablecimiento.

### INGLATERRA —

Las visiones, siempre tan sugerentes, del fondo del mar, van a ser superadas gracias a la técnica inglesa. En efecto, sabemos que en los estudios, todavía en construcción, de la British International Pictures Ltd. Alfred Hitchcock, se ha construido una grandiosa piscina subterránea amurada de cristal de enorme grosor, con varios compartimientos alrededor, en donde se aloja el material de la impresión de la película hablada *Blank-mail*.

\* \* \*

La compañía de la British National Torre Films se ha creado exclusivamente para explotar el *cine* hablado. Se dice que preferirán las operetas más célebres, interpretadas por los artistas más afamados. Sin embargo, una opinión contraria afirma que se elegirán con preferencia nuevos argumentos, con un ajuste perfecto al nuevo *cine*.

\* \* \*

*Las figuras de cera*, película que tan acertadamente descubrió el Cineclub en una de sus sesiones, ha sido elegida, entre otras, por el público inglés, en el concurso organizado por el Shaftesbury Pavillan.

Nos satisface que este *film*, tan calurosamente defendido por nosotros contra la incompreensión del público hispano, haya merecido tal distinción del público británico.



# REPÚBLICA ARGENTINA

En la República Argentina está progresando rápidamente la industria cinematográfica, gracias al esfuerzo de algunas empresas, cuya labor empeñosa y entusiasta comienza a obtener el apoyo oficial.

La Sociedad Anónima Cinematográfica Hispano-Americana Manzanera (S. A. C. H. A. Manzanera), formada por elementos argentinos y españoles de la Argentina, ha terminado recientemente una nueva película, titulada "La quena de la muerte", cuya dirección tuvo a su cargo el Sr. Nelo Cosimi, que dirigió "El lobo de la ribera" y "Federales y unitarios".

La quena es un instrumento musical primitivo, usado por los indios, sobre el cual existen numerosas tradiciones, una de las cuales da título a esta cinta.

Esta película ha de despertar profundo interés entre nosotros. Se basa su argumento en la rivalidad y los contrastes entre el elemento aborígen, que aún puebla algunas regiones de la Argentina, y el blanco, el hombre de la ciudad, que lleva hasta los rincones apartados sus costumbres, buenas o malas: su civilización.

En "La quena de la muerte" aparecen muy hermosos paisajes de la Argentina. Sus escenas exteriores fueron filmadas en las sierras de la provincia de Córdoba, lugar hermoso y pintoresco. El ambiente indígena y los tipos aborígenes, presentados fielmente por los mismos argentinos, encierran, sin duda, un alto interés para nosotros.

## AMÉRICA

Cuando un paisano viste el uniforme militar, pierde la soltura de movimientos hasta acostumbrarse a la nueva indumentaria. Rupert Julian, director de los estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer, ha solucionado este problema haciendo que "extras" usen el uniforme en todos sus ensayos, adquiriendo así inconsciente-

mente el aspecto marcial requerido en la producción.

\*\*\*

¡Oh, Canalla!—Desde que el director W. S. Van Dyke partió al Africa con la compañía de la Metro-Goldwyn-Mayer, que filmará *Trader horn*, "Canalla", su perro favorito, ha sido llevado diariamente a su casa por el portero de los estudios. El pobre "Canalla", angustiado por la desaparición de su amo, y decidido a reunirse con él a todo trance, se va trotando al estudio todas las mañanas, como lo hacía cuando Van Dyke estaba en la ciudad, y se queda allí de centinela, a la entrada, hasta que lo regresan a su casa.

\*\*\*



BUSTER KEATON y MARCELINE DAY en *El cameraman*.  
(Foto. M. G. M.)





GRETA GARBO y LEWIS STONE en *Awman of Offeror*.  
(Foto M. G. M.)

Greta Garbo regresó a los estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer, en Hollywood, acallando así los rumores de su supuesto retiro del cinema. Procédese con todo entusiasmo a realizar los planes de sus próximas producciones para el nuevo año.

#### FRANCIA -- -- --

Ha llegado a París Louise Brooks para interpretar el próximo film de René Clair, cuyo título será *Premio de belleza*.

\*\*\*

También Anita Loos —autora de *Los caballeros las prefieren* y *Pero se casan con las morenas*— y Jessie L. Lesky — de Paramount— pasean por los bulevares parisinos.

Arlette Marchal, en cambio, abandonó París y marchó a Hollywood para reunirse con su esposo, el *metteur en scene* Marcel de Sano.

\*\*\*

Marcel L'Hervier está finalizando un nuevo film: *Noches de príncipes*. Es ésta una adaptación de la novela de J. Kessel, con Jaques Catelain, Gine Manés, Néstor Ariani y Vala Osterman —miss Rusia 1929— como protagonistas.

\*\*\*

Gaston Ravel está esperando únicamente la libertad de Diana Karenne, que será muy en breve, en cuanto haya terminado *Fecundidad*, para dar los primeros golpes de manivela a la gran superproducción que prepara con la prestigiosa artista antes nombrada y Pola Negri.

#### ESPAÑA -- -- --

Con gran expectación de público y escaso interés artístico se ha estrenado en Barcelona la producción que para Troya Films dirigió Lucas Argilés.

\*\*\*

Ó  
T

BEBÉ  
DANIELS.

T





*El tonto de Lagartera*, película de Carrasco, paralizada en mitad de su filmación, ha sido reanudada, y se anuncia para muy en breve su completa realización.

\* \* \*

"La copla andaluza", film dirigido por Ernesto González, con María Luz Callejo, Isabelita Alemani, Javier Rivera, *Kuindós* y el yanquizado Jack Castelo como intérpretes, está próximo a terminarse. Aunque varios de sus com-

ponentes nos merecen un crédito artístico ilimitado, tememos que, dado su asunto y el escenario que se ha elegido, resulte una españolada cocida en nuestra propia casa.

#### BIBLIOGRAFÍA

*Manual de Cinematografía*, por Luis González Alonso.

*Fotogenia y Arte*, por C. Fernández Cuenca.

*El lienzo de plata*, por R. Martínez de la Riva.—J. P.



LARA BOW.—Picaresca y modernísima ingenua, a la que se anuncia como un positivo valor para la interpretación de películas sonoras. (Foto. Paramount.)





RENÉE ADORÉE.

La estrella francesa popularizada por M. G. M. se asoma a nuestras páginas en un sugestivo primer plano. Renée Adorée es una de las más populares estrellas del *film*. Su talento, su gracia, su ingenuidad francesa —un poco picante— la han situado en un lugar destacado.





*Strawinsky: "Apolo Musageta".—Alfredo Casella: "Scarlattiana".—Ernesto Block: "Concierto grosso".—Darius Milhaud, en Madrid. Capilla Real de Viena.*

Strawinsky —genial, sin disputa— se confía demasiado a su genialidad. A veces la genialidad falla, y se advierten ruinas de ocasos. Strawinsky se confía, en otras ocasiones, a su habilidad. Parece un poco extraño, pero la habilidad también le falla. Naturalmente, como es un hombre de aventuras, no se le puede exigir que todas ellas le resulten bien. Es un inventor, y a veces le resultan infructuosos sus experimentos.

Pero a un músico hábil, ¿cómo es posible que le falle su habilidad? Strawinsky es un músico que posee los máximos medios, la máxima fuerza. Toda su obra es un alarde de dominación. Sus retornos y sus veleidades tienen la aséptica garantía de su genio. Es un jugador que gana por abundancia de recursos, de facultades. ¿Por qué —entonces— pierde algunas veces? Muy fácil: pierde porque ni aun la misma habilidad puede traicionar al temperamento. Un artista puede tener la mayor cantidad posible de farsante —y debe tenerla. Arte, en cierto modo, es farsa—, pero al mismo tiempo no puede prescindir de una mínima posesión de la sinceridad. De sinceridad, que acaso signifique un poco de fe en la farsa.

En *Apolo Musageta*, Strawinsky traiciona a su temperamento. Quiere jugar con el blando —y delgado— siglo XVIII. Pero no es posible. Se ve que Strawinsky es un hombre a quien se le caen de la mano los juguetes delicados. El —musicalmente— es un artista rudo, de asonancias y timbres, de percusiones. Estas cualidades no son las más indicadas para entrar en un salón rococó. Claro es que en *Apolo Musageta*, Strawinsky pretende entrar con otras, en primer término, con una orquesta blan-

da —y modelable—, de instrumentos de arco. Pero consigue muy poco. Decepciona.

Y la obra no es ni demasiado irreverente para asustar, ni demasiado ortodoxa —como la sinfonía de Prokopieff— para agradar. Se desarrolla en fragmentos, con fondo gris, sin lo-



ALFREDO CASELLA.

grar ambiente alguno de evocación. Los tiempos son breves, y ninguno de ellos logra, en sí mismo, una unidad de flexión —de musicalidad—, indispensable en estas obras evocativas que quieren ser extractos —irisaciones— del siglo XVIII.

Los fervorosos amigos de Strawinsky —yo, uno de ellos— no deben decepcionarse por este momentáneo desacierto. Su obra total está por encima de los fracasos, inmune a las contingencias. Si los destinos musicales de Madrid van por buen camino, Strawinsky volverá, en tem-



poradas próximas, con sus obras representativas —*La consagración de la primavera*, *Boda*, *La historia de un soldado*, etc.—. Entonces todos aplaudiremos al auténtico Strawinsky, músico genial de nuestra época.

Los propósitos de Alfredo Casella, también frente al soñado siglo XVIII, son muy distintos. Desde luego, menos ambiciosos y, acaso, totalmente conseguidos. Casella —que es uno de los músicos italianos de más sólidos conocimientos musicales— ha cogido unas cuantas piezas de Scarlatti y las ha trasplantado a la orquesta. La obra —*Scarlattiana*— es algo menos que una libre evocación y algo más que una simple orquestación. Puede decirse que es una colaboración entre Scarlatti y Casella. Si Scarlatti ha puesto la línea melódica y el espíritu, Casella ha puesto toda su habilidad de músico en hacer posible que las pequeñas obras de Domenico Scarlatti ganen en modernidad —en fortaleza—, sin perder nada en espíritu —en delicadeza.

Casella ha conseguido —con maestría— el equilibrio de dos extremos: la tenue musicalidad —de clave— de Scarlatti y los amplios recursos de una orquesta moderna. Casella logra gran parte de sus propósitos con la intervención del piano. Aquí en esta obra, el piano no interviene con simples propósitos de efectos, sino, más bien, con indispensables propósitos de formar ambiente o, cuando menos, dar el tono. A veces, por exigencias de desarrollo, la orquesta se va demasiado lejos, es decir, demasiado fuera de Scarlatti. Entonces, un simple acorde del piano basta para traer de nuevo a la orquesta hacia la gravitación de Scarlatti. El piano cumple en esta obra una misión trascendente: sirve de pauta, de freno, de eje a la masa —adicionada— de la orquesta.

El primer tiempo, donde hay una más decidida colaboración entre el piano y la orquesta y una mayor libertad entre Casella y Scarlatti, es el de más bellos efectos sonoros. Pero las otras piezas —minuetto, pastorale y capriccio— resultan también deliciosas, y, en conjunto, toda la obra es fina y bella.

Otra de las novedades que el maestro Arbós nos ha dado a conocer en sus interesantes conciertos de primavera es una obra de Ernesto

Block: *Concierto grosso*. Block es judío, y en todas sus obras quiere ser fiel a su raza. Esto no es mucho, por sí solo; pero es que, además, Block es un buen músico, que tiene altas discreciones. No posee grandes originalidades, pero sí posee un fino talento que le permite hacer obras de mérito y desarrollar con la mayor discreción sus ideas, dentro del círculo de su tendencia.

Su música es judía en tanto cuanto ella tiene de subjetiva. Los hebreos también tienen su folklore musical —bello, pero limitado—. Bloch no lo utiliza. Es poca cosa para él, músico de construcciones —y concepciones— amplias. La música de Bloch tiene de judaica ciertas inflexiones, cierto tono amargo —plañidero—, que, en abstracto, es característico de la raza.

La música de Bloch siempre tiene una cosa respetable: religiosidad. Ella canta, evoca, aspira, a veces con acentos elevados, fuertes. Puede decirse que cuando divaga lo hace con cierta finalidad. Es una divagación con fines —con metas divinas—. En cierta manera, justificada.

El *Concierto grosso* tiene estas virtudes y algunas más —técnicas—, como ciertas energías de ritmo, sobre el cual ascienden las frases hasta adquirir una imponente potencialidad. El preludio es un buen ejemplo de esta acusación de ritmo. La "Pastoral y danza rústica" es el tema de mayor solemnidad, y la "Fuga" resulta algo monótona, por la estrechez de límites en que está encerrada.

Las mayores curiosidades, dentro de esta primavera musical, las ha despertado Darius Milhaud, que ha venido a Madrid a dar una conferencia en la Sociedad de Cursos, sobre la música francesa contemporánea. Aprovechando su estancia en Madrid, el maestro Arbós le ofreció su Orquesta Sinfónica. Milhaud nos dió a conocer dos obras suyas: *Carnaval d'Aix*, suite de su ballet *Salade*, y *Saudades do Brasil*.

Milhaud fué uno de los músicos más destacados de la vanguardia francesa. Ellos lucharon contra el burgués, que carecía de sensibilidad, y contra el impresionismo, que tal vez poseía demasiada. Esto es lo terrible de las fuerzas de choque: que tienen una finalidad inmediata, práctica, y no una finalidad artística, rigurosa. Es el sacrificio. Gracias a sus esfuerzos, otros,



la juventud que llega después, puede reconstruir los campos desolados.

Milhaud es un gran músico, a pesar de todos sus defectos genéricos. Su música es deliberadamente vulgar. Tiene con frecuencia atisbos de humor, que adelgazan y pulen un poco su grosera chabacanería. Pero esta vulgaridad es su virtud, y cuando pretende salirse de ella, como en las *Saudades*, y volar hacia un plano más alto de ambientación, de impresionismo, él se diluye casi siempre en la inexpressión, sin conseguir ninguna severa finalidad.

Gran parte de la música francesa moderna está concebida y realizada bajo el imperativo del ballet. Si se estudiasen detenidamente sus defectos, habría que estudiar, también detenidamente, estas procedencias. Milhaud tiene en su música muchos de estos defectos —de estos pecados— del ballet. Los bailes rusos de la primera época —cuando *El sombrero de tres picos*, de Falla; cuando *Petrowska*, de Strawinsky— han degenerado bastante. Entonces parecía que abrían estos espectáculos, sobre el fondo decadente de la ópera, nuevos horizontes. Hoy no se tienen tantas esperanzas.

Exactamente, hoy tampoco se tienen excesivas esperanzas en los músicos franceses de la

post-guerra. Confiamos, en cambio, en la generación sucesiva. En Francia aún no se la advierte; acaso no existe. Es una adversidad para Francia.

La Asociación de Cultura Musical ha querido renovar sus conciertos —a veces monótonos— con algo de manifestación coral, aunque ésta sea, como en este caso, modesta. El profesor Heinrich Müller ha reunido al coro de niños de la vieja Capilla Real de Viena, y recorre el circuito musical del mundo, mostrando las excelencias —disciplinadas— de estos muchachos.

Representan pequeñas óperas bufas —algunas de procedencia ilustre—. Si los resultados no son muy felices, se debe a circunstancias ajenas al valor musical de los niños. Si sus volúmenes de voces exigen para acompañamiento un piano, y no una orquesta, y si sus cualidades comunes producen unidad de sonidos, son cosas sin remedio. Los niños cantan con mucha afinación y mucho gusto todos sus programas: óperas, lieder, música religiosa, canciones populares. Haydn, Schubert, Lowe, Mendelssohn, Brahms, Pergolesse...

CÉSAR M. ARCONADA.

## BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D. .... domiciliado  
en ..... , calle ..... , núm. .... , se  
suscribe a la Revista **ATLÁNTICO** por un año, cuyo importe de ..... pesetas <sup>(1)</sup> remito por Giro postal y con derecho a recibir diez números corrientes y dos extraordinarios, a contar desde el mes de ..... y **DIEZ PESETAS** en libros cuyos títulos daré a conocer oportunamente.  
..... a ..... de ..... de 1929.

(1) DOCE para España; QUINCE para Portugal e Hispanoamérica; DIECIOCHO para el extranjero.



# Concursos literarios de ATLÁNTICO

ATLÁNTICO, deseando estimular al escritor en general, y al novel en particular, tan necesitado éste de sincera protección y firme ayuda, ya que en la pobre vida literaria española si todos los pasos resultan duros y difíciles, el que un escritor novel logre que un editor lance al mercado su obra es empresa magna y considerada casi como imposible,

## ATLÁNTICO

establece dos premios: uno de *Cuentos* y otro de *Novelas*. Al primero podrán concursar todos los escritores de España y América, y su premio será el pago al autor del mejor cuento de:

500 PESETAS

Al segundo sólo podrán acudir los escritores noveles de España y de América, y su premio será la edición de la obra por cuenta de ATLÁNTICO y el pago al autor de todos sus derechos como propietario y autor de la obra.



*En el próximo número de ATLÁNTICO aparecerán las bases de estos dos concursos literarios.*

Sr. Gerente de la Revista ATLÁNTICO

General Arrando, 36

MADRID





## H O J A S   D E   U N   C A R N E T

Al escribir este primer artículo para ATLÁNTICO, es para nosotros una satisfacción especialísima el poder registrar el triunfo logrado por nuestro equipo nacional de fútbol sobre la selección de profesionales ingleses: los maestros, los invencibles del balón redondo.

No nos duelen prendas al prodigar adjetivos al formidable equipo inglés, pues esos mismos elogios vienen a recaer directamente sobre sus vencedores, los bravos muchachos que defendieron los colores de España en el Stadium Metropolitano el 15 de mayo de 1929, fecha memorable, que dejará inolvidable recuerdo en cuantos presenciamos la lucha épica; que bien podemos así calificarla.

A poco de empezar el partido, dos fallos inexplicables de nuestro gran portero nacional pusieron a nuestros *equipiers* en condiciones de notable inferioridad, produciéndoles una depresión bien comprensible.

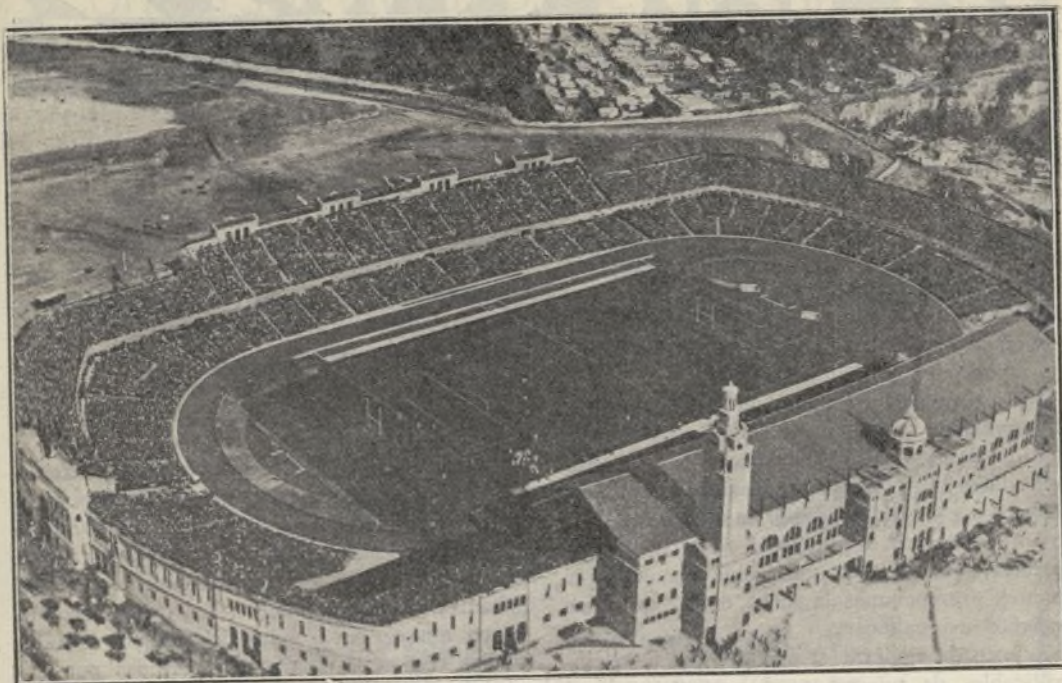
Poco duró el desaliento. En un alarde de arrojo y valentía el equipo español se lanzó hacia la meta contraria, logrando imponerse por su rapidez y valor extraordinarios a los científicos ingleses, incapaces de contener aquella avalancha intrépida que reaccionaba con tanto entusiasmo en busca de la igualada... Y ésta llegó, merecidísima, antes del descanso.

Empezó el segundo tiempo, y los muchachos españoles buscaron el triunfo con afán; pero la suerte les fué esquiva, y por segunda vez los ingleses nos tomaban la delantera; el triunfo se les escapaba a los leones españoles. Cortos instantes de decaimiento, a los que siguió un nuevo ataque en tromba del equipo español. Varias ocasiones de marcar, perdidas por exceso de nervio, y los 40.000 espectadores, alentando apenas de emoción, veíamos escaparse un triunfo tan merecido; pero llegó la nueva igualada: la meta inglesa fué batida, y cientos



Los capitanes de los equipos inglés y español, cambiando un saludo muy deportivo.  
ATLÁNTICO.—6.





El Stadium de Montjuich.



Un momento de máxima emoción deportiva.



de espectadores se lanzaron al campo a abrazar a los bravos jugadores, suspendiéndose por unos minutos el partido... ¡Otra vez iguales!

Se reanuda la lucha, y los rojos, enardecidos, se lanzan sobre los ingleses como un verdadero alud, bordando jugadas maravillosas, artísticas, científicas, mostrando a los maestros cómo se domina el difícil juego de que fueron inventores. Y vino el triunfo, merecido, indiscutible, que tan alto coloca los colores deportivos españoles. El triunfo del entusiasmo, de la rapidez, de la inteligencia, características de la raza hispana... ¡Bravo por la furia española!

La emoción en el Stadium era inenarrable cuando el árbitro belga silbaba el final del partido, que daba el triunfo a los nuestros. Habíamos vencido a los invencibles, y las ovaciones atronaban el espacio.

Este éxito definitivo de España ha sido con-

firmado días después en la inauguración del magnífico Stadium de Montjuich, donde una selección catalana ha derrotado al equipo ganador de la Copa inglesa de este año, y esta vez el gran Zamora, pese a sus lesiones, no ha consentido que los ingleses marcaran un solo tanto...

Y otro triunfo más. En el propio Stadium de Montjuich, un equipo de la escuadra española derrota de una manera definitiva al equipo de la escuadra inglesa. ¿Para qué hacer más comentarios?

Este año es el del triunfo español, primero frente a Portugal, luego ante los franceses, y coronar esta serie de éxitos con el triple obtenido sobre Inglaterra.

La supremacía del fútbol hispano se impone.

ANTONIO GAY.

Mayo, 1929.

## A N É C D O T A S Y C U E N T O S

En el círculo:

—Si gano, pagaré mis deudas.

—¿Y si pierdes?

—Entonces me prestarás cinco duros.

\*\*\*

Leído en los Ecos de sociedad de un diario:  
"BODA.—Ayer celebróse la boda de la señorita X con el conocido industrial Z.

Los dos granujillas fueron llevados ante el comisario, de quien oyeron serios reproches. Han prometido que ya no lo volverán a hacer."

Un poco más abajo, el mismo diario sigue diciendo:

"DOS GOLFILLOS.—Los jóvenes X y Z, de diez años de edad, para distraerse, han atado una cazuela al rabo de un perro. Fueron detenidos por un guardia que acudió a los aullidos del animal, y detuvo a las inhumanas criaturas.

Fueron felicitados, a la salida, por la numerosa asistencia que presenció el acto. Citaremos a la marquesa de ..., al barón de ...", etc., etc.

### JUDIADAS

Abraham es vendedor de pescado en Amsterdam. Desde que un banquero le autoriza a instalarse en las gradas de su establecimiento, sus negocios prosperan. Los empleados del banco le hacen muy buenas compras, al dejar sus quehaceres. Abraham gana mucho dinero.

Jacob, que sigue siendo pobre, va a ver a su camarada:

—¿De modo, Abraham, que estás contento?

—Muy contento, Jacob; muy contento.

—¿Ganas mucho dinero?

—Mucho dinero, Jacob; mucho dinero.

—Entonces, Abraham, ¿me querrás prestar un duro?

—Imposible, Jacob; imposible.

—Hombre, puesto que tanto dinero ganas...

—Imposible Jacob; he dado al banquero mi palabra de honor.

—¿Tu palabra de honor?

—Sí, Jacob. Me he comprometido a no prestar dinero, y el banquero, a su vez, me ha dado su palabra de que no venderá nunca pescado.



José Gómez Ortega, *Gallito*, era el quinto de la dinastía torera de los *Gallos*, si bien el pueblo, cariñosamente, le llamó desde el primer momento *Joselito*, y como tal figurará en las auríferas páginas de la tauromaquia.

Nació en Gelves (Sevilla) el 8 de mayo de 1895.



Antes de los dos años de alternativa, el 3 de julio de 1914, estoqueó siete toros de D. Vicente Martínez, en la plaza de Madrid, consiguiendo un triunfo excepcional, transcurriendo la corrida entre continuas ovaciones, y conveniendo a la afición de estar en presencia de una maravilla.



## JOSELITO

EL GLORIOSO MAESTRO, EN VARIOS MOMENTOS DE SU TOREO CUMBRE



Hizo su presentación en Madrid como novillero el 13 de junio de 1912, y en las cinco corridas que toreó, una de ellas de Miura, se reveló como un verdadero prodigio en la lidia de reses bravas, aplicándosele el calificativo de «fenómeno».

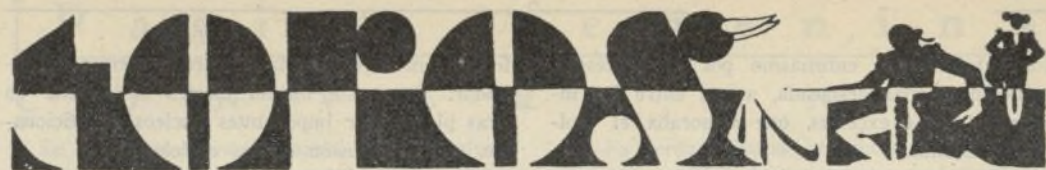
Tomó la alternativa en Sevilla el 28 de septiembre, confirmandola en Madrid el 1.º de octubre de dicho año, actuando de padrino su hermano Rafael.



En la plaza de toros de Talavera de la Reina, el 16 de mayo de 1920, pocos días después de cumplir 25 años, una mueca inverosímil, incomprensible del Destino, quitó la vida al torero más completo y de mayores conocimientos que pisó nunca los ruedos. ¡Descanse en paz!

A.





## E V O C A C I Ó N

Aun estando muy lejos de sentir entusiasmo por la fiesta hispana de toros y toreros, no ha querido el buen amigo que dirige ATLÁNTICO prescindir de este aspecto en su bien planeada revista, y heme aquí encargado del comentario taurico.

Nada de tecnicismos, por supuesto, ni mucho menos sentar cátedra dogmatizante. Aspiro a ser leído, si no en gran escala, lo suficiente para no considerarme poniendo paño al púlpito en pleno desierto.

Serán, pues, estas croniquillas taurinas, impresiones, comentarios, juicios, opiniones y glosas, todo lo más ligerito que le permita al cronista su menegado ingenio; empero sinceras e imparciales, y, desde luego, personalísimas. Y como dijo el filósofo del cuento, "el que buenamente *quiea* picar que pique".

Se escriben las presentes líneas en días próximos al noveno aniversario de la desaparición paradójica, incomprensible, tremendamente absurda del más grande maestro que tuvo la tauromaquia de todos los tiempos. Y no quitamos en este transcurso de siglos ni una décima de segundo. ¡Paz a la memoria del inmortal Joselito!

Y digamos de pasada, al evocar la personalidad del más portentoso lidiador que ha tenido el toreo, el insignificante homenaje que suele tributársele anualmente en los cosos taurinos al cumplirse la fatídica fecha del 16 de mayo. Apenas dos o tres plazas ven desfilar las cuadrillas montera en mano, cuando, sin excepción, la primera fiesta que se celebrara a partir de aquel día, en cualquier redondel de España, debía aportar el justísimo y mínimo recuerdo.

Al querer dar una impresión general de la situación taurina, siquiera sea ligeramente, hemos de partir de la muerte de Joselito, ya que al marcharse para siempre el glorioso diestro parece haberse llevado consigo, entre otras cualidades inherentes al torero, una principalísima, primordial en toda actividad e imprescindible en la taurina.



El famoso espada Joselito, de imperecedero recuerdo en el toreo.



Nos referimos al entusiasmo por la profesión, condición la más destacada, acaso, entre las inúmeras, todas excelsas, que atesoraba el inolvidable Gallito.

Precisamente a la carencia de afición en la mayoría de la grey coletuda, se debe el lamentable estado en que se encuentra la fiesta. Tenemos en la vanguardia toreros que por su valentía unos, por su sapiencia otros, su estilo y alguna otra circunstancia aprovechable, podrían destacar firmemente su personalidad; mas la falta de entusiasmo por la profesión, esa afición desmedida, que no excluye el mercantilismo, no la tienen la mayoría; y precisamente los que con ella pudieran erigirse en primeras figuras libres de toda discusión.

Y así vemos casos como el de ese diestro que a los tres años de alternativa, en vísperas de una corrida de toros de peso, dice que se retira, anula los contratos y se va tranquilamente a su casa..., para volver al año siguiente a por unos miles de duros que acrecienten su capital.

O el de este otro torero (?) a quien una autoridad civil le prohíbe actuar en vista de una desaprensión rayana en el cinismo más escandaloso, constituyendo un caso único en los anales taurinos semejante disposición gubernativa, acor-

de, sin embargo, con la descarada actitud del lidiador. Para este mismo diestro se solicita en otras plazas, por importantes núcleos de aficionados, su no inclusión en los carteles.

Tenemos también el toreo llamado "preciosista", para el que se requiere un toro especial. Si aparece en el ruedo, lo cual suele acontecer muy de tarde en tarde, la apoteosis al diestro toma caracteres épicos; soportando, en cambio, corrida tras corrida, en número crecidísimo, la actitud abúlica del torero sin otra misión que la de estar en la plaza lo más cerca posible de la barrera, cuando no ha salido por el chiquero aquel toro especial. Y la enfermería o el tremebundo escándalo son consecuencia, en ese último caso, si el artista tiene a bien salir de su apatía.

Amoldándose a los tiempos que corren, los ganaderos y la prensa profesional influyen notoriamente en el decaimiento de la viril fiesta taurina.

Recordemos a Joselito, seamos optimistas y consideremos el momento presente como de transición, pasado el cual, surgirá potente, esplendoroso, pujante el inigualable festejo nacional.

Algunos vislumbres de ello aparecen en el horizonte, no obstante la cerrazón actual.

ANGELITO

## A N É C D O T A S Y C U E N T O S

### LOS VIAJES FORMAN LA JUVENTUD :-:-:-

*Pedrín tiene diez años:*

—Papá, cuando hicisteis vuestro viaje de boda, ¿iba yo con vosotros?

*Papá medita:*

—Saliste conmigo, y regresaste con mamá.

\*\*\*

*En un barco yanqui:*

—Capitán, ¿hombre al agua!

—¿Es un marinero?

—No, capitán: un pasajero.

—¿Ha pagado su pasaje?

\*\*\*

—Andrés, si alguien te llamase idiota, ¿qué le harías?

—Eso dependería de su talla.

\*\*\*

—Luisín, cítame el nombre de un objeto transparente.

—Una cerradura, papá.

\*\*\*

*Entre dos cocineras:*

—¿Te dan bien de comer tus señoritos?

—Muy mal. Cuando cocino mal, no pruebo bocado, y cuando cocino bien..., tampoco: no sobra nunca nada en la mesa.



# P á g i n a      f e m e n i n a

## C O N V E R S A N . . .

En un grupo de varias damas y damitas discretas, jóvenes, animosas, elegantes y bellas, se entabló hace pocos días la siguiente conversación, que tuve la suerte de poder escuchar, y que cometeré la indiscreción de repetir aquí:

—¿Os parece que no charlemos hoy de modas?

—Nos parece perfectamente.

—Pues pongámonos serias; no desabridamente graves, sino procurando dar alguna simpatía a la ausencia de la alegre frivolidad. Reconozcamos que en 1929 estamos asistiendo, o queriendo asistir, que puede ser casi lo mismo, si se quiere de veras, a la agonía de las vaguedades o de todo o casi todo lo pueril.

—Estoy segura de que la guerra y la paz se encargaron de quitar muchas y muy inútiles ilusiones...

—Por lo menos, la guerra se encargó de convencernos de que el egoísmo está, o debe estar, llamado a desaparecer.

—¿Qué dirán a esto los psicólogos, esos hombres que no todos son hombres de letras, pero casi siempre buenos observadores, convencidos de que la mujer, la que ellos consideran "supermujer", nunca ha sido bien comprendida, y que ellos, únicamente ellos, conseguían leer en el fondo del alma de ella, ofreciendo benévolos cuidados a sus dolores morales, para lo cual comenzaban por entablar confidencias que las más de las veces acababan por ser del dominio público, y motivo para darse importancia criticándolas?

—Es innegable que entonces buen número de mujeres se ufanaron, se enorgullecieron a su vez de eso, porque no tenían nada mejor que hacer, y vivían persuadidas de que, efectivamente, nadie las comprendía, considerando esto como una desgracia, que hasta solía degenerar en enfermedad, ya que la neurastenia se apoderaba de ellas...

—Dando así la razón y el triunfo a los psicólogos...

—Quienes es innegable que convirtieron en "vidas aladas" muchas y muy bonitas vidas femeninas.

—Hay mucho de cierto en aquello de que la boga de los deportes dió un golpe certero a la psicología.

—Es verdad; cuando el cuerpo está bien nutrido y bien adiestrado en airoas y saludables actividades, no se procura, por ejemplo y por singular síntoma ultra-romántico, llevar el cabello *cou-pé en quatre*...

—Verás cómo, andando el tiempo, van a abundar estos casos: "Usted me agrada, señorita; seamos marido y mujer, y recorramos bien y santamente unidos hasta el fin, el camino de la vida, embelleciéndola, sin quejarnos ante las vicisitudes, ni engreírnos frente a los triunfos."

—Un programa breve, excelente, para la salud del espíritu.

—¡Las guerras, los hospitales, los heridos, los héroes, los muertos!

—¡La guerra es la más inquietante de las realidades!

—A la terrible claridad que ella proyecta sobre todas las cosas, van desvaneciéndose como el humo ciertos terribles fantasmas de la imaginación.

—Y la ausencia de tales fantasmas, no lo dudemos, da motivo a que tomen cuerpo los verdaderos, los nuevos deberes.

—Como que el papel de la mujer después de lo que ha llorado o se ha sacrificado con motivo de las guerras, aparece hoy rodeado de brillante nitidez, ansioso de remediar mejor que nunca la desdicha humana.

—Así lo entienden y practican perfectamente las mujeres enfermeras, penetradas de esa misión abnegada y valerosa, lo mismo en los desvalidos hogares que en el campo de lucha, en los salones, en los hospitales, en todo paraje donde ella toma envidiable puesto con toda la sublime sencillez de su alma buena.

—Eso, eso; la mujer, exenta ya de complicada psicología, ha comprendido cuál es su gran, su principal deber, sin preocuparse de que la admiren, sin que la envanezca lo más mínimo el aplauso del mundo entero.

—Ni el asombro de los psicólogos...

—Que no salen de su asombro, y achacan todo esto a un verdadero milagro, porque, según ellos, esa criatura que habían conocido esencialmente frívola, coquetamente doliente, románticamente triste, porque se consideraba "no comprendida", se



ha trocado en activa, animada, concisa, maravillosamente dispuesta para la lucha, para la vida útil, y exclaman: "¡Qué inesperada metamorfosis!

—Exclaman eso porque... sí. El fenómeno es mucho más sencillo. Por aquello de que, como dicen los franceses, *rien n'est si caméléon que la nature humaine*, nadie niega que hubiera unas cuantas así, tal como las pintan ellos, los psicólogos. Pero aun esas mismas se han despojado de la leve máscara de misterio, máscara que cayó al primer aviso de las abnegaciones.

—Y ha quedado la mujer-mujer, el ser altruista, nacido para amar, ser útil y sacrificarse.

—La mujer modestamente edificante, comprendida y admirada con sólo verla. Que esto no parezca inmodestia. Es sinceridad.

—Los psicólogos han vivido bastante equivocados. No han conocido de la mujer sino ese tipo que de puro borroso pasó inadvertido: el de la consabida niña mimada, descontentadiza, que nunca se consideraba bastante consentida, comprendida, ni festejada; singularmente crédula, y de una excepcional falta de sana y útil curiosidad. Y no se preocuparon un solo momento en averiguar si además había, fuera de la media docena de salones que ellos frecuentaban, tipos de distintas mujeres a las inmerecidamente encumbradas; y convirtieron a todas en verdaderas muñecas, sin querer darse cuenta de que a su lado, sin que ninguno de ellos le concediera ni el honor de una mirada, estaba la verdadera mujer, la de hoy, la que se considera suficientemente comprendida siempre...

—Siempre que, como ahora, se acepten su cariño, sus cuidados, su abnegación.

—Y ante esa mujer, nos atrevemos a decir que los psicólogos y su psicología están de más.

—Ni más, ni menos.

Por la indiscreción,

SALOMÉ NÚÑEZ Y TOPETE.

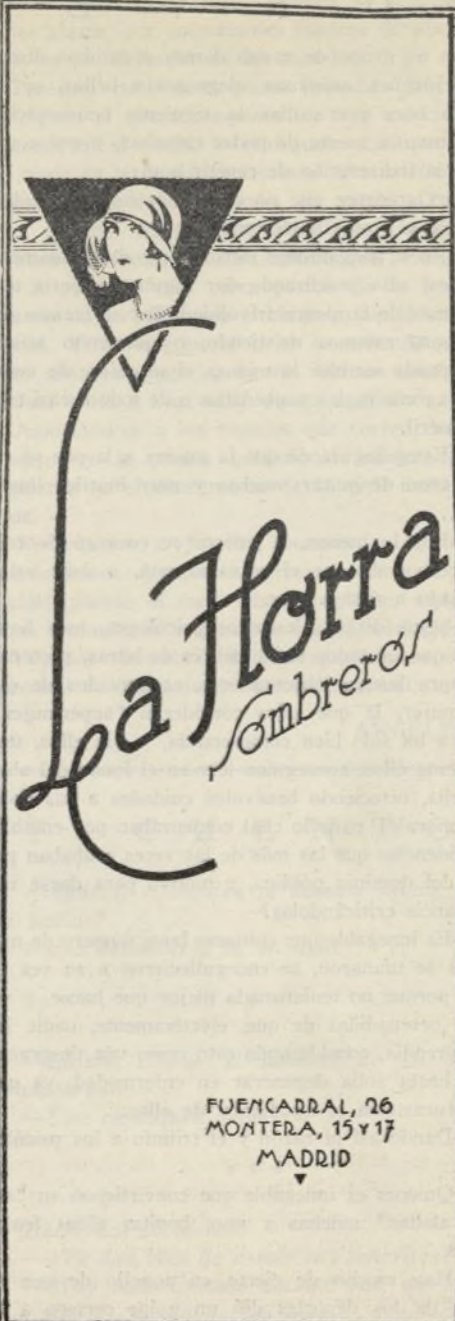
#### DISTRACCION

—Toma, rico mío, la factura de la modista.

—¡Pero si ya me la presentaste ayer!

—¿Fué a ti?...

—¡...!



La Florra  
Sombreros

FUENCARRAL, 26  
MONTERA, 15 y 17  
MADRID



## M O D A S

La muselina y el tul imperan. Al calor del ambiente en esta estación estival añádase el calor de los cuerpos, a los que vestidos cada vez más ligeros oponen pobre aislador... Yo comprendo que el "enemigo", después de la turbadora labor de una primavera agitada, rinda culto y admire a la "enemiga"...

¿Pretensión mía? Nada de eso. Por el contrario, estimo que en los tiempos modernos la mujer se viste más para la mujer que para el hombre. Lo he comprobado en una reunión a la que últimamente asistí. Como todas sabemos, se advierte en la moda una tendencia predominante a alargar las faldas; bendita y casta tendencia, dirán las que adolecen de piernas antiestéticas. Yo opino que las mías son de las que pueden lucirse. Pero no nos dejemos arrastrar por las piernas, y sigamos nuestra demostración.

En esa reunión de que hablaba, había varias damas y damitas en un *budoir*. Penetré en él, indiscreta por profesión. Nunca vi tanta *pose*; y no había ni un solo caballero. Todas se vigilaban, cuidaban sus movimientos, trataban de adoptar posiciones que avalorasen los encantos... de su *toilette*. Una contertulia, falda corta, piernas arqueadas, era el punto de todas las miradas... femeninas. La compadecí.

En otro saloncito —allí vi algunos hombres— pude observar que éstos no miraban a las de líneas irregulares, por galantería o por afición, pero no las miraban... De ahí deduje que "ellas" no se visten para "ellos", sino para "ellas"... Estáis en el teatro: una señora obesa penetra en la sala, una cursi se asoma en un palco... ¿Quién las mira? ¿Quién las apuñala con sus impertinentes? Ella, la mujer, siempre la mujer. Y la que viste bien, la que tiene gusto, prescinde de la adulación de ellos para prepararse a las críticas de ellas... Y si alguna cree que no me asiste la razón, que levante el dedo.

Ocupémonos ahora del vestido veraniego: para fiestas al aire libre, para la playa.

Para las primeras elegid este delicado vestido de georgette estampado con flores; delante un corte de delantal, con vuelo que llega hasta el centro de la espalda y se une al nudo del

cinturón. Es sencillo y encantador. Como dice un cronista muy autorizado, las "impresiones"





deben ser, durante el día, pequeñas, hasta para las flores. Es cierto. Reservemos las grandes para la noche...



Para la playa, también el estampado con hojitas menudas —encarnado y azul, de preferencia— está en boga. Este modelo en crespón de china, si no de lo más lindo, a nuestro parecer, será el preferido de las elegantes.

La casaca invadirá las playas, como ya lo está haciendo en los paseos.

Aun cuando muchas elegantes se deciden a llevar el sombrero en la mano —por muy cómodo que sea, no me gusta—, el sombrero seguirá siendo indispensable en el tocado femenino.

La moda actual es a base de pajas caladas de encaje, fantasías de crin y cascos de *tricorni*. La forma más apreciada es la de turbante, dra-



Sombrero de fieltro negro, incrustado con crin negro, aplicaciones de georgette amarillo y broche de brillantes. (Modelo "La Horra".)

peados, completamente flexibles y alas semicloche.

Se adornan casi todos los sombreros con combinaciones de georgette, predominando el color crema y grec.

Tanto en vestidos como en sombreros, nuestros modistos no tienen hoy nada que envidiar al extranjero: aquí se crea también, y cuando hay que adaptar lo de fuera de casa, se hace de modo impecable.

MARI-TERE.



Gorra de tricorfi negro, con raso laquet y georgette y aplicaciones de terciopelo. (Modelo "La Horra".)





HEMEROTECA  
MUNICIPAL



# hatintin

recer del vino de la inspiración. Pues bien: estos males se remedian acudiendo a la Bolsa de los Licores... En provincias son males sin remedio.

Ante el escaparate de la Bolsa de los Licores siempre hay un grupo de señores que se llevan la mano derecha al cuello planchado, co-

## LA BOLSA DE LOS LICORES

Se van perdiendo las diferencias raciales entre el pueblo y la ciudad, la ciudad y la población, la población y la capital. El síntoma más claro es la casi total desaparición del ordinario, aquel hombre que viajaba en el furgón de cola, trasegando paquetes de encargos, como último resto de los mensajeros de la Edad Media.

El comercio ha sido el principal encargado de borrar las diferencias. Sin embargo, aún quedan puntos diferenciales. Véase, si no, esa Bolsa de los Licores, que no descubren los provincianos, pero que existe en Madrid, para que sea único en España.

Un día, leyendo una novela rusa, os puede asaltar la sed del "vodka"; casi tenéis la convicción de que no se llega a descifrar el último punto de la literatura rusa, por falta de ese licor; otro día sabéis que perderéis el amor de una mujer, por no ofrecerle en el momento oportuno el vino galante que ella desea; tal vez no halláis el punto de contrición, por falta del vino religioso que exalta la fe; y hasta quizá seáis escritores y no acertéis con la gran novela, por ca-







SAMUEL ROS visto por Climent.

mo si intentasen cazar con ese anillo las botellas, de igual forma que se hace en las verbenas con anillos de madera.

Aunque la mayoría de los hombres hayan perdido ya la esperanza de encontrar un tesoro, ¿quién no piensa todavía en descubrir en el desván de su casa la botella de vino añejo que puede constituir su fortuna?

Esas botellas empolvadas, con la cabeza greñosa de telas de araña, son, efectivamente, valores cotizables, que se pueden negociar gracias a la Bolsa de los Licores. Antes estaba uno condenado a tenerse que beber la fortuna de su hallazgo.

En la Bolsa de los Licores, el momento de la tasación es angustioso, mucho más que cuando se lleva al tasador de joyas un brillante de autenticidad dudosa. El lacre es en lo que más se fijan los tasadores de vinos y licores.

Cuando a un feliz se le ha tasado su botella en miles o millones de pesetas, sale de la Bolsa de los Licores ocultándola en el pecho, y toma un "taxi" para depositarla en el Banco de España. La Casa pasa una circular a los millonarios yanquis, que dice así: "Aparecida una botella del famoso Pitichar, extinguido desde la segunda guerra Púnica; sólo quedan tres frascos en el mundo..." Su corretaje es el 15 por 100.

En los anaqueles de la Bolsa de los Licores aparecen en primer término las dos botellas representativas de las dos grandes razas: blanco y tinto; después, en perfecta formación, se ven frascos de Lacryma Christri, Chateau Lafite, Pomard, Bitter, Brandy. Pero los vinos más interesantes son los que guardan en la trastienda, encerrados en el armario de las tres mil llaves, como preciosos incunables.

Algunas botellas, el Selva Negra, por ejemplo, se cubren con una funda de finísima paja, porque son vinos del trópico, a los que hay que aclimatar. Mueren muchas botellas de éstas, y sus cadáveres son hermanos de esos de los animales inadaptados del Parque. Otras botellas llevan una red de alambre, quizá para detener algo sólido, si se rompe el vidrio: bien podría ser el pez que yo siempre he esperado ver salir de las botellas...

Cuando yo fui a la Bolsa de los Licores, en busca del gran vino de la inauguración, que bebimos en la Redacción de ATLÁNTICO con un poco del agua salada del mar, sorprendí la gran tragedia de aquella boca de riego que frente al escaparate de las buenas botellas se le hacia la boca agua... Al enchufarle la manga parecía una gran serpiente intentando fascinar las botellas, como si fuesen pájaros; pero no podía cazar la presa por culpa del cristal.

Yo hice mi mejor caridad vertiendo el contenido del frasco de mejores lacres y más auténticas condecoraciones en aquella boca de riego... Estaba convencido de que iba a aplacar una verdadera sed.

SAMUEL ROS.

(Ilustraciones de CLIMENT.)



## LA PALABRA Y SU VOLUPTUOSIDAD

Todo arte está hecho de sensualidad, a base de ella, por ella, para ella. Todo es modelado, caricia. Todo es pulir aristas y suavizar deliciosamente la forma. Todo es sentido, mímica, sentido musical, gusto por el camino más corto, estético entre dos puntos —¿la curva?—. El arte no es nada si no brota espontáneamente del placer, alegre en la superficie, pero esforzadísimo y doloroso en su fondo, de construir monolitos (ovoides) y arrojarlos al mundo para que se sostengan en éste, como menhires, en pie. Dura es la matriz de las obras cuando éstas no brotan con alegría y por mero gusto de hacer, dar y poblar el mundo de las realidades, tan enconado siempre, de delicias.

Modelado: el arte de escribir. El gusto por el idioma. La pasión del idioma. El ímpetu oratorio. ("Sentía como un ímpetu oratorio", decía Taine. "Modelaba el idioma" decía lord Byron.) La felicidad a veces de dejarse arrastrar por la palabra y deslizar la pluma por un párrafo, como la mano por un seno. Y el placer a veces de dominar el propio ímpetu para recortar en esquema las oraciones y someterlas a línea estricta. Acaso sea superior el placer del escultor. Mas para nosotros —españoles— el idioma ofrece eminencias y depresiones insospechadas —toboganes, curvas violentas y facilidades inauditas, mareantes, de velocidad: un veneno inagotable de formas, esguinces, giros.

Cuando la pintura se restituyó a lo primigenio (el color), la literatura se restituyó asimismo a lo primigenio (la palabra). Todo el movimiento último europeo fué, en su esencia, un romper normas para volver a la naturaleza. A la naturaleza del idioma, la palabra desnuda. Al vocablo individual, valioso *per se*.

No es de extrañar que semejante vuelta fuese en ocasiones sobremanera patética y reculase más allá del idioma —hasta el grito—. El lenguaje ofrecía entonces un fantástico espectáculo de pristinidad. Se hablaba de la imagen como fin, para justificar el medio. Pero la verdad era otra. La verdad era la palabra; desarticular ésta, arrancarla del giro protocolario. Romper los giros, roturar los períodos. Era el placer de la desnudez: el mármol blanco.

\* \* \*

Cuando miramos ahora ese movimiento de juego y deportes advertimos cuánto había en él de voluptuosidad por el propio idioma. Los más voluptuosos fueron, naturalmente, los más crueles: maceraban el cuerpo de la prosa y el verso en una suerte de pasión irrespetuosa (para el público...). La palabra clamaba por una reivindicación. Era esclava desde hacía mucho tiempo corcusida a párrafos retorcidos, barrocos. La palabra clamaba por su individualidad fuerte y bélica; por su individualidad femenina, voluptuosa; por sus infinitas personalidades extrarrábricas, como ajenas a toda significación. Palabra por palabra, el idioma, los idiomas, se veían en derribo, pero no por un sentido filológico (dissección filológica), sino por un sentido estético. Había que enringlar los vocablos de modo distinto. Nuevas permutaciones eran precisas para que ellos cobrasen de nuevo su independencia y fueran, hasta cierto punto, indomables. El hombre nuevo —o el nuevo escritor— dudaba de sí propio cuando le llegaban al papel sumisos los giros de ayer, a todos comunes. Era un gesto duro, mixtura de sospecha y repugnancia: al cuerpo fácil (pero sobado) prefería el cuerpo difícil (pero virgen). En ello había pudor, voluptuosidad...

Pero ningún escritor aventuró una nueva estética en nombre de la palabra. Sólo Ramón frontispició sus greguerías con un "hay que abrir boquetes en los libros". El vocablo iba a la zaga de una tendencia en marcha. Para independizarlo subordinaron el vocablo a la curva: la imagen. Por ahí respiraría el idioma oxígeno puro, navegaría en un mar sin playa, vestiría colores flamantes, llamativos. El idioma se restituiría a sus formas pristinas y se vería de nuevo en un alborear novísimo, sin mancilla ni herrumbre, como recién nacido al mundo de la expresión. La palabra se individualizó, pues, primero, para alistarse después a una nueva cruzada: la toma de la imagen.

\* \* \*

Y es curioso: la palabra comenzó a brillar por su oscuridad. Hasta entonces se habían ofrecido aquéllas en extremo clarísimas, obvias en el perímetro previsto del párrafo. Pero aho-



ra llamaban la atención, se desprendían de las oraciones, se individualizaban merced, precisamente, a eso: a su carencia —en apariencia— de sentido. Era el primer paso en la manumisión. Se hizo de cada palabra un jeroglífico, una imagen. Y se subordinaron las palabras a un sistema infinito de imágenes enlazadas, encaracoladas.

Naturalmente, ello era posible porque el arte (cuanto más arriesgado) navegaba por una mar muy nueva, impelido tanto por múltiples ambiciones como por indomables repugnancias. Ciertos sentimientos tenían ya sus nombres propios, sus clichés. Ciertos mundos habían obtenido ya sus cartas geográficas, sus mapas. Las temperaturas, altas como bajas, del espíritu, habían sido vertidas a gráficas precisas: ciencia. El artista nuevo no podía enlazar sus fuerzas a esas matrices roturadas —matrices desgajadas por otros—. La juventud artística buscaba zonas vírgenes. Esto es, materia impoluta: nuevas pugnas con novísimos, impecables cuerpos, para lograr al cabo nuevas sensibilidades, insospechadas expresiones. Quien medite un poco en el donjuanismo (artístico) del escritor comprenderá aquel ansia en su altura, ancho y profundidad. El arte, cuando es perfecto, deviene desfloración (con floración) perfecta. El tema artístico se ofrece al escritor, al pintor, al escultor, al músico, como una virgen a conquistar, como un amable problema de conquista; como una afeminidad sonriente, pero difícil, coqueta. Todo el placer de aquel Don Juan Espíritu está en su tarea, alegre y dolorosa a un tiempo, de desflorador. Pasa el artista de un poema a otro con el asco por el tema de ayer (poseído) y el ansia renovada por el tema de hoy (entrevisto).

\* \* \*

Y todo ello era para el escritor idioma, palabras. Todo ello es conquista del idioma, dominio de la palabra. Hice referencia a ese movimiento último europeo, porque viene a demostrar con su fenomenal anarquismo el ansia, asimismo fenomenal, de construcción y conquista. O sea: el deseo de dominio —idiomático—. La voluntad —con la voluptuosidad— de modelar: el gusto por bruñir el idioma.

Ahora —la mar en calma, el cielo despejado,

el horizonte sin nubes, sin brumas— vemos en España (ejemplo) un grupo de unidades, cada una de ellas complacida en sus navegaciones, segura de sí misma, rompiendo —alegre— las gavillas del agua. "Odio la vil prudencia, que nos hace incapaces para toda acción grande" —parece que se dijo a sí misma, con el poeta italiano, pasión de Unamuno, la juventud—. Y después, con los griegos: "prudencia y valor" —medida y coraje.

Pero más acá o más allá, quién sabe, de toda tendencia está, en el escritor, su visión (ovoide) del mundo; el sentido (ovoide) de la palabra: la voluptuosidad de ésta y su gracia, su morbidez, su frescura. Todo es, en el artista, espléndida sensualidad. La tierra se modela a sí misma, simulando —o reproduciendo— senos. La cañada se almohadilla, blanda, en verde. La mar aprieta su femenina superficie de carne (o agua) en los muslos del horizonte.

Hacer de ese mundo carnal una versión a palabra escrita es el comienzo, las primeras letras del escritor. Este opera, antes que con ideas, con palabras... Y de ellas logra obtener alegremente, por concatenación, edificios: obeliscos de versos, rascacielos de prosas.

E. SALAZAR Y CHAPELA.

V I A J E

¡Qué difícil salida,  
sin puertas,  
hacia todo!

Ningún molde ciñó  
la fuga ineludible.  
Tuvimos que inventar,  
gracia definidora,  
el marco del momento.

Exploré mi ribera.  
¡Cómo transparecias!  
En ti un nuevo umbral,  
alegre, amenazaba.

No quería ni quise.  
Tampoco quiero ahora.  
Sentí borrarse lejos  
mi cielo sumergido.

Necesito asperezas  
donde pulir mis plantas,  
y tú no me ofreciste  
senderos limadores.  
Buscándolos, huí  
de mis propios dinteles.

ERNESTINA DE CHAMPOURCÍN.



## EL PERIÓDICO, ¿PRINCIPIO O FIN?

Las diez de la noche de un día cualquiera. La sala de redacción, en esa hora de descanso, presenta un aspecto desconsolador. Las cuartillas colocadas simétricamente sobre las carpetas; los diccionarios, los libros de consulta, el "Who's Who", en geométricas piras; los periódicos de la noche, doblados, embuchando sus noticias, que nadie trata de asimilar. En la cabecera de la sala, la mesa del redactor-jefe, llena de telegramas sin abrir, de telefonemas presos en sus sobres de rostro transparente, pierde su autoridad sobre sus similares; ahora todas son iguales. No hay jerarquías sobre sus tablas manchadas por la tinta de redactar. Los cerebros, alejados, reposan. En el ambiente de la redacción se nota la influencia de la pereza.

El ordenanza de turno, dueño del secreto profesional que guardan las paredes, termina de colocar, en los ganchos murales, las colecciones de la Prensa provincial y extranjera. Uno de los frentes de la sala semeja una tenería absurda. ¡La piel de tanto superhombre colgada a secar, a la pública vista, para escarmiento de pícaros y de ilusos!...

Un redactor —el rezagado— hojea varios tomos del Enciclopédico, en la salita de la biblioteca. De su consulta está brotando un artículo maravilloso. Pasan rápidas sobre las cuartillas, a bordo del punto de pluma, ideas que, transformadas mediante la reacción cerebral de su agilidad periodística, descienden al papel vestidas a la moda y sometidas a nueva paternidad.

He aquí un periódico que reposa, y un periodista del montón. Un periodista sin personalidad. Escribe para el lector anónimo, y en el anónimo ha de envolverse. Su personalidad de extramuros se funde en la personalidad del periódico. Este habla, critica, dirige a la opinión que forma... ¡Qué ideal más bello! Ese hombre encaneció en la lucha constante; lleva veinte, treinta años, y su firma jamás vió la luz, sino bajo algún artículo de dura polémica, de extrema censura, que tenía siempre un eco en el campo del honor. Y hoy, ¡ni eso!

Este hombre fué una víctima del periódico. Creyó encontrar en él un medio, en su bús-

queda por la popularidad, y sólo halló, al cabo de los años, un fin desastroso. Era periodista, ante todo y sobre todo, y el morbo de la inquietud informativa, de la nueva de todos los días y de todas las horas, pudo más que su voluntad, que hubo de estrellarse contra la hoja volandera, de duración inverosímil, síntesis del anónimo y de lo sin valor.

El periódico —tapiz informativo, espejo de actualidad, en donde el mundo se refleja en esencia telegráfica— llega al lector envuelto en su propia inconsistencia. Y en esa inconsistencia se deja la vida el verdadero periodista. ¡Trabajo de titanes, que apenas nacido, muere! El periódico, tras los breves momentos de soberanía, porque es soberano en su rápido paso por el mundo, es el papel más despreciable que se cotiza en el mercado callejero. Su tinta —sangre de información— aún tiene aleteos colorantes, cuando sus manchas no hablan ya sino de hechos que pasaron a la historia popular.

El suelto del rotativo, suelto brioso y apasionado, se lee y se comenta; pero nadie conoce al autor, ni el autor nada sabe del fallo. A veces no tiene la crónica que con tanta ilusión se trazó en la soledad del despacho —¡siempre soledad, desventurado periodista!— ni el más ligero comentario. Y pronto esa columna, que todavía hemos pulido en la platina, ante el temor de la apreciación, no es más que una cosa muerta y, muchas veces, virgen de lectura.

El periódico, tristemente, es un fin. La labor diaria, que aniquila, que encanece; que, envuelta en el anónimo, no tiene valor ni para el periodista mismo, es la dura reja que se va formando para encerrar las palpitaciones de un corazón que soñó con la gloria; esas palpitaciones que dan vida a los libros y que mueren ahogadas en el periódico. Si el vulgo, y aun muchas inteligencias, escrupulosamente fichadas en los campos científicos, supieran la verdad —poseyeran un espíritu capaz de comprenderla—, no nos atacarían tan rudamente. No es posible pintar nada más hermoso, en cuanto a renunciación, que un periódico...



El periodista tipo español sólo es conocido por los profesionales para el ataque, para la polémica. No ha tenido tiempo de escribir un libro que alentara en vida propia —vida de mundo literario—, y, sin embargo, ha escrito durante treinta años un artículo ideológico diario. Con ello se formaría un volumen de más de 60.000 páginas. Nadie sería capaz de leerlo, y, no obstante, lo han leído todos. No fué su autor una pluma noble y honrada, ni un cerebro claro, ni una voluntad firme. Fueron los periódicos... Los periódicos que recibieron con los brazos abiertos a escritores y ensayistas, ayudándoles a triunfar, rompiendo el anónimo que los envolvía.

A fuerza de decir a la gran masa que Fulano era un literato genial, fueron leídos sus engendros. Para el consagrado, el periódico fué un principio, un medio. Pero es que Fulano no era periodista, no tenía condiciones para sostenerse en el periodismo.

Los rotativos lanzaban de vez en cuando sus

artículos, que podían aparecer en cualquier fecha, en cualquier rincón; y la firma de estos escritos fué tomando posición y acabó por colocarse.

Es difícil que un literato de fama pueda asegurar —sobre todo desde el establecimiento de las hemerotecas— que no inició su carrera en un periódico, seguramente en las humildes hojas provinciales, viveros de escritores y escuela de periodistas.

Y muchos de los que escalaron con méritos los puestos de la fama aseguran que son periodistas —sin serlo—; y algunos de los que gracias al periódico son medianamente conocidos, vociferan contra el informador anónimo que un día triunfa por sus méritos propios.

El periódico ¿es el principio, o el fin? Todo depende de que el aspirante sea o no periodista.

ALFONSO VILÁ Y BELTRÁN.

Mayo 1929.

## A N É C D O T A S Y C U E N T O S

*Nunca srá demasiado conocida:*

*El sabio Salomón visitaba un día a los presos, interrogándolos acerca de los delitos que habían cometido:*

—¿Por qué te hallas aquí? —pregunta a uno.

—Señor, soy inocente.

*Se dirige a un segundo:*

—¿Por qué motivos estás preso?

—Señor, os juro que me han condenado injustamente.

*Repíte muchas veces la misma pregunta, y obtiene casi siempre idénticas respuestas.*

*Por último, ve a otro preso, arrinconado, escondido. También dirige a éste la consabida pregunta.*

—Señor, ¡soy un criminal!

*Salomón dió seguidamente esta orden:*

—¡Que pongan inmediatamente en libertad a este hombre! ¡No quiero que pervierta a tanto inocente!

\*\*\*

### INDULGENCIA

—Acusado, ¿tiene usted algo que alegar en su defensa?

—Señores jurados, confío que serán ustedes indulgentes para con mi joven defensor.

\*\*\*

### CONSEJO

—Papá, si colocó diez mil pesetas al dos por ciento, ¿qué es lo que conseguiré?

—A dos por ciento... conseguirás que todo el mundo te llame imbécil.

\*\*\*

—Me tendrá usted que pagar muy cara esa bofetada.

—Me parece bien. Hágame una rebajita por media docena.

\*\*\*

—Creo que la ausencia es un incentivo para el amor.

—Es verdad. Desde que Roberto se ha ido, cada día quiero más a Bernardo.



# Temas económicos y sociales

## LA POBLACIÓN DE ESPAÑA

### CUATRO SIGLOS DE HISTORIA DEMOGRÁFICA

#### Historia y Demografía.

La historia de la población de España es una de las más interesantes en la Demografía universal. España, madre de pueblos, ha realizado en todos los órdenes esfuerzos gigantescos, pasando por momentos deprimentes que por fuerza han de reflejarse en la curva de su población. Las reacciones de esta última ante la multiplicidad de los hechos históricos pueden servirnos de enseñanza y de aviso prudente. En fin de cuentas, la verdadera historia no es la que se entusiasma con las hazañas guerreras y permanece embobada ante el armijo de los mantos reales; historia tejida como una cota de malla, encubridora a veces de una realidad harto dolorosa. La verdadera historia es otra: es la expresión del diario vivir de los millares de seres humildes que, dispersos por campos y ciudades, afirman a cada instante la personalidad nacional.

La población integral de todas esas individualidades esparcidas por el territorio de un Estado, nos revela en sus fluctuaciones las vicisitudes por que los pueblos pasan. En esas oscilaciones se concretan y manifiestan los efectos de las crisis sociales, de las guerras, de los errores políticos, de las perturbaciones provocadas por las contiendas y luchas civiles, del progreso o del atraso económico del país...

En estos aspectos, la curva de la población española resulta sumamente expresiva. Aun contando con las imperfecciones de los recuentos censales verificados en fechas relativamente remotas, la historia de la población de España, a partir de los Reyes Católicos, puede reconstituirse en forma bastante aproximada a la realidad. Espigando a través de las cifras y opiniones de estadísticos, economistas e historiadores, puede formarse el siguiente cuadro numérico, expresión sintética del desen-

volvimiento de la población de España desde unos años antes del descubrimiento de América hasta el Censo de 1920:

#### CUADRO SINTÉTICO DE LA POBLACIÓN DE ESPAÑA

(1482-1920)

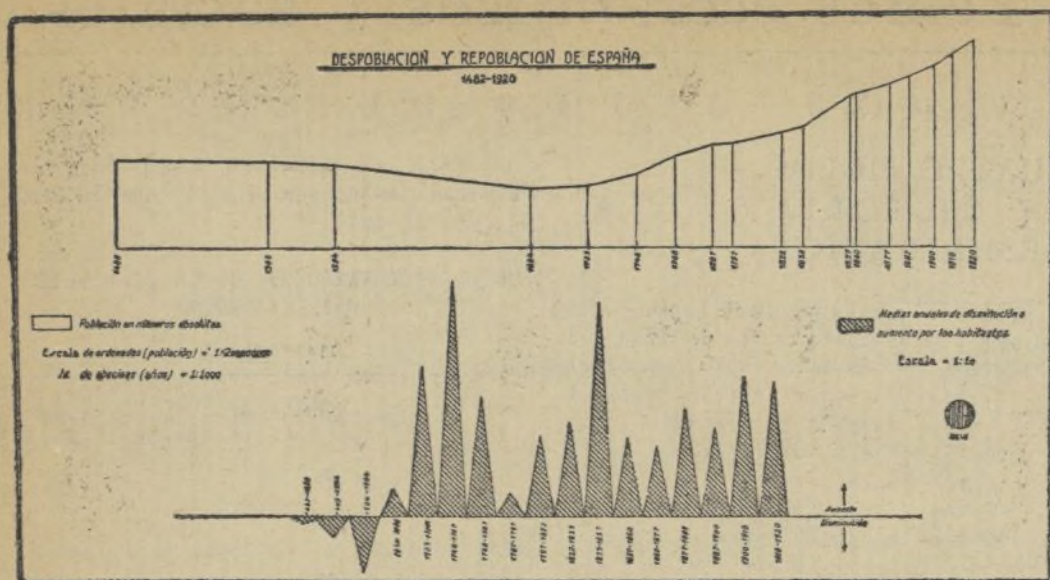
FECHAS	Población en miles de habitantes.	Número de años de los períodos	Aumento (+) o disminución (-) en los períodos.	Variación media anual por 100 habitantes.
1482.....	9.000	»	»	»
1560.....	8.800	78	- 200	- 0,03
1594.....	8.500	34	- 300	- 0,10
1694.....	6.000	100	- 2.500	- 0,29
1723.....	6.250	29	+ 250	+ 0,14
1748.....	7.475	25	+ 1.225	+ 0,78
1768.....	9.309	20	+ 1.834	+ 1,23
1787.....	10.410	19	+ 1.101	+ 0,62
1797.....	10.541	10	+ 131	+ 0,13
1822.....	11.662	25	+ 1.121	+ 0,42
1833.....	12.287	11	+ 625	+ 0,49
1857.....	15.462	24	+ 3.175	+ 1,08
1860.....	15.655	3	+ 193	+ 0,42
1877.....	16.632	17	+ 977	+ 0,36
1887.....	17.560	10	+ 928	+ 0,56
1900.....	18.608	13	+ 1.048	+ 0,46
1910.....	19.951	10	+ 1.343	+ 0,72
1920.....	21.338	10	+ 1.387	+ 0,69

#### La Historia a través de los Censos.

Siguiendo las cifras del cuadro anterior se pueden estudiar las influencias de los hechos históricos en el desarrollo de la población. Enunciándolas por períodos, las podremos resumir en la forma siguiente:

1482-1560.—El decrecimiento es pequeño, representando solamente el 0,03 por 100 de la población inicial. La conquista de Granada, la expulsión de los judíos, los primeros efectos del descubrimiento





de América y la guerra de las Comunidades tienen una parcial compensación en el impulso recibido por la agricultura, la industria y el comercio españoles, como consecuencia de la apertura de nuevos mercados y de los metales preciosos procedentes de los países trasatlánticos. Hay una inmigración de extranjeros bastante considerable, atraída por el cebo de los buenos negocios y de la actividad industrial que España les ofrece. Estos extranjeros se aprovechan del estúpido prejuicio existente entre los nobles y aun entre los hidalgos de más modesta alcurnia respecto a la *vileza* de los tratos mercantiles y de las artes mecánicas, causa principal, según Menéndez Pelayo, de la decadencia de España en los siglos XVI y XVII. Gran cantidad del oro americano sale fuera de España en poder de estos extranjeros que, conocedores de lo malquistos que son en el país, se apresuran, en cuanto han redondeado sus negocios, a reintegrarse a sus patrias respectivas.

1560-1594.—La decadencia iniciada en el período anterior se acentúa en éste, y el coeficiente de decrecimiento de la población llega a 0,10 por 100. Llena este período en su totalidad el reinado de Felipe II. La guerra con Francia, las luchas religiosas, la sublevación de los moriscos en la Alpujarra, la aventura de la Invencible, crean situación

angustiosa a la economía nacional. Los impuestos abruman a los productores; la emigración a América aumenta, y la industria languidece, incapaz de competir con la extranjera, a causa de lo elevado de sus precios. Felipe II se preocupa ante todo de atesorar dinero en las arcas del Estado, sin cuidarse de los verdaderos intereses de la nación.

1594-1694.—Período de máxima decadencia, siendo el coeficiente de decrecimiento el mayor registrado en la historia demográfica de España. Aparte de los errores políticos de los Gobiernos de Felipe III, Felipe IV y Carlos II, y de las guerras en que nos vimos comprometidos, aquel coeficiente resume numéricamente hechos tan trascendentales como la expulsión de los moriscos, en número superior al medio millón; el descenso de la nupcialidad, como consecuencia del gran número de personas que abrazan el estado eclesiástico; las grandes vinculaciones de la propiedad territorial, con el consiguiente abandono de los campos por parte de los pequeños propietarios; la aglomeración en las ciudades de campesinos que, aumentando el contingente de vagos y desocupados, mendigan las migajas de las mesas de los nobles o se agolpan a la puerta de los conventos, en espera de la sopa boba. En 1619, las Cortes de Castilla, en Memorial dirigido al Rey, afirman "que la despoblación y



ruina de estos reinos es la mayor que nunca se ha registrado". Felipe III se limita a continuar estrujando al contribuyente, llegando a imponer tributos tan pintorescos como aquel 1 por 100 con que grava todas las mercancías procedentes de América, en beneficio personal de su favorito, el duque de Lerma. En los reinados de Felipe IV y Carlos II, el decaimiento sigue en proporción aterradora, y a fines del siglo XVII la población de España apenas excede de los seis millones, con una población relativa de 12 habitantes por kilómetro cuadrado. La *peste levantina* hace en este período frecuentes apariciones.

1694-1723.—Período de transición, en el cual el coeficiente de crecimiento cambia de signo. Felipe V inicia el resurgimiento económico de España, y al cabo de dos siglos de decadencia, la población empieza a aumentar, lentamente al principio, con mayor rapidez en los tres períodos siguientes.

Estos tres períodos (1723-48, 1748-68 y 1768-87) son seguramente de los más fecundos para el progreso económico de España. Felipe V, Fernando VI, Carlos III, el marqués de la Ensenada, los condes de Aranda y Floridablanca, sin descuidar las acciones políticas y guerreras, se consagran ante todo a fomentar la riqueza. Todo se reforma, desde la policía de las calles y de las costumbres hasta la administración de Justicia. La colonización de los despoblados recibe un gran impulso. Se simplifica la legislación fiscal, disminuyéndose las contribuciones. Una flota mercante, en continuo progreso, comercia activamente con América y vuelve a influir en el tráfico del Mediterráneo, limpio de piratas berberiscos. Carreteras, caminos, pantanos, canales de navegación y de riego, repoblaciones forestales, enseñanzas técnicas y literarias, escuelas: todas estas manifestaciones de la vida nacional son objeto de la atención activa de los Gobiernos en este período de verdadero florecimiento. Único error: el *Pacto de familia*, cuyas peores consecuencias se han de recoger en el reinado siguiente. En 1787 la población de España pasa de los diez millones, y si bien es cierto que en esta cifra ha de tenerse en cuenta la mayor perfección de las operaciones censales respecto a los recuentos de épocas anteriores, es innegable el enorme progreso logrado desde las trágicas postrimerías del siglo XVII.

1787-1797.—Primeros años del reinado de Car-

los IV. La política de Godoy; las guerras con la República francesa, primero, y con Inglaterra, después, empiezan a anular los beneficiosos efectos de los años anteriores. La población sigue aumentando; mas con una intensidad mucho menor.

1797-1833.—Trafalgar, la guerra de la Independencia, el año del hambre, las pestes, las luchas emancipadoras de las colonias americanas, la política bárbaramente represiva de Fernando VII; todo ello perturba el desarrollo de la población, que, sin embargo, crece con rapidez superior a la del período precedente. La lucha contra el invasor, poniendo a contribución las energías de la raza, determina en ésta una reacción violenta y salvadora. Las inmigraciones de españoles procedentes de América adquieren importancia.

1833-57.—En 1857 se hace el primer Censo por inscripción nominal y directa de los habitantes, cesando en el sistema de las evaluaciones. Se obtiene para España una población de 15 millones y medio de habitantes. El perfeccionamiento de las operaciones censales contribuye indudablemente a incrementar en parte el coeficiente de crecimiento de la población, que alcanza un valor superado solamente en tiempos de Carlos III. Pero aun aceptando ese margen de aumento debido a la mejor técnica de los Censos, es indudable que España y su población progresan en este período en forma sorprendente. Las luchas políticas no tienen la violencia de la época de Fernando VII, y la pérdida del imperio colonial restituye a muchos españoles a la metrópoli. En las gentes empieza a despertarse el deseo de vivir bien, buscando, sin duda, una compensación a las amarguras y a la penuria del primer tercio del siglo. El ferrocarril y el telégrafo empiezan a tender sus redes por el territorio nacional. Las leyes desamortizadoras entregan a la explotación y a la actividad individuales riquezas, hasta entonces muertas o poco productivas.

1857-1920.—Resumiendo en una sola enumeración los seis últimos períodos que figuran en el cuadro de la población de España, tendremos: un aumento medio anual de 0,38 por 100 en 1857-60, con un pequeño descenso a 0,36 en el período 1860-77, en el cual ocurrieron tres hechos perjudiciales para el desarrollo de la población: el cólera de 1865, la guerra de Cuba de 1868-78 y la guerra civil de 1870-75. El período 1877-87 es de paz y normalidad, y el incremento medio anual sube a



0,56, a pesar del cólera de 1885. La guerra de Melilla en 1893 y las de Cuba y Filipinas en 1895-98 son las causas principales del descenso a 0,46, observado en el período 1887-1900. El período siguiente —1901-10— presenta la cifra máxima: en él no hay conmociones violentas, y como consecuencia de la pérdida de Cuba y Filipinas, se aprecia en esta década una notable inmigración de hombres y de capitales. Finalmente, la cifra de 0,72, registrada para 1901-10, desciende a 0,69 en 1911-20; cárguese esta baja a la cuenta de la epidemia gripal de 1918, a la guerra de Marruecos y a las inquietudes sociales provocadas por la guerra europea y primeros años de la postguerra.

Con las naturales oscilaciones, la población de España viene aumentando desde 1723, y el movimiento progresivo se acentúa y reafirma en los últimos años, como luego veremos.

**España, país de emigración.**

En toda la historia demográfica de España pesa continuamente el hecho de la emigración a América, iniciada con el descubrimiento, acentuada

después de la conquista de Méjico y del Perú y mantenida a través de los siglos. No es tarea fácil cifrar la importancia numérica de estos movimientos emigratorios hasta épocas relativamente próximas. Sin embargo, don José del Patiño, ministro de Felipe V, calculaba en 14.000 el número de españoles que en aquellos tiempos salían anualmente para América. Historiadores y economistas de todos los matices y tendencias consideran en los siglos XVI, XVII y XVIII como una de las causas principales de la despoblación de España la emigración a las Indias.

Partiendo del primer Censo, merecedor de tal nombre —el de 1857—, podremos fijar de un modo bastante aproximado la importancia de la emigración española desde aquella fecha hasta 1920. Tendremos, en efecto:

Población de España en 1857.....	15.461.628
Idem íd. en 1920.....	21.338.381
Aumento .....	5.876.753
Exceso de los nacimientos sobre las defunciones en el período 1857-1920.....	7.474.885
Pérdida de población.....	1.598.132
Pérdida media anual.....	25.383

Excede, por tanto, de 25 millares el número de emigrantes españoles que anualmente pierde nuestro país. No toda esa emigración se dirige a América, es cierto; pero, sin exageraciones, se puede calcular que del millón y medio de españoles perdidos por España en 1857-1920, más del millón se han quedado en América.

En los últimos años, la situación ha cambiado. Véase la prueba en el estado siguiente:

AÑOS	Inmigrantes	Emigrantes.	Saldo migratorio.
1921.....	127.252	95.759	+ 31.493
1922.....	86.275	93.591	— 7.316
1923.....	69.586	123.804	— 54.218
1924.....	76.738	121.559	— 45.821
1925.....	75.038	93.946	— 18.908
1926.....	80.337	81.259	— 922
1927.....	81.865	83.051	— 1.186
Totales.....	597.091	692.969	— 95.878
Pérdida media anual.....			13.697

El saldo migratorio desfavorable se anula prácticamente en los años 1926-27; y la pérdida media anual de población en todo el período se reduce a 13.697; es decir, la mitad, próximamente, de la obtenida para 1857-1920.

**España n 1930**

En 1930 se ha de hacer un nuevo Censo de población. ¿Cuál es su cifra probable? Admitiendo para el decenio 1921-30 un coeficiente de crecimiento igual al del período anterior, resultaría para 1930 una población de 22.800.000 habitantes. Pero el aumento seguramente será mayor. Así lo hace suponer el examen de las cifras de natalidad, mortalidad y movimientos migratorios de los siete primeros años del actual decenio. La comparación con el anterior período intercensal ofrece los siguientes resultados:

	1911-20	1921-27
Exceso medio anual de nacimientos sobre defunciones..	133.886	216.323
Exceso medio anual de emigrantes sobre inmigrantes..	28.805	13.697





En virtud del movimiento vegetativo, la población presenta en 1921-27 un aumento medio anual superior en 82.437 habitantes al del decenio anterior. El saldo migratorio desfavorable se reduce a menos de la mitad: de 28.805 baja a 13.697.

Suponiendo, por tanto, que en los años 1928, 29 y 30 se obtengan resultados análogos a los del septenio anterior, habremos de admitir para valor del coeficiente de crecimiento de la población en 1921-30 una cifra superior a la de 1911-20. Sin forzar exageradamente el cálculo, bien puede fijarse dicho coeficiente en 0,90, y en esta hipótesis tendremos como población probable para 1930 la de 23.300.000 habitantes, en números redondos. Es posible que la realidad del Censo nos aproxime más a los 24 millones; pero, de todos modos, el progreso de la población de España sería, en el decenio 1921-30, uno de los más destacados en Europa.

Ahora bien, y para cerrar nuestro trabajo, no podemos resistir a la tentación de formular una hipótesis un tanto atrevida. Si la población de España no hubiese atravesado por pruebas tan duras, y el renacimiento iniciado en tiempos de los Reyes Católicos no se hubiera interrumpido, ¿cuántos españoles aparecerían inscritos en el Censo de 1920? Desde 1482 a 1920 transcurren cuatrocientos treint-

ta y ocho años. Suponiendo un crecimiento medio anual igual a la media aritmética de los coeficientes registrados en los distintos períodos intercensales considerados, y admitiendo el principio del crecimiento geométrico de la población, España, en 1920, hubiera tenido 64 millones de habitantes.

La cifra asignada por Paulo Orosio a la población de España en tiempos del Imperio romano hubiera tenido realidad. Pero la cifra calculada por nosotros se obtiene partiendo de una hipótesis muy aventurada. Prudentemente se puede reducir a la mitad, dejándola en 32 millones. Cifra nada disparatada ni excesiva, comparada sobre todo con los 40 millones de Francia y de Italia.

Puede, pues, calcularse en 12 millones de habitantes el tributo pagado por España a la Humanidad en el transcurso de cuatro siglos. La parte que en ese número tengan los errores políticos y económicos, las luchas partidistas y religiosas y las guerras civiles, está compensada con creces por la satisfacción de haber descubierto y colonizado un Nuevo Mundo. Sólo por haber conseguido este resultado, puede España dar por bien perdidos esos millones de españoles.

M. FUENTES MARTIÁNEZ.

## C R Ó N I C A S O C I A L

El año 1929 ha comenzado con un período de gran actividad oficial en cuanto a la organización corporativa se refiere. Son ya muy numerosos los Comités paritarios creados en toda España, y su actuación es seguida con gran interés por la opinión pública. Patronos y obreros parecen coincidentes en apreciar la conveniencia de la organización paritaria, si bien disientan en algunos casos en la forma de llevarla a la práctica. La actuación de los Comités en estos primeros tiempos de su vida legal es la que ha de servir para justificar su excelencia y convencer a los enemigos del sistema. Por ello, no es necesario encarecer cuánto ha de cuidarse la selección de las personas que han de constituirlos, tanto en los cargos de presidente y secretario, cuanto en los de vocales patronos y obreros, cargos estos últimos a los que las respectivas Asociaciones deben lle-

var a los más capacitados y a los más dispuestos a sacrificarse trabajando por el bien colectivo.

Para afirmar y consolidar la organización corporativa y sentar la intervención del Estado en la labor de los Comités Paritarios se han creado los Consejos de Corporaciones, reuniéndolos en tres grandes grupos: Industrias principales y de transformación; Industrias manufactureras, e Industrias de servicios; los que orientarán en cierto modo las gestiones y trabajos encomendados a los Comités paritarios. Esperamos con gran interés la actuación de estos Consejos de Corporaciones, cuya labor puede ser de indudable eficacia.

En cuanto a los Comités, entendemos que nadie puede negar, no ya la conveniencia, sino la necesidad de que exista un órgano permanente de conciliación, y en el que estén siempre



en contacto los elementos que intervienen en la producción.

La actuación de las personas que los constituyen es la que ha de hacer, como antes decimos, que la organización lleve una vida triunfal o caiga en el fracaso, a pesar de la excelencia de la idea y el acierto que en general ha presidido en las disposiciones legales para desarrollarla y darle forma práctica.

\*\*\*

Las cifras de huelgas registradas en España han disminuído notablemente en los últimos años. Hasta 1916 los números totales de huelgas en cada año oscilaban con alternativas debidas a influencias puramente locales o peculiares de una industria determinada. Pero a partir del expresado año, los problemas que la guerra había originado y, más tarde, los no menos complicados, en el orden económico y social, de la postguerra, originan un alza permanente en el número y extensión de los conflictos, y así en 1916 se señalan 237 huelgas, número que asciende en 1917 a 306; en 1918, a 463; en 1919 llega a 895, culminando las cifras en el año 1920, en el que se señalan en España hasta 1.060 huelgas. Aquella lucha social casi continuada, tenía que agotar a los elementos interesados, y si a esto se añaden los problemas que trajo consigo la desmovilización y el reajuste de precios y mercados, la disminución de demandas como secuela de un período de retraimiento de compras, no es de extrañar que en 1921 no fueran las circunstancias las más favorables para luchar por nuevas concesiones, sino, en todo caso, por conservar las conseguidas. Así, en 1921 desciende la cifra de huelgas a 373, elevándose de nuevo en 1922 y 1923 a 387 y 465, respectivamente. Comienza a agudizarse entonces el problema del paro forzoso en todos los países, y, naturalmente, la época es ya mucho menos propicia a paros voluntarios, lo que, unido acaso a otras causas influyentes en una mayor disciplina social, reduce considerablemente los conflictos: a las cifras de 165, 181, 96, 107 y 87 en los años 1924, 25, 26, 27 y 28, respectivamente.

Se nos preguntará: ¿No ha influido en los últimos años en la disminución de conflictos la

existencia de los Comités paritarios? Evidentemente. No es que creamos que el Comité es una panacea que evitará todos los conflictos; pero sí impedirá se produzcan algunos, y, sobre todo, suavizará sus consecuencias y evitará la forma violenta de producirse. La disminución de conflictos ha de atribuirse por partes iguales a la organización corporativa y al paro forzoso. La primera, evitando que se produzcan aquellos en que no existe una intransigencia irreducible, y el paro forzoso, porque no son circunstancias favorables para producir huelgas aquellos momentos en que hay una gran masa obrera sin colocación y otra parte trabajando jornadas reducidas para poder extender a más trabajadores los beneficios de un jornal, aunque sea el debido a una jornada incompleta.

\*\*\*

Como antes se dice, en 1928 acaecieron en España 87 huelgas, de las cuales 11 se produjeron en la provincia de Oviedo, otras 11 en Vizcaya y 10 en la de Barcelona.

Las industrias principalmente afectadas por estos conflictos fueron: la minera, en la cual se originaron 14 huelgas; 12 en la metalúrgica y trabajos del hierro y 10 en la industria textil. Teniendo en cuenta los obreros que tomaron parte en estos conflictos y la duración de ellos, se supone cerca de un millón de jornadas perdidas en el año 1928. En 1920 se llegó a registrar la cifra de siete millones y medio de jornadas perdidas.

\*\*\*

El paro forzoso se manifiesta acaso con más intensidad en la industria minera que en ninguna otra, por la abundancia de *stocks* y relativa escasez de pedidos. También la industria textil sufre una crisis de importancia, según se manifiesta principalmente por el porcentaje de parados en dicha industria en Barcelona, superior al de las demás industrias.

Igualmente la industria armera, la alpargatería y las fábricas de aserrar maderas en la provincia de Pontevedra, han sufrido en algunos periodos de 1928 con bastante intensidad las consecuencias de la crisis de trabajo.

MANUEL ALTÍMIRAS.



# La mujer soñada

novela por  
J. Pérez de Rozas

## I

—¡Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida.

Y la estancia quedó en silencio unos instantes. Caía la tarde, una tarde fría y lluviosa de los últimos días de invierno. En el viejo caserón de la familia Escosura había terminado el rosario que rezaban doña Caridad, su hija Fuensanta y las dos criadas de la casa. Desde la hora en que las sirvientas daban por terminada la faena de fregar los utensilios sucios por la comida, recogían las contadas migas que habían caído en la alfombra del comedor y extendían el tapete sobre la amplia mesa, las cuatro mujeres —después de agradecer a Dios que las hubiese concedido el pan nuestro de cada día— se encerraban en el antiguo despacho del señor y se dedicaban a hacer labor. Doña Caridad se sentaba en el sillón de cuero que usó durante cuarenta años su difunto esposo, el notario don Eusebio de la Escosura y Robledo; Fuensanta, en una banqueta baja forrada de yute, y las dos sirvientas en el sofá. Así pasaban horas y horas, sin que el más pequeño ruido interrumpiese una calma, una quietud y un silencio, que convertían la noble casa solariega en un panteón legendario. De vez en cuando, de tarde en tarde, un suspiro profundo y largo de doña Caridad servía de pretexto para que Fuensanta o alguna de las criadas le preguntasen:

—¿Se encuentra usted mal?...

Y la buena señora contestaba:

—No. Es que me acuerdo de aquel santo...

El santo era don Eusebio.

Otras veces, Encarnación, la criada que hacía de cocinera sin serlo, ponía a debate el programa culinario para el día siguiente; pero el tema se agotaba pronto con el voto unánime de confianza que se le concedía para que hiciese los guisos

que creyese más sanos, más baratos y menos propensos a pecar... En casa de los Escosura nunca se comió carne, excepto los días festivos.

Y fuera de esos ligerísimos e inocentes temas de conversación, el silencio apenas se interrumpía durante toda la tarde. Muchas veces, a través de las celosías y de los cristales de las ventanas del despacho, instalado en la planta baja, se podía oír perfectamente desde la calle el tictac acompasado y monótono del reloj de caja que había en uno de los ángulos de la habitación. Cuando doña Caridad consideraba que había hecho ya bastante ganchillo, que su hija tenía terminado un trozo de encaje de bolillos, o que cualquiera de las dos criadas daba fin a la tarea de zurcir unas medias o "echar una pieza" a alguna sábana, sacaba del bolsillo de su delantal el rosario de plata oxidada que llevaba siempre consigo, se santiguaba, invocaba al mismo tiempo a la Santísima Trinidad, y conmenzaba:

—Padre nuestro...

Abandonaban la labor las restantes mujeres y comenzaba el rosario, lento, silabeado, perfecto... Un rosario en el que, el más exigente, no podía notar la menor omisión. Al terminar cada período de padrenuestros o avemarias, doña Caridad se volvía, levantaba la cabeza, y con ella la vista, que iba a fijarse en el crucifijo de marfil, colgado detrás del sillón de don Eusebio. De aquel crucifijo, ante el cual el ilustre notario había levantado tantas actas de testamento, de herencia o de hipoteca... Algunas tardes acompañaba en el rosario a las mujeres don Orencio, el hermano de doña Caridad. Don Orencio de Vargas, canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Pamplona, era un sacerdote completamente distinto a la mayor parte de sus colegas... Alto, seco, enjuto y de porte distinguido, constituía el prototipo del cura culto e inteligente. Gran orador, escritor pulcrísimo y



ameno conversador, gozaba de sólida fama y de gran prestigio, tanto entre la gente ilustrada como entre el vulgo. Era también poeta y filósofo, y creía en la fisiognomía. Intentaba aplicar las teorías de Juan Gaspar Lavater, fundador de esa nueva ciencia o arte de reconocer los instintos y las pasiones de los hombres por los rasgos de su fisonomía para adivinar en ellos su pasado, su presente y su porvenir. Como su maestro, el célebre sacerdote suizo de fines del siglo XVIII, don Orencio era bondadoso, caritativo y propenso a la indulgencia con los "equivocados" por ignorancia, pero enérgico e inflexible con los enemigos conscientes del Cristianismo y de la Religión. Cuando hablaba por primera vez con una persona, se complacía en examinarla detenidamente. Pensaba que mirándola solamente a la cara podía penetrar en su alma y en su espíritu... Don Orencio no podía acudir los sábados al rosario de casa de su hermana, por la sencilla razón de que había de asistir al que se rezaba en la Catedral. Durante los restantes días del mes, era raro el que no acompañaba a su hermana y a su sobrina.

Terminado el rosario y después de pronunciar doña Caridad las sacramentales palabras: "Dios nos conceda una corta hora al morir y el pago que hayamos merecido después", Fuensanta se levantó, besó la mano a su madre y salió al zaguán, en el que, como todos los sábados, aguardaban ya "sus pobres". Eran tres mujeres ya viejas y cuatro hombres aún más ancianos. En todos ellos se reflejaba ese gesto característico en los que han reglamentado la pobreza y la han convertido en un elemento de vida ordenado y sometido a una disciplina análoga a la de cualquiera otra profesión... Estaban pobremente vestidos, pero limpios, pulcros, casi atildados... Habían constituido los siete viejos lo que muy bien podía considerarse como una sociedad anónima para la explotación de la caridad. Y obtenían buenos rendimientos por eso: porque habían sabido hacer de su pobreza una cosa tan contraria a la pobreza: una cosa grata... Se presentaban humildes, ceremoniosos, respetuosos... Olían a limpio y sus ropas viejas, pero no rotas ni harapientas, eran buenas... Las ropas que recogían como desecho de todos sus protectores. Aquellas mujeres y aquellos hombres recorrían las casas de la ciudad durante toda la semana. Los lunes por la maña-

na, a casa de los señores de la fábrica; los lunes por la tarde, a casa de doña Dolores, la señora del alcalde. Los martes... Sólo visitaban una casa por la mañana y otra por la tarde. Total: doce casas; porque los domingos, ¡naturalmente!, habían de ir a misa por la mañana y... de paseo, al campo, por la tarde. Todos los días, después del recorrido a domicilio, en colectividad, se distribuían en los pórticos de la Catedral y en los de otras iglesias, y en ellos terminaban la recaudación. Más tarde, después de cenar, se reunían en casa del *Tío Cañita*, que era el que asumía las funciones de gerente de la bien organizada sociedad, y cada uno entregaba el dinero recaudado. El *Tío Cañita* sacaba lápiz y papel y hacía la relación de lo que cada socio entregaba. Era un detalle meramente estadístico, pues se reunían todas las sumas aportadas y el total se distribuía en partes iguales entre todos los socios, excepto el *Tío Cañita*, que separaba para él dos pesetas más como remuneración a su elevado cargo.

Cuando Fuensanta apareció en el portalón de su casa, los pobres, como todos los sábados, la colmaron de saludos y piropos:

—¡Ya está aquí la reina de la hermosura! ¡Que Dios bendiga a los ángeles buenos! ¡Tiene la cara como el alma: preciosa! ¡Viva usted tantos años como bondades tiene!..." Y la ingenua, sonriente y ruborosa, iba entregando, una a una, las siete pesetas que distribuía entre "sus pobrecitos viejos"...

Algunos sábados, la señorita Fuensanta daba a las mujeres prendas de ropa de la desechada en la casa, y que Encarnación, la criada, había zurcido o remendado con una habilidad de la que, con razón, se sentía orgullosa. La señorita se dirigió a una de las pobres, diciéndola:

—Oiga usted, "señora María": el sábado que viene, si Dios quiere, le daré a usted un mantón de mucho abrigo que se apolilló un poquito, pero que Encarna lo está dejando como nuevo...

La vieja pedigüeña, al oír la promesa, cogió, sollozando, la mano de Fuensanta y la besó con fuerza varias veces.

—¡Viva la santa! —gritó unánimemente la sociedad de pordioseros.

Y poco a poco fueron saliendo, mientras la señorita de Escosura sostenía la hoja del postigo.

Fuensanta alzó hacia el techo sus enormes ojos



azules y musitó unas palabras de agradecimiento al Creador por concederla la felicidad de poder sembrar el bien entre sus semejantes.

La noche había tendido ya sus sombras sobre la noble casa. Casi a tientas, "la santa" fué nuevamente al antiguo despacho de su padre. La estancia estaba en silencio, en ese sepulcral silencio que era norma y orgullo de doña Caridad. Sólo se oía el ruido producido por el péndulo del reloj y las respiraciones lentas y casi imperceptibles de doña Caridad y de las criadas. En la penumbra, apenas se divisaban las siluetas borrosas de las tres mujeres. Por efecto de un fenómeno óptico muy frecuente, cuando la vista se va acostumbrando a ver los objetos de una estancia invadida por la oscuridad, la habitación parecía haberse transformado al entrar en ella Fuensanta. Las estanterías, llenas de libros, le parecían larguísimas galerías de nichos. Los bargueños, con sus molduras y bajorrelieves, sarcófagos y sepulcros; y las sombras de su madre y de las criadas, estatuas funerarias de aquel panteón frío y triste en el que se mezclaban el olor a papel viejo y pergamino antiguo de los libros de diez generaciones de antepasados y la atmósfera viciada y seca de una estancia poco ventilada y llena de muebles, cortinas, tapices y armaduras... En medio de toda aquella oscuridad y de aquellas tinieblas, Fuensanta sólo veía una luz blanca, al fondo del despacho; una luz suave y dulce que bañaba el cuerpo en marfil del Redentor del mundo... Entonces, "la santa" levantaba hacia Él los ojos y exclamaba con unción y fervor profundos: "¡Bendito seas, Señor mío!..."

La hija única de los señores de Escosura acababa de cumplir los veinticinco años, y puede decirse que apenas conocía del mundo otros detalles que los adquiridos en el convento en que hizo toda su educación y del que era madre abadesa su tía sor Sagrario, hermana de doña Caridad. Cuando Fuensanta cumplió los cinco años, el matrimonio Escosura, de acuerdo con sus hermanos sor Sagrario y don Orencio, decidió que la niña entrase de alumna interna en el colegio que regentaba la comunidad, de que era madre superiora sor Sagrario. Y, excepto los tres meses de las vacaciones estivales, que la niña pasaba con sus padres en Los Molinos, la hermosa finca de recreo que los Escosura poseían a veinte kilóme-

tros de Pamplona, durante el resto del año, Fuensanta no salía del convento. En él, y bajo la sabia dirección de su tía, fué criándose y desarrollándose; adquirió una educación esmeradísima y formó su espíritu, predispuesto ya, según sus mayores, al recogimiento y a la religión. Sor Sagrario, que quería como a una hija a su sobrina, vió en ella una criatura dócil, sumisa y obediente, con una marcada tendencia al estudio; y poco a poco, día tras día, fué infiltrando en el alma inmaculada del angelito la idea de que, cuando llegase a ser mayor, cuando tuviese edad para ello, no podía ni debía hacer otra cosa que vestir el hábito que su segunda madre llevaba desde hacía tantos años.

Fuó creciendo la hija de los Escosura en un ambiente tan bien dispuesto para ello, que nada de extraño podía tener que la niña diese a todo el mundo, con fundamento, la sensación de que su camino no era otro que el del claustro conventual. Cuando en verano la trasladaban a Los Molinos y salía del convento, aún hablaba con menos personas que en el colegio. En la finca, fuera de sus padres, de Encarnación y de "mamá Rita", la otra criada que fué su ama de cría, sólo veía al viejo matrimonio que servía de todo: de guardas, de criados y de jardineros. En cambio, en el convento, además de ver a su tía y a las monjas —¡tan buenas!—, veía a sus compañeras de estudios y de educación, pertenecientes a las más aristocráticas y adineradas familias de Navarra y Guipúzcoa. Por eso, a Fuensanta le causaba cierta pena que se acercase el verano, la época de las vacaciones. Por ella no hubiese salido del convento en todo el año. Tenía en él mayores atractivos y alicientes la vida. Y, sobre todo, lo que más sentía al marchar, era abandonar el trozo de jardín que en el huerto del convento le habían confiado para que cultivase flores. Aquel jardinillo, "su jardín", era la suma de todas las ilusiones y de todos los anhelos de la niña. Se componía de un cuadro de doce metros de superficie, cercado por una pequeña verja que apenas levantaba del suelo un par de palmos. En el centro, como gallardo dueño y señor de aquel pequeño oasis, se alzaba un almenadro. A su alrededor, formando diminutos y artísticos parterres, crecían claveles, geranios, alhelies, jacintos, violetas... En cada ángulo, un rosál rompía graciosamente la línea que formaban



las demás flores. En los últimos días del invierno, al acercarse la primavera, la niña, en cuanto se levantaba, al rayar el alba, saltaba con alegría del lecho y corría a la ventana que daba sobre "su jardín" para ver si el almendro iniciaba el brote... Y cuando la savia nueva cubría de florecillas blancas el árbol, era la señal de que el trabajo de la inocente y pura jardinerita iba a verse coronado por el éxito. Entonces, la ingenua se preguntaba palmoteando de gozo: "¿Serán este año más rojos los claveles?... ¿Me dará el jardín las suficientes flores para renovar todos los días del mes de mayo el ramo de la Virgen?..." Esas eran sus únicas preocupaciones. Aquel almendro y aquel trozo de tierra cercado por una verjita baja y despintada por la acción del tiempo, parecían, más que un jardín, una sepultura en la que la niña, sin saberlo, iba enterrando cada año un poco de su existencia pura, inmaculada, inocente; pero también insípida, vulgar, innocua... Cuando la niña se fué convirtiendo en mujer y vió acercarse el día en que, al profesar como religiosa, ya no saldría más del convento, su alegría fué inmensa. "¿Qué podía ella apetecer más?... ¡Dedicarse en cuerpo y alma a Dios, a la Virgen y a las flores!... ¡Entonces sí que estaría bonito "su jardín"!... ¡Entonces sí que no se agostarían los rosales por falta de cuidado durante el verano, como sucedía marchando ella de vacaciones a Los Molinos!... ¡Qué diferencia entre "sus flores", las flores de su jardín, y las que había en aquel parque tan grandote, tan destartado, de Los Molinos!... Y los ojos de la niña, sus enormes ojos, llenos de bondad y de dulzura, se bañaban en lágrimas.

Don Eusebio de la Escosura y su esposa, doña Caridad de Vargas de la Escosura, habían puesto todo su empeño en que la niña fuese monja en cuanto tuviese la edad necesaria para ello. No estaban los tiempos para que la única descendiente de dos ramas tan religiosas, tan linajudas y tan nobles como las de los Escosura y los Vargas, fuese otra cosa que esposa del Señor. Los hombres de ahora, aun perteneciendo a familias de antecedentes de sangre azul, no tienen, por desgracia, los hábitos, los usos y las costumbres de las generaciones anteriores.... Hay algunos que externamente, de una manera "oficial", cumplen con las leyes de la Religión, de la moral y del

honor; pero, con tanto adelanto, con tanto deporte y, sobre todo, con tanto espectáculo obsceno y licencioso, los hombres de ahora no son los hombres de antes...

Por otra parte, el ilustre notario se horrorizaba ante la idea de que un hombre de "los del día" pudiese casarse con su hija, buscando el saneado capital que don Eusebio había formado con lo heredado de sus mayores, con lo aportado al matrimonio —y no era grano de anís— por doña Caridad y con lo que él había ganado en treinta años de ejercer la fe pública. Entre unas cosas y otras podía calcularse muy bien que todo ello ascendía a la no despreciable suma de tres millones de pesetas. Además, tanto por parte de don Eusebio, como por la de su esposa, y no hay para qué decir que por la de sus cuñados sor Sagrario y don Orencio, era cosa acordada que el capital pasase íntegro a la comunidad de que era madre superiora sor Sagrario al fallecimiento del matrimonio. La decisión era tan firme y estaba tan arraigada, no solamente entre la familia, sino entre todas las personas a ella allegadas, que quien hubiese osado insinuar nada más la idea de que Fuensanta no debía hacerse monja, habría caído para siempre en el concepto de los Escosura, de los Vargas y de todos... Por eso, desde niña, todas las influencias morales, espirituales y paternas que recibió Fuensanta conducían al mismo fin: al de que no tuviese más amor, más ilusión, ni más afecto que el de Dios; ni otro pensamiento que el de desposarse con el Señor. Y de que habían conseguido su propósito cumplidamente cuantos lo habían concebido, era prueba eloquente la actitud de la interesada: obsesionada por completo con la idea de hacerse monja.

El notario y su ilustre familia habían decidido que "la niña" hiciese su profesión al cumplir los veintitrés años; pero Fuensanta fué creciendo, se hizo mujer, y cuando sólo le faltaban unos meses para satisfacer el deseo de todos y el suyo, un suceso inesperado cambió bastante el curso de los acontecimientos. El bueno de don Eusebio entregó su alma a Dios a consecuencia de una traidora bronconeumonía. Entonces, doña Caridad, ante la terrible perspectiva de quedarse sola, sin su marido y sin su hija, convocó una tarde en el convento a sus hermanos y les pidió sollozando que le dejaran a Fuensanta hasta que ella,



doña Caridad, cerrase los ojos... Cosa que suponía no tardaría mucho en suceder, dado lo abatida que se encontraba desde la muerte de su santo marido.

Sor Sagrario y don Orencio, reconociendo lo fundado de la petición formulada por su hermana, accedieron a ella con la expresa condición, aceptada por todos, incluso por la interesada, de que Fuensanta habría de hacer en su casa una vida de absoluto recogimiento y total ausencia del mundo, hasta que Dios llamase a su seno a doña Caridad. Y es justo reconocer que Fuensanta tuvo una gran contrariedad, un profundo disgusto, el mayor, el único quizá que había tenido en su vida, cuando se enteró de la solicitud formulada por su madre y de la decisión adoptada por sus tíos. Había hecho Fuensanta a Dios una entrega tan absoluta de su espíritu y de su amor, que apenas si le quedaba una leve inclinación, más de respeto que de cariño, hacia sus padres. Cuando don Eusebio cerró los ojos para no volverlos a abrir, su hija, naturalmente, sintió con dolor la pérdida del padre; pero no es menos cierto que encontró un gran alivio en su pena considerando que si había muerto, era porque así debía estar dispuesto por quien todo lo puede. En cuanto a su madre, ¿cómo podía tenerla un gran cariño, si apenas había convivido con ella, y los tres meses de cada año que pasaba en Los Molinos les dedicaba casi por completo a prepararse para profesar?...

Fuensanta era... una santa, no una mujer de carne y hueso. Nada sabía del mundo. No había conocido ni tratado a otras personas que a sus padres, a sus tíos, a Encarnación, a "mamá Rita", a los jardineros de Los Molinos, a las religiosas del convento y a sus compañeras de estudios. Vestía, más que con sencillez, con humildad. Le llegaban las faldas, muy anchas, hasta las suelas de los zapatos, que eran de satén negro, cerrados, con un tacón ancho y bajo... ¿Sombrero? ¡Ni pensarlo! No había puesto nunca sobre su cabeza otra cosa que un velo tupidísimo, con el cual se cubría también casi por completo la cara. Muerto su padre, no salía de casa nada más que al romper el alba, para ir con doña Caridad a misa. A la media hora regresaban, y puede decirse que el resto del día lo dedicaban a rezar, a meditar, a pedir misericordia a Dios.

Fuensanta, a pesar de que hacía ya dos años que vivía con su madre, echaba mucho de menos la vida del convento. Su casa, aquella casa tan grande, con tantas habitaciones y todas tan amplias, le sobrecogía. Además, entre las muchas cosas que don Eusebio había dejado al morir figuraba una magnífica colección de armaduras antiguas, montadas en sus respectivos maniqués. Aquellos "guerreros", con sus grandes lanzas y sus enormes espadones en la diestra, repartidos por el despacho, por el salón, por los pasillos y por la escalera, asustaban a la joven. Por las noches, después de cenar, cuando subía a su cuarto cerca de las ocho y se desnudaba para acostarse, sentía mucho frío. Frío en el cuerpo y en el alma... Se encontraba aislada y huésped en su propia casa. Se le saltaban las lágrimas. Aquel cuarto tan grande, en el que apenas había dormido media docena de noches en toda su vida antes de morir don Eusebio, le parecía una cosa horriblemente triste. "¡Qué diferencia con su celdita de novicia, tan blanca, tan sencilla y tan pequeña, que apenas cabía ella en pie al lado de la cama!... Pero cuando Dios había dispuesto que viviese con su madre, no procedía otra cosa que acatar el divino mandato."

Y Fuensanta se quedaba dormida rezando la última oración del día.

Algunas tardes, antes de rezar el rosario, Fuensanta y su madre iban al convento. Las dos mujeres cruzaban las desiertas calles de la vieja ciudad navarra como dos sombras, con la cabeza baja, para pasar desapercibidas. Para evitarse también la contrariedad de tener que contestar al saludo de algún inoportuno. Al regresar a casa, bajo las primeras sombras de la noche, las campanas de las iglesias tocaban a oración y sus sonidos, graves, acompasados y severos, encontraban ecos de caverna y de misterio en los soportales. El ruido que las dos mujeres hacían al cerrar la puerta y correr el cerrojo trascendía en seguida a la vecindad. "Ya han vuelto del convento doña Caridad y su hija..." —decían las desocupadas comadres, haciendo un alto en sus respectivos rosarios.

Y la calle, al poco, quedaba sumida en un silencio misterioso y profundo.

Doña Caridad había decidido pasar los días de Pascua en Los Molinos. El Sábado de Gloria,





por la tarde, llegó Bartolo, el jardinero, en la tar-  
tana y recogió a la señora, a la señorita y a  
Encarnación. "Mamá Rita", como la llamaban  
todos, se quedó cuidando de la casa en Pamplona.  
Los veinte kilómetros que separaban Los  
Molinos de la hermosa e histórica ciudad los  
recorría Lucero en menos de dos horas. La carre-  
tera era buena, y después el trozo de camino que  
conducía a la finca, estaba magníficamente cui-  
dado: parecía una mesa... Los Molinos pertene-  
cían a la herencia de doña Caridad. Cuando  
don Eusebio llegó a Pamplona, procedente de su

tierra natal, Murcia, para tomar posesión de la  
Notaría, aún vivían los padres de doña Caridad,  
de don Orencio y de sor Sagrario. Familia de  
profundos y arraigados sentimientos carlistas, el  
viejo don Alberto de Vargas había llegado a ser  
general de brigada ("brigadier") en los ejércitos  
legitimistas. Don Eusebio, que por su parte pro-  
cedía también de una linajuda familia murciana  
muy afecta a don Carlos, no tardó mucho en in-  
timar con el viejo ex guerrero y en conseguir que  
ambas familias conviniesen por correspondencia el  
enlace que había de dar más tarde como único



fruto a Fuensanta. Muertos el general y su consorte, al hacerse el reparto de bienes, correspondieron Los Molinos a doña Caridad. Era una finca hermosísima, magnífica. Cerca de cincuenta hectáreas de terreno cubiertas de toda clase de árboles frutales, de huertas, de jardines. Desde la carretera general a la gran puerta de hierro que daba acceso a la finca, apenas habría un kilómetro de distancia. Después, ya dentro del recinto de Los Molinos, hasta llegar a la casa, había un camino recto, bordeado de álamos, que no le faltaría mucho para medir otros mil metros. En un edificio aislado, cerca de la casa, estaba la capilla, pequeña y alegre, pero de un gran valor artístico, tanto por su construcción como por las obras que guardaba. Especialmente el altar, era una verdadera joya. En la parte superior, un retablo ocupaba todo el frente del muro. Era del siglo XII y representaba los tres principales momentos de la tragedia del Gólgota: el ascenso a la Cruz, la muerte de Jesús y el descenso. Se trataba de una obra de un gran valor artístico y de una belleza realmente insospechada. En una de las paredes laterales de la capilla, un enorme Ribera: *San Francisco*, recibía los amortiguados rayos solares que, a través de las vidrieras de colores, daban tonalidades de arco iris a las blancas manos del santo. Y enfrente, un pequeño, un casi diminuto confesionario, adosado al muro, era el depositario de todos los secretos y pecados de los nobles antepasados de Fuensanta. En el altar, delante del retablo, había un crucifijo en bronce, al que alumbraba día y noche una artística y bruñida lamparilla del mismo metal, que pendía de tres largas cadenas. Delante del altar, ocho grandes reclinatorios forrados de terciopelo rojo, alineados en dos filas, endulzaban un poco las prolongadas penitencias y oraciones de los aristocráticos fieles del sagrado recinto. Todos los días se celebraba el sacrificio de la misa, incluso cuando no estaban en Los Molinos los señores, "pues para eso le daban sus buenas cinco pesetas de sueldo, casa y lumbre a don Cayetano", un anciano sacerdote en el que no se sabía qué admirar más: si su bondad y dulzura infinitas o la gracia y el ardor con que, a pesar de sus muchos años, contaba los episodios de la guerra carlista, en la que había tomado parte muy activa. Don Cayetano, con sus ochenta y cinco años,

era la institución de Los Molinos, de los que no había querido salir desde hacía más de veinte años. Vivía en una casita muy pequeña, muy limpia y muy alegre, al lado de la capilla. La mujer de Bartolo, el jardinero, le llevaba la frugal comida al mediodía y el tazón de chocolate, que hacía las veces de cena, a la caída de la tarde. Por las mañanas, muy temprano, le hacía la cama al viejo capellán, única faena doméstica que era preciso realizar al día, pues aquella barraca estaba siempre tan limpia y tan ordenada, que cuando don Cayetano dejaba caer una miga de pan sobre las baldosas, se apresuraba a agacharse para recogerla, a pesar del trabajo que al pobre viejo le costaba hacerlo.

Al detenerse la tartana delante de la escalerilla de piedra que conducía al vestíbulo de la casa, salieron a saludar a los recién llegados don Cayetano, Jacinta —la mujer de Bartolo— y el *Tío Bocanegra*, un guarda jurado que solía entrar algunas veces en Los Molinos cuando tenía sed o quería fumar un pitillo con Bartolo. Doña Caridad y Fuensanta besaron la mano a don Cayetano, y antes de entrar en la casa fueron con el sacerdote a la capilla para dar gracias a Dios por lo felizmente que las había dejado realizar el "viaje". Después, los tres, rezaron una salve, y al acabar salieron al jardín.

La tarde, una tarde de abril, suave y dulce, convertía el gran parque de Los Molinos en un bellissimo remanso de bienestar y placidez. El sol, que ya comenzaba a caer, tendía sus rayos sobre las flores y sobre las hojas de los árboles, convirtiéndolos en artísticos jarrones de tonalidades diversas. De la tierra húmeda subía un vaho templado, un vapor sutil y tenue que enervaba, que hacía desfallecer el espíritu y el cuerpo...

El sacerdote y las dos mujeres dieron unos cuantos pasos por la alameda cercana a la casa.

—He decidido aprovechar estos días de fiesta —dijo doña Caridad— con objeto de ir preparando la casa para el verano. Hay muchas cosillas que necesitan arreglo... Especialmente algunas sábanas, están imposibles... Pero ya conoce usted a Encarnación... El otro día, cuando insinué la idea de comprar sábanas nuevas, se echó a llorar como una Magdalena. La pasión de remendarlo todo se le ha convertido con los años en una verdadera manía, y para ella no llega nunca el momento



de retirar una prenda del servicio para renovarla por una nueva. Todo lo quiere aprovechar. Es muy buena, muy buena; pero demasiado ahorrativa...

Y doña Caridad sonreía con satisfacción haciendo esas observaciones sobre la conducta de su vieja, adicta y leal doméstica.

Hubo una larga pausa, que al fin interrumpió el padre Cayetano:

—Yo, hijas mías —dijo el anciano sacerdote—, me alegré mucho, muchísimo, cuando Bartolo me anunció el miércoles, al regreso de llevar los huevos, que veníais a pasar unos cuantos días a Los Molinos. ¡Está esto ya tan hermoso! Se respira aquí un aire tan puro, que, la verdad, ya os lo he dicho muchas veces: yo, en vuestro lugar, pasaría aquí nueve meses del año y tres, los tres del más crudo invierno, en Pamplona. Vamos, lo contrario de lo que hacéis ahora... Además, y vosotras diréis que esto es ya un poco de egoísmo por mi parte, con ello haríais una obra de misericordia... Os he visto nacer a las dos. A ti, Caridad, hará cincuenta años dentro de pocos días, y a Fuensanta veinticinco después... Os he bautizado a las dos. A las dos os he enseñado a rezar y a amar a Dios sobre todas las cosas... Yo no sé cómo se debe querer a los hijos; pero sospecho mucho que debe ser en una forma muy parecida a como yo os quiero a vosotras...

Y por las mejillas de don Cayetano, surcadas por cientos de arrugas, corrían, como agua bendita por diminutos canalillos, las lágrimas puras y cristalinas del viejo pastor de almas.

—Bueno, padre Cayetano —respondió un poco conmovida doña Caridad—, de "eso" ya hablaremos más despacio... No pidamos a Dios más que lo que buenamente nos quiera conceder. Si nuestro Señor, en su alta sabiduría, dispone que paremos más tiempo al lado de usted, al lado suyo estaremos. ¿Verdad, Fuensanta?

—Sí, sí... —respondió, casi maquinalmente, la hija.

Fuensanta, fuera ya del convento, prefería estar en Los Molinos a vivir en el solariego caserón de Pamplona. En la ciudad, para ir a misa, para confesar y comulgar, para hacer penitencia, tenía que salir de casa. Y aunque iba a una iglesia muy cercana y casi solitaria: San Pedro, siempre había que tropezarse con alguien, tanto en la

calle como en el templo. En cambio, en Los Molinos, fuera de las horas de las comidas y de las de hacer un poco de labor, "para no estar ociosa", el resto del día lo pasaba en la capilla. Por la mañana tempranito, antes de la misa, Fuensanta "arreglaba" el altar. Limpiaba el polvo, un poco imaginario. Cambiaba el agua a los jarrones y ponía flores frescas. —¡Qué bonito estaba el altar cuando don Cayetano, arrastrando los pies, entraba revestido para decir la santa misa!"— Después, Fuensanta quedaba sola en la capilla horas y horas. Rezaba con un profundo fervor. Y entonces su pensamiento iba abandonando poco a poco las figuras y las cosas de la tierra: la memoria de don Eusebio, doña Caridad, sor Sagrario, don Orencio, don Cayetano, Encarnación, "mamá Rita", Jacinta, Bartolo... Todos, unos tras otros, escapaban de la memoria, del espíritu y de la atención de "la santa". ¡Qué bienestar se apoderaba en aquel instante de su alma!... Le parecía que su pensamiento llamaba a unas puertas azules, llenas de estrellas de plata... Unas puertas grandes y vaporosas, que se abrían cuando ella llamaba... Entraba después en una inmensa nave, en la que danzaban graciosamente infinidad de angelitos envueltos en gasas blancas y azules... En lo alto, allá en lo más alto, rodeada de un nimbo de luz blanca, muy blanca, se le aparecía la Virgen, sonriente y bondadosa, y parecía que la llamaba a su lado...

Aquellos éxtasis profundos se prolongaban mucho tiempo. Durante ellos, Fuensanta sentía palpitir con más fuerza su corazón. Entonces, en los ojos azules y grandes, llenos de serenidad y de dulzura, de la devota, aparecían dos lágrimas pletóricas, transparentes, verdozas, que permanecían un instante sobre las mejillas y que, al cabo, se rompían e iban, deshechas, a rodar velozmente sobre el rostro de terciopelo de la mística. Quedaba un rato desfallecida, enervada. Recibía la sensación de que volvía de una larga caminata. Poco a poco iba reconcentrando ideas y pensamientos, y comenzaba a darse cuenta de su existencia y de la de los demás. Levantaba la cabeza, la echaba hacia atrás, sobre la nuca, y abría y cerraba rápidamente los ojos tres o cuatro veces. Así se despejaba un poco.

Algunas veces, después de esos prolongados arrobamientos, cuando ya había vuelto a la rea-



lidad, volaba su recuerdo hacia sor Sagrario, hacia las hermanas del convento y hacia "su jardincito"...

Llegaba a tal extremo el abandono que Fuensanta hacía de las cosas terrenales, que muchas veces doña Caridad le había llamado la atención por lo excesivamente humilde de su aspecto: la blusa, cerrada con diminutos botones desde el cuello, y con mangas hasta la mano; la saya amplia, anchísima, le caía desde la cintura y le llegaba casi al suelo... En todo tiempo usaba medias de lana blancas, que llevaba atadas con cintas debajo de las rodillas. La camisa era también muy larga, de lienzo, como los pantalones, que le llegaban hasta más abajo de las corvas. Toda su *toilette*, cuando se levantaba del lecho, consistía en lavarse con agua del tiempo y en hacerse un gran moño cerca de la nuca con la enorme mata de cabello, negro como el ébano, que constituía uno de los mayores encantos naturales de su persona, y que Fuensanta no veía la hora de cortar para ponerse la toca monjil.

El cuarto de la joven en Los Molinos tenía para ella algunos más atractivos que el de la casa de Pamplona. Como en él había pasado todos los veranos de su niñez y de su mocedad, le era más soportable, lo encontraba "más suyo". Además, no tenía las grandes dimensiones del otro. Desde la ventana, casi desde la cama, sin necesidad de levantarse, podía extender la vista sobre las praderas verdes y húmedas de la finca. Muchas mañanas, cuando volvía de rezar, durante la temporada veraniega, y subía al cuarto para dejar el devocionario y tomar la labor, se acodaba un ratito en el alféizar de la ventana para ver cómo pacían las vacas y las terneras.

—¡Mimosaaaaa!... —gritaba a su vaca predilecta la señorita.

Y el animal, que conocía perfectamente la voz de "la santa", levantaba la cabeza y la dirigía una mirada larga y vaga con sus ojazos inexpressivos.

El final de la tarde en que llegaron doña Caridad, Fuensanta y Encarnación a Los Molinos, lo pasó la señorita de Escosura cogiendo flores para adornar, además del altar, la mesa del comedor, la habitación de su madre y la suya. Como en todas partes había imágenes y cuadros religiosos, la labor duró hasta que Encarnación dió la

voz de que la cena estaba ya en la mesa. Sentáronse a ella madre e hija y don Cayetano, que, rompiendo sus costumbres, y en atención al acontecimiento de la llegada, tomó su chocolate mientras las dos mujeres cenaban.

Sobre la mesa dejaba caer su luz una antigua lámpara de "faro", de petróleo. En Los Molinos no había otra clase de alumbrado que ese y velas. Ni los padres de doña Caridad, primero, ni ésta y don Eusebio, después, habían querido instalar la luz eléctrica en la finca. Ellos decían que perdía todo su carácter antiguo una casa introduciendo en ella la electricidad... Pero Bartolo, el jardinero, que a pesar de ser un antiguo y lealísimo servidor, era un poco mal pensado y otro poco mala lengua, atribuía la falta de electricidad a que desde la carretera general, por donde pasaba la línea, hasta la casa había muy cerca de dos kilómetros, y la conducción e instalación valía cuatro o cinco mil pesetas, que la adinerada, pero ahorrativa familia, no quería gastar...

Después de la cena y de dar gracias a Dios, doña Caridad, Fuensanta y don Cayetano quedaron un poco "de sobremesa", hablando de las reformas que estaban haciendo en la capilla del convento, por cuenta de la noble y linajuda familia. Las obras, según había dicho el contratista a doña Caridad, ascendían a unos cuatro o cinco mil duros, pero quedaría la capilla preciosa. Doña Caridad había accedido gustosísima a hacer el desembolso por varias y poderosas razones. Primero, porque la capilla amenazaba ruina, pudiendo, si Dios no lo evitaba, producir cualquier día una horrible catástrofe. Luego, porque con la reforma proporcionaba una gran satisfacción a sor Sagrario y a Fuensanta, y después, porque, en definitiva, si todo el patrimonio de los Escosura y de los Vargas había de pasar a ser propiedad del convento y de la comunidad, ¿a qué demorar la inversión de una suma que, al fin y a la postre, "era en espíritu" de ellos?...

Y los tres, confortados con el parecer de Encarnación, que ya había vuelto de fregar los platos de la cena, dieron gracias al Altísimo por haberles inspirado tan justo y caritativo pensamiento.

(Continuará.)

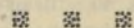
(Ilustración de ALBERTO GARCÍA.)



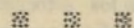
!!!NO FIRME USTED!!!

CONSÚLTENOS ANTES

Porque siendo la póliza de seguro un contrato de importancia, con muchas cláusulas, su propio interés le exige consultarlas previamente con un técnico en la materia.

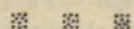


En su caso, le explicaremos detenidamente aquellos puntos que no vea con suficiente claridad, delimitando sus derechos y obligaciones, con lo que se evita siempre la menor discusión.



H. GEBHARD

OFICINA TÉCNICA DE SEGUROS



Le hará este servicio gratuitamente y le asesorará en caso de siniestro.



AVENIDA C. PEÑALVER, 14 ~ ~ MADRID

Teléfono 15929



# divulgación médica

## PROPÓSITO

Tienen estas páginas uno solo: el de la utilidad. Aspiran a que quien las lea, padres, encargados de enfermos o sencillamente curiosos que saben que el mayor bien de la humanidad es la salud y el conservarla una de las más ansiadas aspiraciones, obtengan con su lectura algún provecho. Para ello, irán desprovistas de tono doctoral: en amigables charlas con el lector, desfilarán por ellas ideas, consejos y esos conocimientos que todos deben poseer, no con ánimo de sustituir misiones, sino únicamente de estar alerta al primer ataque, generalmente débil, y preparar el camino para que luego el único capacitado para ello, el médico, organice en regla la defensa de la plaza, aprovechando los beneficios reportados por esas rudimentarias aportaciones que un instinto bien dirigido acumuló.

Y si además consiguen ser amenas, el propósito habráse cumplido y la justificación de estas páginas médicas, colmada.

## TRASTORNOS DIGESTIVOS DE LOS LACTANTES DURANTE EL VERANO

De dominio vulgar, aunque de una manera empírica, es el enorme aumento de la morbilidad y mortalidad infantil, principalmente de niños lactantes, durante el verano. Apenas aparecen los primeros calores, en la gráfica demográfica se inicia una progresiva y aterradora curva ascendente que dura todo lo que el estío, para empezar una suave y consoladora declinación a medida que el otoño cubre de oro las hojas de los árboles.

Casi exclusivamente son debidas estas oscilaciones a una sola entidad morbosa: los trastornos digestivos, y sin acudir al abrumador agobio de las

cifras, sólo citaremos una de elocuencia decisiva: la mortalidad infantil por estas enfermedades puede alcanzar durante los meses de julio y agosto, el 80 y el 90 por 100 de la general.

A muchas discusiones científicas ha dado lugar la interpretación de esta funesta influencia de la temperatura ambiente, pudiendo resumirse en dos todas las tendencias: unos tratadistas se inclinan a ver en la acción térmica un influjo directo sobre el organismo infantil al que perturbaría en sus cambios nutritivos, y otros, los más, hacen responsable a la infección producida por una exagerada multiplicación de gérmenes y la activación de virulencia por el calor, que, ejerciendo alteraciones en los alimentos, la leche de preferencia, determinan la aparición de los trastornos morbosos.

Una vez sentada y casi confirmada por la experiencia la naturaleza infecciosa de estas afecciones digestivas durante el verano, es lógico pensar que todos aquellos objetos que se pongan en contacto con el tubo digestivo del niño y sean portadores de gérmenes, pueden comunicarle la infección. Un ilustre pediatra español ha hecho la observación de la coincidencia de la aparición de las diarreas estivales con la de grandes plagas de moscas días antes, y a la inversa, su disminución con el aminamiento de estos insectos, mereciendo la satisfacción de que posteriormente varios tratadistas extranjeros hayan confirmado estas observaciones ya catalogadas en la categoría de hechos ciertos. De aquí se deduce uno más de los grandes motivos de guerra implacable que es deber de todos declarar a las moscas.

Tiene la alimentación, pues, grandísima trascendencia, y siendo la leche la base única de ella en los niños de pecho, debemos dar a conocer las circunstancias, medios y reglas que una lactancia debe reunir para precaver la enfermedad, evitando con ello que el niño caiga en las trágicas garras de la



entidad morbosa llamada diarrea estival y su consecuencia más grave, el cólera infantil.

Dos ideas dominan la terapéutica higiénica como condición primordial en su relación profiláctica con el trastorno que estamos comentando: la severa reglamentación horaria de las tomas de leche en ambas lactancias, materna y artificial, y la rígida esterilización, además, de los biberones cuando es esta última la que usa el niño, unido en este caso a la escrupulosa elección del producto leche y su dilución apropiada.

Es sabido que el número de tomas de leche que debe darse normalmente al lactante no debe exceder de seis a ocho durante las veinticuatro horas, con intervalos de dos y media a tres horas por el día, y procurando largas pausas, de cinco a siete horas, durante la noche, puesto que, como mínimo, es indispensable al aparato digestivo infantil dos horas para digerir y asimilar la leche. Un mal entendido sentimentalismo hace que, hiriendo el llanto del niño la finísima sensibilidad de la madre, y no resignándose a oírle llorar, interpreta como hambre lo que casi siempre es resultado de cualquier otra causa o, sencillamente, no tiene causa alguna, y le aplica el pecho o la tetina del biberón apenas los primeros gritos y lágrimas se inician, sin orden ni intervalo alguno, determinando una sobrecarga alimenticia causante de estancaciones primero y fermentaciones después, etapas iniciales de infecciones generalizadas más tarde a todo el tramo digestivo, puesto que sin digerir la tetada anterior, una nueva oleada de leche invade el estómago del niño, exigiéndole un esfuerzo constante que las débiles túnicas musculares y la parquedad de jugos gástricos e intestinales en esta época de la vida le hace incapaces de elaborar.

Si esto sucede normalmente, lógico es comprender lo que sucederá durante los grandes calores, en que las fuerzas digestivas están disminuídas. De aquí que durante los meses de julio y agosto principalmente, será menester observar ciertas precauciones higiénico-dietéticas como medio de precaver el proceso que reseñamos.

En regla general, durante el estío, debe disminuirse la ración alimenticia: si el niño mama, es buena práctica quitarle una mamada en las veinticuatro horas o reducir el número de minutos de cada aplicación al pecho; si la lactancia es artificial, debe, igualmente, distanciarse los biberones e

incluso diluir algo la leche si ya la tomaba pura, o aumentar la dilución si por su edad aún era ésta necesaria, pues es preferible una ligera disminución en el peso, fácil luego de recuperar, a, por un mal entendido afán de ver al niño engordar incesantemente, emplear el sistema de verdadero cebamiento a que la ignorancia de muchas madres acude casi siempre, creyendo que cuanto más mame o más leche tome, más engordará; práctica tan mal entendida que para huir de ella deben las madres tener siempre ante la imaginación el fantasma de la gastroenteritis estival.

Otra advertencia importantísima es la absoluta necesidad de emplear siempre la lactancia natural (de mujer), y es deber de todos hacer una intensa propaganda en este sentido. Toda madre debe criar y ninguna mujer tiene derecho a privar de su leche al hijo, bajo peligro cierto de exponer su salud y muchas veces su vida, a contingencias de suma gravedad. Salvo raras excepciones fundadas en una enfermedad bien manifiesta, principalmente la tuberculosis, no hay mujer incapaz para lactar; esa falsa idea de falta de leche es uno de los muchos prejuicios que es necesario destruir, pues si por cualquier motivo, al establecerse la secreción láctea, fuese ésta escasa o aparentemente poco rica en principios nutritivos, la repetida excitación producida por la succión del niño, es, generalmente, suficiente para que al cabo de pocos días quede dicha función normalizada y en condiciones de cumplir a la perfección su misión, viéndose cómo mujeres que parecían poco aptas para amamantar, al término de una temporada ven premiada su constancia con la crianza de niños robustos, sanos, fuertes, premio inapreciable de su noble misión de madre.

La más escrupulosa asepsia del medio en unión de la pureza de la leche, es otra de las condiciones imprescindibles para evitar los trastornos digestivos de los niños, refiriéndonos ahora a los que por fatal circunstancia tienen que acudir a la lactancia artificial. Aun estando seguros de la pureza absoluta de la leche que ha de darse al niño, debe ser, inmediatamente que llegue a casa, sometida a la ebullición, bastando para asegurar su conservación una ebullición de cinco minutos o sostenerla durante una hora a 70° c. Muchos y muy complicados aparatos ha ideado la industria para esterilizar la leche, pero por lo complicados, costosos y más propios para grandes establecimientos que para las



necesidades corrientes de una casa, es inútil insistir en su uso. Basta, repetimos, su esterilización hirviéndola y conservándola en recipientes perfectamente estériles; desde luego es preciso insistir que no se consigue nada con la más completa boudad y esterilización de la leche si luego no se hace lo mismo con el recipiente en que ha de darse al niño, biberón o aún mejor vaso, que a cada toma debe hervirse y mantenerse siempre con las mayores garantías de esterilización.

Una creencia muy difundida es que siempre debe tomar el niño leche de una misma vaca, cosa, si aceptable cuando la posición social del sujeto permite tener un animal de su propiedad con todo género de garantías en su sanidad, totalmente equivocada tratándose de leche proporcionada por establecimientos comerciales, pues salvo los casos de una certeza absoluta en el expendedor y su buena fe, cosa bastante difícil en la práctica, se corre el riesgo de que si la vaca se halla enferma, la leche que se da al niño contiene una cantidad enorme de gérmenes y toxinas. Claro que parece muy fácil pensar que estando enferma una vaca, no debe venderse leche de ella; pero como desgraciadamente esta moralidad industrial es muchas veces una quimera pretenderla, preferible es tomar leche de distintas vacas, pues de esta forma, si hay alguna enferma (no va a darse la fatalidad de que todas lo estén), su leche se diluye con la de las demás sanas y disminuye el riesgo.

Tales son, en líneas generales y muy sencillas, los rudimentarios conocimientos precisos para evitar, durante los meses de estío, las gastroenteritis de los niños de pecho; ellos, unidos a otras medidas higiénicas, como preservar al niño, siempre que sea factible, de las altas temperaturas, una higiene severa de la habitación y la destrucción de las moscas por todos los medios, pueden contribuir a que el niño lactante pase el Rubicón de los calores, estación que si para las demás épocas de la vida significa alegría, resurgimiento de energías y vitalidad, ansias de vivir después de los rigores invernales, es para el pobre niño, por rara paradoja, senda de peligros y amarguras, como si cada haz de rayos esplendorosos de ese sol, que es un himno triunfal de vida, tuviese para ellos el brillo angustiosamente cegador de una espada de Damocles suspendida sobre las tiernas cabezas infantiles.

DOCTOR PEDRO GALARRETA.

## LA CONFIANZA

ES SINÓNIMO DE

## SEGURIDAD

\*\*\*

TENDRÉIS SEGURIDAD DE ADQUIRIR UN EXCELENTE MOBILIARIO  
COMPRÁNDOLO EN

## LA CONFIANZA

DE

ENRIQUE GUTIÉRREZ

Valverde, 5.-Teléfono 10948

MADRID

\*\*\*

EL MEJOR SURTIDO DENTRO  
DEL GUSTO MÁS ACABADO

\*\*\*

PEDID PRESUPUESTOS Y DAD  
A T L Á N T I C O  
= COMO REFERENCIA =

\*\*\*

¡Es una recomendación!



# B i b l i o g r a f í a

ESPAÑA DESDE FUERA

## ELLOS..., NOSOTROS..., LOS DEMÁS

*Ellos*: siempre son los mismos. Cuestión de turismo literario, de turismo mal entendido o de haber recibido las instrucciones de un guía inexperto, inexacto, malo. Siempre son los mismos. En este caso —dos pasos al frente de entre las filas— Jean Cassou y, por otra parte, en la misma parte, Francis Carco. Es triste —sobre todo, para uno de ellos debe serlo— igualarlos, confundirlos en un determinado grupo; pero así debe ser y así es. Ellos, por analogía de espíritus, al observar panoramas distintos, lo han querido. La labor de catalogación se le da hecha al que comenta al llegar a la actual circunstancia. Los personajes han escogido sus casilleros. Voluntariamente. Nada más. ¿Qué pueden extrañarle a nadie las palabras de uno? Jean Cassou ha intentado cantar a los espíritus modernos de España, cantarlos, arrullarlos y, después, tocarlos con una vara mágica que los habría de convertir en soldados de plomo, por orden de edades y categorías. Todo inspirado en el convencionalismo y en el escaso conocimiento de la literatura contemporánea española que tiene, que manifiesta tener por sí mismo, no porque otros lo digan, el crítico francés. Enumeración e impresiones, tópicos es lo que nos ha presentado en su libro Jean Cassou. Sin embargo, se deberían esperar clasificaciones de carácter más personal y una mayor decisión en sus juicios; pero esa mayor decisión ha de decirse, no se puede dar sino mediante un conocimiento pleno, auténtico de la literatura que trata de crítica. No lo tiene. El mismo lo demuestra, y sólo queda el repetirlo. *Litterature espagnole contemporaine* (Kra., Paris), no cumple con exactitud el cometido de dar a conocer al otro lado de las fronteras de España los verdaderos valores jóvenes que en ella se dan en el campo literario. Es un libro con olor a referencias poco seguras, poco acertadas y certeras; con olor a itinerario trazado muy previamente, y con sonido de reloj de repetición.

Es una pena, una verdadera pena; pero acaso a estos hispansitas se les deba hacer el presente de una mayor sinceridad, aun mayor que a los de dentro de casa. Recuérdense las *Armonías vienesas*. Era muy fino aquello; de tan fino, se quebraba en las manos. Ahora *Literatura española contemporánea* se quiebra por imprecisión. Tal vez deba asignárseles un poco de culpa a los amigos que aquí tiene Cassou, por no haberle advertido que el salto no carecía de dificultades. Pero la amistad..., el ser luego citados en las revistas de Francia...

\* \* \*

El caso de Francis Carco es otro. Yo conocí a Carco en Pombo. Ramón (Gómez de la Serna) le daba una pronunciación muy graciosa a su apellido. En aquella pronunciación estaba toda la vitalidad pombiana de ese día; mejor, de la noche del sábado ése. La cripta del típico café venía ya emperzándose de bastante tiempo atrás. Los habituales, retrasados, llegaban muchas veces después de las dos, sólo para hacer un saludo a los cierres. Carco estaba empeñado en adquirir un conocimiento experimental de los bajos fondos madrileños, de unos bajos fondos que tal vez él traía soñados y previamente ajustados a su libro. Acaso se tratase de una labor de confrontación. Explicó lo que quería. Seguramente que estando tan cerca —dos pasos, y Francia—, venía fiado en los *films* norteamericanos acerca de los españoles. ¡Daba un poco de lástima Francis Carco! Alguien salió con él a la excursión nocturna. Había que inventarlo todo; por lo menos, todo el ambiente que el escritor necesitaba para su libro *Le Printemps en Espagne*. Aquí —en Madrid— había lo vulgar, pero no lo desorbitado, lo apachinesco, de lo que, al parecer, es Carco gran investigador (algo así como el estudioso de bibliotecas y archivos). Era necesario partir



hacia Barcelona, para allí buscar y obtener un mayor acopio de material. Pero Barcelona —en ese sentido— es como Marsella; bueno, no tanto; y como casi todos los puertos importantes, con la mayor viveza de tonalidades que los del Mediterráneo presentan. Es, pues, lógico que Carco encontrase el ambiente. ¿Pero un ambiente insospechable, nunca visto, algo verdaderamente excepcional dentro del medio, la categoría y la situación apuntados? Yo creo que no. Total: residuos de un puerto. Ya se sabe.

\* \* \*

Muchos articulistas españoles han combatido, después de su libro, y por él, a Francis Carco. Muchos, y acaso con un exceso de nacionalismo, de celo rabioso por nuestro buen nombre. Un escritor cubano radicado en España le ha defendido, sin embargo. El escritor francés ha sido en este caso un observador convertido por las circunstancias en inventor: que todo escritor sea un buen inventor es lo que se requiere, y, al mismo tiempo, lo más difícil y estimable; pero que todo escritor sea, cuando se propone reflejar solamente, un inventor, representa un poco, o un mucho, de fracaso. Reflejar con medios de expresión inventados es magnífico, si el propósito fué, como se ha dicho, reflejar; inventar con medios y procedimientos de expresión vulgares resulta bastante triste y, sobre todo, bastante pobre. Pobre de literatura y espíritu. Carco se vió obligado a inventar. Por otra parte, él permaneció muy poco tiempo en España: muy insuficiente para darse cuenta. Andalucía, Valencia, etc., a vista de pájaro, y el resto, puede ser que ni a esa vista siquiera. ¿Qué se podía escribir? A mí me parece que no se le debe atacar con el celo que lo han hecho la mayoría de los articulistas. Tiene disculpa, aunque tanto como defensa no creo que tenga. Lo único, sí, que habrá que decir es que lo pintado por Carco a lo largo de todas sus obras se halla, más o menos, en muchas de las ciudades, de las grandes ciudades de las principales naciones del mundo, excepto el color de España: tan falso en la visión de que se trata, que nadie lo va a admitir como auténtico. No hay, pues, que tomarle tan a mal su último libro, y únicamente, para uso del

posible lector, habría que hacerle unas notas marginales.

En cierta ocasión yo escribí una noticia crítica elogiosa acerca de la obra de Carco *De Montmartre au Quartier Latin*. Allí el escritor francés, buen conocedor del asunto y las figuras que trataba, había logrado reflejar. Hoy solamente hay que decirle que el invento se le ha malogrado.

Y respecto a Cassou, tan fino, tan verdaderamente fino —excesivo a veces, también se ha dicho— en sus ensayos habituales, apercibirle de que serían convenientes para sus ensayos de literatura española una más exacta información y una mayor claridad de fondo en sus conceptos críticos y en sus enumeraciones. Una vez adquiridos estos elementos, M. Cassou, el inteligente —de esto no hay duda— y excelente escritor M. Cassou, lograría de lleno sus loables propósitos de hispanista.

MIGUEL PÉREZ FERRERO.

### ¿Sabe usted lo que es el comunismo?

¿Sabe usted cómo influencia el comunismo la gestación del nuevo orden social?

¿Sabe usted cuáles son los factores universales que paralizan o retrasan la vuelta al equilibrio económico y político de España?

¿Sabe usted lo que es el Estado?

¿Cuál es el problema político más moderno y de más urgente resolución en España y fuera de ella?

Antes de contestar, lea

**LA ANTORCHA RUSA**

por Andrés Morera. Pídalo en todas las librerías.  
Cinco pesetas ejemplar.

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

Director de la Real Academia Española.

**LA ESPAÑA DEL CID**

Dibujos de Pedro Muguruza.

(DOS VOLUMENES EN CUARTO MAYOR)

En todas las librerías y en la EDITORIAL  
PLUTARCO, S. A. Bárbara de Braganza, 3.

MADRID



## N O T A S B I B L I O G R Á F I C A S

Gertrudis Gómez de Avellaneda, por Domingo Figarola-Caneda.

Biografía, iconografía y bibliografía, memorias, muchas cartas inéditas o publicadas, escritas por la gran poetisa o dirigidas a ella.

Interesantísima documentación reunida por Domingo Figarola-Caneda, que en vida fué fundador y director de la Biblioteca Nacional de Cuba.

Nadie como Figarola-Caneda, compatriota de la insigne Avellaneda, podía, con mayor erudición y cariño, llevar a cabo una labor meritisima, en la que su figura brilla cada vez con mayor esplendor.

Este libro ha sido publicado bajo la dirección de doña Emilia Boxhorn, viuda de Figarola-Caneda.

La presentación es lujosísima, avalorada con doce magníficas láminas, una de las cuales—la de la portada—a tres colores.

\* \* \*

La oración de la tarde, por G. González Anaya.

Digna de leerse es esta novela, de ambiente granadino. Si otro autor, también de gran prestigio, no hubiese dado a una de las producciones de su talento literario el título de *Los cármenes de Granada*, González Anaya lo hubiera, sin duda, aplicado a esta obra, que se desarrolla en la ciudad de esos cármenes y de poéticas leyendas.

Toda *La oración de la tarde* transcurre en una acción contemporánea, llena de extraordinario interés, empapada en fino humorismo, a ratos patética y grave, y en general alegre, luminosa, optimista y cromática, modelo de gracia y color. El final tiene el dulce encanto de las cosas que se desean, y produce en el alma de los lectores la más agradable impresión.

En estas circunstancias plantéase el argumento de la obra, si así cabe llamársele, pues la pluma de González Anaya no necesita de argumento para escribir y embelesar al lector con las mágicas evocaciones de una prosa castiza y transparente como la luz de los jardines que nos describe, firme y cincelada como la arquitectura de la más bella catedral.

Sobre el fondo de ensueño de los cármenes de Granada, se evocan figuras inmortales del arte español, en cuyo seno han nacido las más bellas armonías de sus composiciones y han encontrado los más sugestivos tonos de su paleta. Fortun, Albéniz, Falla desfilan por la obra con pintorescas anécdotas de su vida granadina.

Esta novela, admirablemente escrita, de irreprochable pulcritud, está obteniendo un éxito muy merecido.

\* \* \*

El tribunal de justicia, por Edgar Wallace.

Eduardo Hielman, desconocido en España antes de que publicara la versión española de una novela de

Hudson, *La tierra purpúrea*, labor que Gómez de Baquero elogió, ha traducido ahora esta novela de Edgar Wallace, tan popular en Inglaterra.

Este autor es demasiado conocido, para que intentemos aquí criticar su labor. Bástenos, pues, reproducir unas líneas del escritor Arnold Bennet, cuyos conceptos podríamos suscribir:

"... Es más pintoresco que la lady Asquith y que la mayor parte de los novelistas. El número de episodios por página es prodigioso, y por capítulo, incalculable. Lo que más merece mi apreciación en Wallace es que siempre va al grano y que no hay relleno en sus obras."

\* \* \*

El amor encadenado, por Concordia Merrel.

Concordia Merrel, la insigne escritora que ha llegado a ser una de las autoras favoritas de los lectores de habla hispana, gracias a sus novelas *Una mujer valerosa*, *El crisol del matrimonio*, y tantas otras, nos da en *El amor encadenado* una nueva prueba de su positivo valer.

*El amor encadenado* es una trama interesante, emotiva, original; nos lleva hasta el desenlace, que no deja de ser una sorpresa para el lector, pues Concordia Merrel sabe mantener vivo el interés hasta la última página.

\* \* \*

La taquígrafa, por Berta Ruck.

Novela formada por una serie de desconcertantes sorpresas, *quid pro quos* e incidencias, en que se ve envuelta una joven, a causa de su bien intencionada superchería, hasta el punto de encontrarse heredera de una posesión magnífica, perteneciente en realidad a un novio imaginado..., y que no es con quien ella se casa, después de puestas en claro todas las cosas, pues tiene ya, desde los comienzos de la novela, su *elegido* secretamente, que también en secreto ama a la protagonista.

Las encantadoras peculiaridades novelísticas de Berta Ruck adquieren un acentuado relieve en esta obra, que es de las que no se dejan de la mano hasta leer la última línea.

\* \* \*

El solitario, por Peter B. Kyne.

Con un estilo sobrio y personalísimo, en el que se transparentan todas las líneas y matices del paisaje australiano y las más sutiles vibraciones de un alma femenina, víctima del ambiente de un país diametralmente opuesto a aquel en que se ha desarrollado su vida, el autor pone de manifiesto la influencia malsana y destructora de un ardiente clima tropical en el exquisito temperamento de una mujer joven procedente de un núcleo distinguido de la sociedad londinense.



Kyne, en esta novela, deleita y satisface al lector cumplidamente.

\*\*\*

*Las desairadas*, por Temple Bailey.

Temple Bailey domina como pocos autores el arte de novelar, por lo cual tiene en Norteamérica un numeroso y adicto público que sigue con verdadera delectación su obra, rica en matices de ternura, en interés y, sobre todo, en amenidad, en gracia y travesura narrativas.

Todas estas deliciosas características de Temple Bailey resaltan con acentuado vigor en *Las desairadas*, haciendo de esta novela algo difícilmente olvidable.

\*\*\*

*Tigre*, por Zane Grey.

Es sencillamente magistral el arte de Zane Grey en la interpretación de las complejas pasiones que agitan el alma de los inadaptados de la selva, admirable en su tendencia, en todas sus creaciones, a la exaltación del hombre como consecuencia de su contacto directo con los elementos de la naturaleza primitiva, en la descripción del paisaje, que ofrece la visión exacta y sentida de los grandes panoramas del desierto americano, y, sobre todo, en la pintura del alma de una mujer que en un arranque de femenil heroísmo compromete su honra y su vida por interponerse entre la fiera y el desdichado perseguido.

*Tigre*, con las otras dos novelas, no menos interesantes, que integran el libro, forman un bello tríptico que caracteriza la robusta personalidad literaria de nuestro novelista.

\*\*\*

*Nido de hidalgos*, por I. Turgueneff.

En esta preciosa historia de un doloroso amor presenta Turgueneff, el famoso novelista ruso, un caso singular: la "sagrada e inextinguible llama" prende

en los corazones de una muchacha soltera y de un hombre casado que casi le dobla la edad, si bien éste hállese separado de su mujer y se cree viudo en determinado momento. Este amor imposible y fatal labra, naturalmente, la desdicha terrena de los dos enamorados.

Es notable en esta obra el reflejo del ambiente provinciano ruso de mediados del pasado siglo, así como el firme trazado humano de los personajes.

\*\*\*

*El calvario de Paula*, por M. Harcoët.

Las obras de María de Harcoët, la interesante novelista francesa, son una literatura elevada, que estimula al bien, entretiene y emociona.

No hay en sus novelas personajes malos, es decir, malos esenciales, contumaces y absolutos, engendros diabólicos destinados única y exclusivamente a sembrar el dolor en la Tierra. Hay, sí personajes que causan daño, pero circunstancialmente (aunque a veces el efecto de su daño sea duradero e irremediable), por un estado de pasión que les induce a la injusticia, fuente de todo mal. Desaparecido tal estado, son buenos y reconocen y aun expían su culpa.

*El calvario de Paula* ha de ser muy leído.

30 céntimos

LA NOVELA DE LUJO

30 céntimos

Los sábados:

RIVERITA, de Palacio Valdés, con ilustraciones de F. Marco. Doce cuadernos.

Los jueves:

EL MUERTO VIVO, de Stevenson, con ilustraciones de L. Dubón. Ocho cuadernos.

COMISIÓN

Toda clase de artículos para tapizado de muebles y automóviles.

Único agente de los muelles de Lyon marca

COMETA

Salvador G. Ripoll

MARQUÉS DE LEGANÉS, 5.-TELÉFONO 33271

MADRID



HEMEROTECA MUNICIPAL

MADRID



A los 10.000 primeros suscriptores de ATLÁNTICO se les regalan 10 pesetas en libros, a elegir entre los que figuran en las listas que hoy empezamos a publicar

Pesetas.		Pesetas.	
ALOMAR (GABRIEL):		BARBUSSE:	
La formación de sí mismo..... 4		Algunos secretos del corazón..... 5	
Verba ..... 4			
ALVAREZ QUINTERO (S. y J.):		BELDA (JOAQUÍN):	
Los leales ..... 3,50		Memorias de un suicida..... 5	
ANDREIEF (LEÓNIDAS):		BENAVENTE (JACINTO):	
Hacia las estrellas..... 2,50		Los niños..... 2	
AZORÍN:		BENAVIDES (M. D.):	
Antonio Azorín..... 4		Lamentación (Premio Puyo de Literatura)... 4	
España ..... 4			
Fantasías y devaneos..... 4		BLANCO FOMBONA (RUFINO):	
Al margen de los clásicos..... 4		Cancionero del amor infeliz..... 2,50	
El licenciado Vidriera..... 4		Pequeña ópera lírica..... 3,50	
Un pueblecito ..... 4		El hombre de hierro..... 3,50	
Rivas y Larra..... 4		El hombre de oro..... 3,50	
París bombardeado y Madrid sentimental... 4			
Los dos Luises y otros ensayos..... 4		CABALLERO AUDAZ (EL):	
Antonio Azorín ..... 1		Lo que sé por mí (Confesiones del siglo):	
Los valores literarios..... 3,50		Primera serie..... 5	
Rivas y Larra (Razón social del romanticismo en España) ..... 3,50		Segunda serie..... 5	
El licenciado Vidriera (Ed. Residencia de Estudiantes) ..... 3		Tercera serie..... 5	
Un pueblecito ..... 3		Cuarta serie..... 5	
Idem (encuadrado) ..... 4			
El político ..... 4		CAMBA (FRANCISCO):	
Un discurso de La Cierva..... 3		El amigo Chirel..... 3,50	
Entre España y Francia..... 4			
Parlamentarismo español ..... 4		CARRERE (EMILIO):	
		El caballero de la muerte..... 4	
BALZAC (HONORATO DE):			
Petrilla ..... 5		D'AUREVILLY (BARBEY):	
Tratado de la vida elegante..... 3,50		Las diabólicas..... 4	
BAMBILLE (TEODORO):		DÍEZ CANEDO (ENRIQUE):	
Muñecas ..... 4		Conversaciones literarias..... 4,45	
BAROJA (Pío):			
Divagaciones sobre la cultura..... 2		D'ORS (EUGENIO):	
Juventud, egolatría..... 4,50		El nuevo glosario:	
Zalacain el aventurero (con ilustraciones)... 6		El viento en Castilla..... 5	
Las inquietudes de Shanti Andía (con ilustraciones) ..... 10		Hambre y sed de verdad..... 5	
La isabelina ..... 4		DOSTOIEVSKY (FEDOR):	
La leyenda de Juan Alzate..... 5		Tragedias oscuras..... 3,80	
El aprendiz de conspirador..... 3,50			
BAROJA (RICARDO):		FRANCÉS (JOSÉ):	
Fernanda ..... 3,50		Cuentos del mar y de la tierra..... 4	
Fiebre de amor..... 4		La ruta del sol..... 4,50	
		Miedo ..... 5	
		Sortilegio ..... 4,50	

Pesetas.		Pesetas.	
Como los pájares de bronce..... 4		MARTÍNEZ SIERRA:	
La guarida..... 3		Navidad ..... 3,50	
El misterio del Kursaal..... 3,50			
La raíz flotante..... 5		ORCZY (BARONESA DE):	
La estatua de carne..... 2		Un conde del siglo XVIII..... 4	
		La desposada de las llanuras..... 4	
GARCÍA SANCHIZ (FEDERICO):			
Cosmopolita ..... 4		ORTEGA Y GASSET:	
		Personas, obras y cosas..... 6	
GÓMEZ CARRILLO (ENRIQUE):		España invertebrada..... 5	
Vida errante..... 4,50			
Tres novelas inmorales..... 4,50		PÉREZ GALDÓS:	
Flores de penitencia..... 4,50		Arte y crítica..... 4	
Literaturas exóticas..... 4,50			
El despertar del alma (Treinta años de mi vida). Libro I ..... 4,50		RUBÉN DARÍO:	
La Grecia eterna..... 4,50		Tierras solares ..... 4	
En plena bohemia (Treinta años de mi vida). Libro II ..... 4,50		Parisiense ..... 4	
Campos de batalla..... 4,50		Los raros..... 4	
Tercer libro de las crónicas..... 4,50		Letras ..... 4	
El encanto de Buenos Aires..... 4,50		Canto a la Argentina..... 4	
El cuarto libro de las crónicas..... 4,50		Opiniones ..... 4	
Safo, Friné y otras seductoras..... 4,50		Peregrinaciones ..... 4	
Tierras mártires..... 3		Prosas políticas..... 4	
Desfile de visiones..... 1,50		Cuentos y crónicas..... 4	
		Autobiografía ..... 4	
HERNÁNDEZ CATÁ (A.):		Viaje a Nicaragua e historia de mis libros... 4	
La muerte nueva..... 5		Todo al vuelo..... 4	
Una mala mujer..... 5		España contemporánea..... 4	
El placer de sufrir..... 5		Prosa dispersa..... 4	
Cuentos pasionales..... 3		Cabezas ..... 4	
La juventud de Aurelio Zaldivar..... 3,50			
Los siete pecados..... 4		SALAVERRÍA (JOSÉ M.):	
La casa de las fieras..... 5		Páginas novelescas..... 4	
		Muchacho español..... 4	
Ideario Español. (GANIVET.) ..... 5		Los conquistadores..... 3,50	
" " (LARRA.) ..... 5		En la vorágine..... 3,50	
" " (COSTA.) ..... 5			
INSÚA (ALBERTO):		STENDAL:	
Don Quijote en los Alpes..... 5		Roma, Nápoles, Florencia (3 tomos)..... 11,50	
El peligro..... 3,50		Un oficial enamorado (2 tomos)..... 5	
El alma y el cuerpo de Don Juan..... 5			
Los hombres: Mary los perdona..... 5		VALLE INCLÁN:	
		Divinas palabras..... 6	
LEÓN TOLSTOY:		La guerra carlista (Los cruzados de la causa). 5	
Jadsi murat..... 4		La guerra carlista (El resplandor de la hoguera) 5	
		Romance de lobos..... 5	
MACHADO (ANTONIO):		La lámpara maravillosa..... 5	
Poesías completas..... 4		Jardín umbrío..... 5	
		Aguila de blasón..... 5	
		Corte de amor..... 5	
		Farsa y licencia de la reina castiza..... 4	
		Farsa de la enamorada del rey..... 3,50	



# Libros del mes

## I.—Agricultura. Tecnología. Veterinaria.

**BRAVO CARBONEL. (J.):** *Territorios españoles del Golfo de Guinea*, con un prólogo de Pittaluga.—Un volumen de 216 páginas en 8.º, 6 pesetas. Madrid.

**POCH NOGER. (J.):** *Industrias químico-agrícolas*. Un volumen de 250 páginas, encuadernado en tela, 5 pesetas. Madrid.

## II.—Arte.

**BALLESTEROS DE MARTOS:** *Galería de maestros españoles*. Ensayos de arte sobre Berruguete, Morales "el Divino", El Greco, Martínez Montañés, Ribera, Velázquez, Zurbarán, Murillo y otros. Un volumen de 138 páginas de texto en 8.º, 5 pesetas. Edición especial, 10 pesetas. Barcelona.

**F. S. MEYER:** *Manual de Ornamentación*, ordenado sistemáticamente para uso de dibujantes, arquitectos, Escuelas de Artes y Oficios y para los amantes del arte.—Versión de la 11.ª edición alemana, por E. de Escalante. Un volumen de 722 páginas, de 24 X 15 cm., con 370 láminas. Barcelona, 1929. 26 pesetas; en tela, 30 pesetas.

## IV.—Construcción.

**CARLOS ESSELBORN:** *Tratado general de Construcción*. Construcción de Edificios.—Tomo II. Escrito con la colaboración del profesor José Durm y del arquitecto Rodolfo Durm. Versión de la 8.ª edición alemana por Manuel Compay, ingeniero militar. Un volumen de 788 páginas, de 27 X 19 cm., con 645 grabados. 58 pesetas; en tela, 64 pesetas. Barcelona.

## VI.—Filosofía. Religión. Ciencias psíquicas.

**BESSIERES. (S. J. A.):** *El evangelio del jefe*.—Traducción por el Rdo. P. Fernando Vives del Solar, de la C. J. Un volumen de 219 páginas en 8.º, en tela, 4,50 pesetas. Con licencia eclesiástica.

**MARIN NEGUERUELA. (NICOLAS),** presbítero, profesor de Teología y Apologética: *¿Por qué soy católico? o Apologética elemental*.—Un volumen de 192 páginas en 8.º, en cartón, 4,50 pesetas. Barcelona.

**MEREJKOUSKY. (DEMITRY):** *Los misterios del Oriente*.—Biblioteca Filosófica. Un volumen de 317 páginas en 8.º, 6 pesetas. Madrid.

**ROBERTSON ADAM W. UNIR CALNOTA:** *Domínio y cultura de la voluntad*. Ocultismo oriental, Hipnotismo, Sugestión, Autosugestión.—Un volumen de 128 páginas en 8.º, 3 pesetas. Barcelona.

**Sanatana Dharma.** Libro de texto adelantado de Religión y Ética indias. Traducido por Rafael de Alvear y Ricardo H. Alfonso. Un volumen de 283 páginas en 8.º, 6 pesetas. Madrid.

**WAHL. (JUAN):** *Estudios sobre el "Parménides de Platón"*.—Traducción de J. M. Q. Un volumen de 261 páginas en 8.º, 6 pesetas. Madrid.

## VII.—Historia. Geografía. Biografía. Viajes.

**AZAROLA:** *Crónica del linaje*.—Un volumen con 240 páginas en 4.º, ilustrado con profusión de fotografías, grabados y autógrafos; siete tablas genealógicas y un índice de todas las personas mencionadas en la obra, 25 pesetas. Madrid.

**BAEZA. (JOSE):** *Pedro Calderón de la Barca*. Su vida y sus más famosos autos sacramentales explicados a la juventud.—Con licencia eclesiástica. Un volumen de 173 páginas en 8.º menor, en tela, 3 pesetas. Barcelona.

**BUIL, S. J. (P. NICOLAS M.):** *Santa Teresita de Niño Jesús*. Breve noticia de su vida, virtudes y de su rápida glorificación en la Tierra.—Un volumen de 64 páginas en 8.º, 0,75 pesetas. Barcelona.

**CLAVEL. (VICENTE):** *Historia de España*. Documentado resumen de todas las ramas del saber humano.—Un volumen de 64 páginas en 4.º, 1,25 pesetas. Barcelona.

**DUNCAN. (ISIDORA):** *Mi vida*.—Traducida del inglés por Luis Calvo. Un volumen de 366 páginas en 8.º, 6 pesetas. Madrid.

**FIGAROLA-CANEDA. (DOMINGO):** *Gertrudis Gómez de Avellaneda*. Biografía, bibliografía e iconografía, incluyendo muchas cartas, inéditas o publicadas, escritas por la gran poetisa o dirigidas a ella, y sus memorias.—Notas ordenadas y publicadas por doña Emilia Boxhorn. Un volumen en 4.º, 12 pesetas. Madrid.

**GARCIA SANCHIZ. (FEDERICO):** *El viaje a España* (Andalucía y Extremadura). Libro para todos, y especialmente para viajeros y lectores hispanoamericanos.—Un volumen de 340 páginas, en 8.º, en tela, 6 pesetas. Madrid.

**GASNET. (MARIE):** *Santa Juana de Arco* (Los grandes corazones). Traducido por Boris Bureba. Un volumen, 283 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

**Guía Michelin.** España y Portugal. Un volumen de 766 págs., en 8.º, tela, 10 ptas. Madrid.

**MELIÁ. (JUAN A.):** *Leyendas y evocaciones de la serranía*. Un volumen, 219 págs., en 8.º; varias ilustraciones de Domingo López. Cuatro ptas. Madrid.

**MENENDEZ PIDAL. (RAMON):** *La España del Cid*. Un volumen, 450 págs., en 4.º, 25 ptas. Madrid.

**ORTÍ BELMONTE. (VICENTE),** profesor de Concepto e Historia de las Artes: *Guía Artística de Córdoba*, en español, inglés y francés. Un volumen de 70 págs., en 8.º, 2,25 ptas. Córdoba.

**Novísima Guía Rex.** Sevilla. (Reseña turística por ferrocarril y carreteras, con toda España, en español, francés e inglés.) Un volumen, 192 págs., en octavo menor. Un plano de la Exposición y uno de Sevilla, con fotografías. 3,50 ptas. Madrid.

**RUBIO Y MORENO. (LUIS):** *Inventario general de Registros cedulares del Archivo general de Indias de Sevilla*. Documentos inéditos para la historia de Hispanoamérica, volumen V. Un volumen, 451 páginas, en 4.º, 25 ptas. Madrid.

**SAVAROLA. (LUIS DE):** *San Francisco de Asís*.



Autógrafo del Santo. Un volumen, 608 págs., en 4.º, 18 petas. Madrid.

SUAREZ (JOSE LEON): *A propósito de la Exposición Iberoamericana de Sevilla*. Un volumen, 96 páginas, en 8.º, 2,50 ptas.

TELLO JIMENEZ (JOAQUIN): *Monasterio de Santa María del Parral*, con 70 fotografías y un aguafuerte de Espinas Gisber. Un volumen, 90 páginas, en 4.º, 7 ptas. Madrid.

VILLA URRUTIA (MARQUES DE): *El general Serrano, duque de la Torre*.—La guerra civil. Las dos regencias, Isabel II, conspiraciones, la revolución, Amadeo I, etc., con un retrato. Un volumen en 4.º, 5 ptas.

#### VIII.—Literatura. (Novela, Poesía, Prosa, Teatro.)

ACOSTA (JOSE MARIA DE): *El morbo* (novela). Un volumen, 297 págs., en 8.º, 5 ptas.

ALBERTO IRAGORRI (T.): *La transfiguración, imaginaciones y desvarios*. Segundo premio del Concurso Literario municipal de Buenos Aires. Un volumen, 110 págs., en 8.º, 4 ptas.

ALVAREZ QUINTERO (SERAFIN y JOAQUIN): *Teatro completo*. Tomo XXX. Comedias y dramas.—Contiene: "Canciones", "Pepita y Don Juan", "La boda de Quinita Flores", "El último papel".—Un volumen, 326 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

*Teatro completo*. Tomo XXXI. Comedias y dramas. Contiene: "Las de Abel", "Los grandes hombres, o el monumento a Cervantes", "Barro pecador".—Un volumen, 306 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

ANDRENIO (E. GOMEZ DE BAQUERO): *Guñol*.—Un volumen, 181 págs., en 8.º, 5 ptas.

*Poesías completas de Federico Balart*, en dos tomos. "Dolores". Un volumen, 248 págs. de 20 X 14 centímetros, cubierta en color, con decoración y tipografía, 5 ptas.

*Poesías completas de Federico Balart*, en dos tomos. "Horizontes".—Un volumen de 268 págs., de 20 X 14 cm., cubierta en color con decoración y tipografía románticas, 5 ptas.

BERSONOW (JOURI) (Antiguo Cap. de Cab. de la): *Mis veintiséis prisiones y mi evasión de Saborki, división caucásica llamada "La salvaje"*. Traducida por E. Barriobero y Herrán. Un volumen, 338 páginas, en 8.º, 5 ptas. Madrid.

BOLIVAR SEVILLA (CARLOS): *Don Quijote en la gloria*. Cuento fantástico. Un volumen, 160 páginas, en 8.º, 3 ptas. Ambato (Ecuador).

BORDEAUX (HENRY), de la Avoal. Francesa: *Andrómeda y el monstruo*, traducida por Boris Bureba, aprobada por el autor. Un volumen, 275 páginas, en 8.º, 5 ptas. Madrid.

EL CABALLERO AUDAZ: *El angel de la traición* (novela). Un volumen, 328 págs., en 8.º, 5 ptas.

CAMBA (FRANCISCO): *Una morena y una rubia* (novela).—Un volumen, 319 págs., en 8.º, 5 ptas.

CARO (JOSE MARIA): *Todos y el personaje* (novela). Ornamentada por Mateu. Un volumen, 270 páginas, en 8.º, 6 ptas. Madrid.

CASTILLO CASCALES (ALFREDO DEL): *Noc-*

*turnales* (poema). Un volumen, 120 págs., en 8.º, 2 petas. Granada.

CHAVES NOGALES (MANUEL): *La vuelta a Europa en avión*. Un pequeño burgués en la Rusia Roja. Un volumen, 368 págs., en 8.º, 5 ptas.

DEKOBRA: *Media noche...*, *plaza Pigalle*. Traducción de La Rica (Antonio), 2.ª ed. Un volumen de 218 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

DOMENCHINA (JUAN JOSE): *La túnica de Neso* (novela).—Un volumen, 349 págs., en 8.º, con un retrato del autor, 5 ptas. Madrid.

DREGEY (GABRIEL): *El nacido de la señorita*. Comedia húngara en tres actos. Traducción de Víctor Gabirondo. Un volumen, 70 págs., en 8.º, 0,50 petas. Madrid.

ESPIÑA (CONCHA): *El príncipe del cantar* (novelas y cuentos), con el retrato de la autora en la cubierta. Un volumen, 215 págs., en 8.º, 5 ptas. Toulouse.

FERNANDA (JOSEFINA): *¡Nunca es tarde...* (novela).—Un volumen, 82 págs. en 8.º, cartón cromó, 1,50 ptas. Barcelona.

FERNANDEZ FLORES (W.): *Volvoreta*. Un volumen, 159 págs., en 8.º El libro para todos. Pesetas 1,50. Madrid.

*El ladrón de glándulas*, tomo III. Un volumen, 174 págs., en 8.º, 2 ptas. Madrid.

GANDIA (ENRIQUE DE): *La ilusión errante*. Un volumen, 207 págs., en 8.º, 4 ptas. Madrid.

GALLEGOS (ROMULO): *Doña Bárbara* (novela). Un volumen, 351 págs., en 8.º, 5 ptas. Barcelona.

GONZALEZ ANAYA (S.): *La oración de la tarde* (novela de costumbres granadinas). Un volumen, 361 págs., en 8.º, 5 ptas. Barcelona.

GUILMAIN (ANDRES): *La señorita que bordaba el charleston*. Un volumen, 218 págs., en 8.º, 5 petas. Madrid.

*Las sirenas de la pasión y de la gloria*. Un volumen, 220 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

ISAAC F. MAC: *La isla de los desengaños* (aventuras). Un volumen, 158 págs., en 8.º, 1 pta. Madrid.

KISTEMACHERS (E.): *El señor Dupont, chófer* (novela cómica de automovilismo). Traducción de García Mercadal. Un volumen, 206 págs., en 8.º, 3 petas. Madrid.

LEON (RICARDO): *Las niñas de mis ojos*. Volumen VI. Un volumen, 262 págs., en 8.º, 3,50 petas. Madrid.

LOZANO Y ARROYO: *Las cariñosas* (historieta en siete cuadros, música de Alonso y Belda). Un volumen, 78 págs., en 8.º mayor, 0,60 ptas. Madrid.

LUERMO (JOSE MARIA): *Inicial* (1928-1929). Un volumen, 72 págs., en 8.º mayor, 4 ptas. Valladolid.

MARQUINA (EDUARDO): *Sin horca ni cuchillo* (drama en tres actos, en verso). Un volumen, 208 páginas, en 8.º, 5 ptas. Madrid.

MATA (PEDRO): *Corazones sin rumbo*. Un volumen, 260 págs., en 4.º m., 1,50 ptas. Madrid.

MONTESION (MARQUES DE): *Horas poéticas*. Un volumen, 190 págs., en 8.º, 6 ptas. Madrid.

MARIA CARVAJAL (GUILLERMO): *El dolor*



*hecho luz* (novela). Un volumen, 348 págs., en 8.º, pesetas 6. Madrid.

ORCZY (BARONESA DE): *El honorable Jim* (novela). Traducción directa del inglés, de José Sánchez Miranda. Un volumen, 362 págs., en 8.º, 4 ptas. Madrid.

PIRENE (ESTANISLAO DE): *Entre unas páginas* (novela poética). Un volumen, 195 páginas, en 8.º, 4 ptas. Barcelona.

RICE BURRONGHS (EDGAR): *Tarsán entre pigmeos*. Traducción de Emilio Martínez Amador, tomo X. Un volumen, 387 págs., en 8.º, 4 ptas. Barcelona.

*Tarsán el gran peque*, tomo XI. Traducción de Emilio M. Martínez Amador. Un volumen, 319 págs., en 8.º, 4 ptas. Barcelona.

RODRIGUEZ MARIN (FRANCISCO): *El alma de Andalucía, en sus mejores coplas andaluzas, escogidas entre más de veintidós mil*.—Un volumen, 353 páginas, en 8.º, 5 ptas. Madrid.

RUIZ LLAMAS (FRANCISCO): *Ave-Lina*. Un volumen, 140 págs., en 8.º, 3,50 ptas. Madrid.

RUSINOL (SANTIAGO): *La niña gorda* (novela). Traducción de Arturo Mori. Un volumen, 274 páginas, en 8.º, 5 ptas. Madrid.

SABATINI (RAFAEL): *La piel del león*. Un volumen, 387 págs., en 8.º, 4 ptas. Barcelona.

SAN JOSE (DIEGO): *La Corte del Rey galán* (breve histórico-antológico del reinado de Felipe IV). Prólogo del doctor Juarros. Un volumen, 276 págs., en 8.º, 4 ptas. Madrid.

STENDHAL: *Armancia* (novela). Traducción por Carmen Alreu.—Un volumen 297 págs. en 8.º, 5 pesetas. Madrid.

TOLEDO (SATURNINO): *Amor errante, Canto y llano*. Un volumen, 264 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

VALLE INCLAN (RAMON DEL): *La guerra carlista. Los cruzados de la causa. El resplandor de la hoguera. Gerifaltes de antaño*. Libro para todos, número 2. Un volumen, 168 págs., en 8.º, 1,50 ptas. Madrid.

W. EDGAR: *El tribunal de justicia* (novela). Traducción de Eduardo Hillman. Un volumen, 321 páginas, en 8.º, 5 ptas. Madrid.

WILDE (OSCAR): *Epistolario médico*. (Últimas cartas.) Coordinadas y anotadas por Ricardo Baeza. Interesantes cartas del autor desde la cárcel, y posteriores, hasta la víspera de su muerte. La mayor parte no publicadas todavía en Inglaterra. Un volumen, 297 págs., en 8.º, 4 ptas. Madrid.

WILL FOX: *El hombre misterioso*. Portentosas, aunque increíbles, aventuras del más audaz y enigmático de los detectives. Dos volúmenes de 128 páginas, en 8.º, 2 ptas. cada uno. Barcelona.

UNSDT A. LIGRID: *Antón Simausen* (novela). Traducción de Francisco Caravaca. Un volumen, 139 págs., en 8.º, 3 ptas. Madrid.

*La edad feliz* (novela). Traducción de Francisco Caravaca. Un volumen, 122 págs., en 8.º Premio Nobel 1929. Tres pesetas. Madrid.

## IX.—Medicina.

CHABAS (Dr. J.), director de "Revista de Higiene y Tuberculosis": *La gripe*. Sus problemas. Unidad bacteriológica y clínica. Descripción. Tratamiento. Profilaxis.—Un volumen, 161 págs., en 8.º, 4 ptas. Madrid.

CHAMPY (Ch.): *Historia*. Tomo II.—Histología de los órganos. Un volumen, 664 págs., en 4.º, 12 pesetas. Barcelona.

COTTE (GASTON), profesor agregado de la Facultad de Medicina de Lyon, cirujano de los hospitales de París: *Trastornos funcionales del aparato genital de la mujer*. Estudio fisiológico, clínico y terapéutico. Un volumen, 257 págs., en 4.º, 30 ptas. Barcelona.

FERNAN PEREZ (Doctor JUAN): *Cartas a una novia. Consejos de Puericultura*. Un volumen, 70 págs., en 8.º, 2 ptas. Madrid.

FERRER PERIS (A.), Médico agregado primero del Hospital Provincial, adscrito a la enfermería de Cirugía general de hombres. Ex alumno por oposición de la Facultad de Medicina de Valencia: *Cirugía de urgencia*.—Un volumen, 216 págs., en 4.º, 12 ptas. Valencia.

KRAUS (F.), del Consejo Nacional de Alemania: *Tratamiento económico y eficaz de las enfermedades más frecuentes*. Traducción de F. Piñero, médico militar. Un volumen, 238 págs., en 4.º, tela, con planchas; 10 ptas. Barcelona.

LUMIERE (A.), Correspondiente del Instituto y de la Academia de Medicina de Lyon: *El cáncer, enfermedad de las cicatrices*. Un volumen, 275 págs., en 4.º, 10 ptas. Barcelona.

MARANON (G.): *Trabajos del servicio de Patología médica del Hospital General de Madrid*. Año III, 1927.—28 sesiones clínicas. Conferencias pronunciadas en el curso. Estadísticas. Publicaciones.—Dos volúmenes, 270 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

NICOLAS MONTOT DURANO: *Terapéutica de la sífilis y de las enfermedades venéreas*. Volumen XXXI. Un volumen, 723 págs., en 8.º, 22 pesetas. Barcelona.

NOVOA SANTOS (ROBERTO): *La mujer, nuestro sexto sentido y otros esbozos*. Un volumen, 256 páginas, en 8.º, 5 ptas. Madrid.

VALDES LAMBEA (J.), Jefe de los servicios de Fimatology del Hospital Militar de Madrid: *Tuberculosos y no tuberculosos*. Libro de cultura antituberculosa. Un volumen, 198 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

URUNUELA Y GANDIA (JULIO DE), Médico director de la Santa Casa de Misericordia, de Bilbao. Ex presidente de la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao, etc.: *Endocarditis maligna lenta. Aportación a un estudio*. Un volumen, 232 páginas, en 4.º m., 4 ptas. Bilbao.

## X.—Política. Sociología. Derecho.

ALVAREZ DE VAYO (JULIO): *Rusia, a los doce años*. Con infinidad de fotografías (2.ª ed.). Un volumen. 162 págs. en 8.º, 4 ptas. Madrid.



ASPIAZU S. J. (JOAQUIN): *Problemas sociales de actualidad*. (Con licencia eclesiástica.)—Un volumen, 130 págs., en 8.º, 4 ptas. Madrid.

GUTIERREZ GAMERO (E.) (De la R. A. E.): *La España que fué*. Continuación de *Mis primeros ochenta años* (Memoria). Un volumen, 276 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

HIDALGO (DIEGO): *Un notario español en Rusia*. Un volumen, 284 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

SCHOSTAKOWSKY: *El calvario ruso. Ensayo de crítica de la revolución rusa*.—Un volumen, 316 páginas, en 8.º mayor, 5 ptas.

#### XI.—Obras varias.

ALONSO BARCENA, S. J. (FELIPE), Maestro agregado a la Facultad de Teología de la Universidad Gregoriana de Roma. Profesor de Teología fundamental en el Colegio Máximo de Granada: *Los rotarios. Sus tendencias en el orden social, moral y religioso*. Un volumen, 221 págs., en 8.º, 4 ptas. Madrid.

*Antología de poetas gallegos*. Rosalía de Castro. Emilia Pardo Bazán. Manuel Linares Rivas. Manuel Curros Enríquez. Carlos Miranda, etc.—Portada en colores. Un volumen, 80 págs., en 8.º, 0,50 ptas. Madrid.

*Anuario del cinematografista para la temporada de 1928-29*. Un volumen, 502 págs., en 8.º, 7 ptas. Madrid.

BENAVENTE: *Vidas cruzadas*. (Cinedrama en dos partes, divididas en 13 cuadros y un epílogo.) Un volumen, 66 págs., en 8.º, 2,50 ptas. Madrid.

BURGOS (CARMEN DE): *Hablando con los descendientes. Ejemplario de vidas pasadas*. Un volumen en 8.º, 269 págs., 4 ptas. Madrid.

CAMBA (JULIO): *La casa de Lúculo, o el arte de comer*. Nueva fisiología del gusto. Un volumen, 273 páginas, en 8.º, 5 ptas. Madrid.

CASTANEDA Y ALCOVER (VICENTE), Secretario de la Real Academia de la Historia: *Por su amor a los libros...* Cuento para bibliófilo, profundamente ilustrado.—Todas las ilustraciones gráficas de esta obra han sido reproducidas de ejemplares pertenecientes a la biblioteca del autor. Un volumen, 132 páginas, en 4.º, 15 ptas. Madrid.

DIAZ RETG (ENRIQUE): *Guía y mapa provincial de Barcelona*. Descripción sucinta de la ciudad y de la provincia, con indicación de todo cuanto interesa al viajero y al turista. Varias láminas, gráficos de itinerarios y circuitos, y un mapa de la provincia y un plano de la ciudad y sus alrededores. Un volumen, 254 págs., en 4.º, 5 ptas. Madrid.

*Guía y mapa provincial de Sevilla*. Descripción sucinta de la ciudad y de la provincia, con indicación

de todo cuanto interesa al viajero y al turista. Varias láminas, gráficos de itinerarios y circuitos, y un mapa de la provincia y un plano de la ciudad y sus alrededores. Un volumen, 254 págs., en 4.º, 5 ptas. Madrid.

ERSKINE (JOHN): *La vida privada de Elena de Troya* (novela). Traducción de César Falcón. Un volumen, 192 págs., en 8.º, 1,50 ptas. Madrid.

PINGERIT (JULIO): *La verdadera historia del gato con botas*. El entremés del figonero que quiso cobrarse el humo. La historia de Judas el bueno (tres cuentos). Siete láminas en color y negro. Un volumen en 4.º, 5 ptas. Buenos Aires.

GONZALEZ LANUZA (E.): *Aquelarre*.—Un volumen, 94 págs., en 8.º, 4 ptas. Buenos Aires.

HELIOFILO: *Charlas al Sol*. Un volumen, 295 páginas, en 8.º, 5 ptas. Madrid.

JERUSALEN (ELSA): *Odres viejos* (comedia en ocho cuadros). Un volumen, 124 págs., en 8.º, pesetas 4. Buenos Aires.

KIRS (MANUEL): *Prontuario de lo grotesco* (pantomimas). Un volumen, 94 págs., en 8.º, 4 ptas. Buenos Aires.

MENENDEZ VALDES (MANUEL): *Siete meses condenado a muerte*. Los grandes dramas de la vida. Prólogo-envío de L. Araquistain a H. Barbuse. Un volumen, 262 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

ORTEGA (TEOFILO): *La voz del paisaje*. Un volumen, 249 págs., en 8.º, 4 ptas. Burgos.

*La muerte es vida*. Con sus ensayos de José María Quiroga Plá y un epílogo de José López Prudencio. Un volumen en 8.º mayor, 5 ptas. Madrid.

PEREZ OLIVARES (ROGELIO): *¡Sevilla!* Apuntes sentimentales para una guía literaria y emocional. Siete reproducciones a todo color, una a bicolor, siete en negro y 77 grabados en negro, de seis pintores y dos dibujantes. Un volumen, 330 páginas, en 4.º, 25 ptas. Madrid.

SAINZ P. (BONIFACIO), de las Escuelas Pías: *El libro de las veladas*.—Colección de composiciones escogidas, en verso y prosa, propias para felicitaciones, repartición de premios y otros actos literarios en colegios de niñas y niños. Contiene también un apéndice, titulado ¡Ha llegado mayo!, que es una colección de ofrecimientos, diálogos y despedidas para recitar las niñas en el mes de las flores. Un volumen, 232 págs., en 8.º, 4 ptas. Madrid.

VINDEL (FRANCISCO): *Catálogo descriptivo de ex-libris hispanoamericanos* (1588-1900), con un índice de apellidos. Un volumen de 144 páginas de texto en 4.º, y 120 láminas, 75 pesetas. Madrid.

ZWEIG STEFAN: *Tres maestros*. Balzac. Dickens. Dostoiewsky. Traducción del alemán, y prólogo, de W. Rocés. Un volumen, 242 págs., en 8.º, 5 ptas.

*En el próximo número publicaremos una completísima reseña bibliográfica de los libros aparecidos durante el mes y, en general, del movimiento literario hispanoamericano.*

*Rogamos a los editores y autores nos envíen dos ejemplares de sus obras.*



# Concurso para nuestros suscriptores

---

ATLÁNTICO, además de regalar a sus 10.000 primeros suscriptores DIEZ PESETAS en libros (el precio de la suscripción es de DOCE), abre un

## CONCURSO

dotado de

### MAGNÍFICOS REGALOS

destinado a estimular la afición a la lectura. Las bases de este concurso y la lista de los regalos, aparecerán en el número II de ATLÁNTICO correspondiente al día 5 del próximo julio. Para tomar parte en el concurso de ATLÁNTICO bastará ser suscriptor de esta Revista.

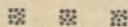
#### En qué consistirá el concurso.

Transcribiremos —al dar a conocer sus bases— un párrafo de una obra de las cincuenta cuya lista aparecerá en nuestra página de concurso.

Formularemos la siguiente pregunta: *¿A qué libro pertenece y en qué página figura el párrafo reproducido?* Nada más. Es sencillísimo poder hacerse con uno de los

### MAGNÍFICOS REGALOS

que ATLÁNTICO ofrece a sus suscriptores.



LEED LAS BASES DE ESTE CONCURSO EN EL NÚ-  
MERO DE JULIO



# Radiotelefonía y Televisión

“¡Allo!... ¡Allo!... F. G. M. I.—ATLÁNTICO, Madrid.”

En una revista de generosa amplitud de panoramas no puede faltar una sección dedicada a la radiotelefonía. La radio y el cinema, los dos grandes inventos comunistas de nuestra época, se dirigen a un público anónimo, inédito, que comulga en el mismo fervor religioso ante el misterio del proyector y del altavoz. Luces, sombras; sonido, silencio. Y hay en ambos —igualmente— impersonalidad de los realizadores, de los técnicos; lucimiento de algunas “estrellas” en el cinema, de algunos “speakers” y conferenciantes microfónicos. Pero la radio, comparada con el cinema, ocupa un lugar desventajoso, no sólo por su momentánea limitación difusora, de su menor universalidad. El cinema ha logrado la atención de las minorías intelectuales del mundo, beneficio aún no alcanzado por la radio. El fenómeno social del *cine*, su influencia y difusión, merecen el estudio interesado y constante de los escritores, indiferentes en absoluto al enorme crecimiento de la afición radiotelefónica. Las juventudes han reclamado el arte mudo como instrumento de su pertenencia, y niegan su palabra a los microfones de la Tierra. Desdennan un arma que debiera tenerse como valiosa por los nuevos espíritus de nuestra época, pletóricos de instinto deportivo, capaces de aprovechar todo instrumento de rápida eficacia. Parece que la radio, ante ese abandono, ha de dirigirse exclusivamente a un público de impedidos y ancianos, inactual y limitado.

Es posible que la culpa de ese apartamiento sea imputable al criterio de las emisoras; pero es de justicia consignar que éstas, desde sus comienzos, se han visto coaccionadas por influencias populares no contrarrestadas por las minorías. Algunas escapadas generosas —auténticas fugas— no han encontrado ambiente, y la protesta del radioescucha vulgar, escandalizado por relativas audacias literarias y musicales, ha triunfado sin combate. Minúsculos triunfos, la introducción en los programas de un fragmento de música contemporánea, un trozo exiguo de literatura joven, alguna idea nueva, significan un esfuerzo considerable y el temor al

anónimo “cariñoso”, a la protesta decidida del buen radiooyente, pacífico y enemigo de inquietudes espirituales. Pero ha llegado el momento de que las minorías intenten el asalto de las antenas del mundo y hagan oír su voz: que haya una radio de vanguardia, ya que existe un cinema de vanguardia. El ejemplo de Rusia, que ha comprendido la eficacia difusora —pedagógica— de la radio y el cinema, significa una visión certera de cómo debe ser la propaganda y cuáles los instrumentos de los nuevos hechos y de las nuevas ideas. Cada día que pasa hace más inconcebible el aislamiento y la indiferencia de las juventudes por la radio, su irreligiosidad y falta de fervor ante el misterio de las ondas.

## LA RADIO Y LA INDUSTRIA DEL GRAMÓFONO

Los comienzos de la radiotelefonía significaron una baja inmediata y considerable en la venta de discos de gramófono. El radiooyente, con un mínimo sacrificio económico, se encontraba en gozosa posesión de un buen gramófono con una inmensa cantidad de discos. Las emisoras importantes relegaban el disco para los momentos del día en los que se sospechaba la casi total ausencia de teleoyentes, y los programas a base de piezas musicales gramofónicas quedaron únicamente como recurso de estaciones de escasa potencia eléctrica y económica. Pero el criterio de las emisoras ha cambiado en estos últimos tiempos. La perfección creciente de la técnica gramofónica ha introducido en el mercado musical obras maestras de ejecución, costosísimas de realizar en el estudio de una estación emisora, por opulenta que fuese. Pero la adquisición de alguna parte de ese espléndido material por los particulares representa un sacrificio material considerable, y ha correspondido a las entidades radiotelefónicas poner al alcance de todas las fortunas esa riqueza orquestal. Faltaba sólo vencer un obstáculo: las imperfecciones de la transmisión, y ha sido resuelto por las mejoras técnicas: el “pick-up” infalible, los aparatos eléctricos de doble platillo, los trabajos se-



cretos de directores artísticos y de técnicos para lograr una absoluta continuidad en la emisión gramofónica. Así se logran conciertos admirables, no importa —no debe importar— de qué modo. Y se escuchan obras que de otra manera sería imposible oír. En esa nueva estructura de programas están logrando merecidos éxitos las grandes emisoras españolas.

LA ACTIVIDAD RADIO-  
TELEFÓNICA DE LAS  
EMISORAS NACIONALES  
\* RESEÑA MENSUAL

En el pasado mayo se han retransmitido todos los actos de significación popular y social en él celebrados. La inauguración de las Exposiciones de Sevilla y Barcelona, el partido Inglaterra-España, diversos ciclos de conferencias y actos culturales, con absoluta claridad, sin perder un detalle. Nuestros plácemes a Unión-

Radio Madrid y Unión-Radio Barcelona, ya colocadas al mismo nivel de las grandes estaciones de Europa.

IMANTILLA.

Pianos -:- Autopianos -:- Har-  
moniums -:- Violines -:- Fo-  
nos -:- Rollos de música -:- Dis-  
cos -:- Accesorios -:- Afinación  
-:- -:- y reparación -:- -:-

COMPRA, VENTA, CAMBIO Y ALQUILER

GASTÓN FRITSCH

Plaza de las Salesas, 3.—Madrid.

TELÉFONO 30996

RESTAURANT-PARQUE  
EL PARRAL

Cenadores en el jardín -:- Muchas flores -:- Delicioso  
ambiente -:- Comedores aislados -:- El sitio de moda de  
Madrid preferido por el buen público -:- Comidas a la carta  
y por cubierto.

Carretera del Pardo, núm. 37 duplicado.—Bombilla

TELÉFONO 19130

SERVICIO ESPECIAL DE ENCARGOS

IMP. DE G. HERNÁNDEZ Y GALO SÁEZ. MESÓN DE PAÑOS, 8. TELÉFONO 11944. MADRID



# Banco de Ahorro y Construcción

PRIM, 5.--MADRID



BIBLIOTECA  
MUNICIPAL

MADRID

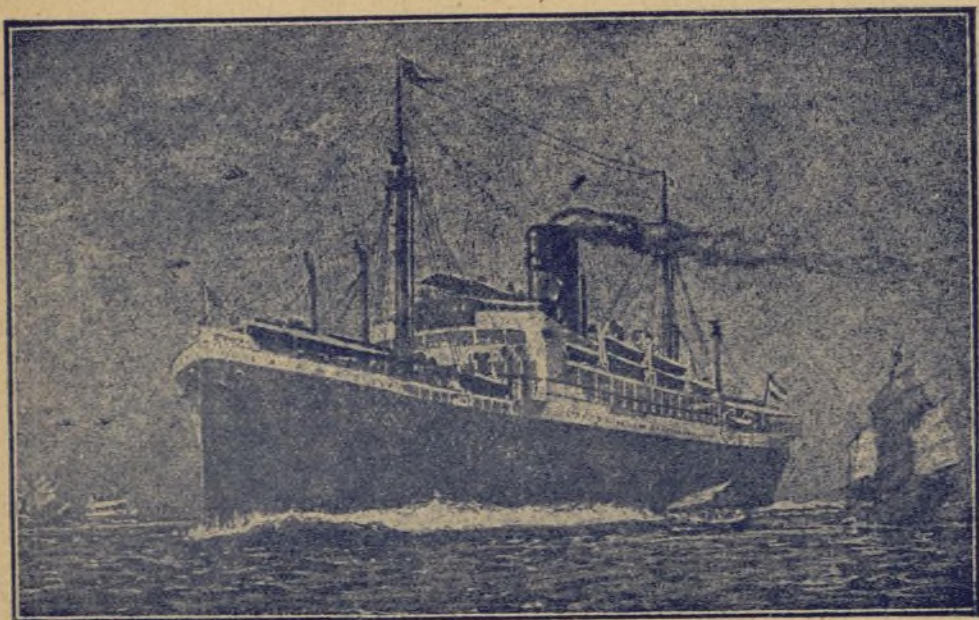


*Casa construida y entregada por esta Cooperativa, en Chamartin de la Rosa (Madrid), con destino a su asociado número 58.558, el ilustre escritor D. Eduardo Zamacois Quintana. El coste de la misma y el solar, ha sido de 58.955,17 pesetas, y será amortizada en treinta años.*



# Lloyd Norte Alemán de Bremen

Servicio semanal entre los puertos de Villagarcía y Vigo con los del Brasil, Uruguay y la Plata, por los grandiosos *paquebots* de 20.000 toneladas y doble hélice *Sierra Nevada*, *Sierra Ventana*, *Sierra Córdoba*, *Sierra Morena*, *Köln*, *Cse Geld*, *Verra*, *Weser*, *Sotha* y *Madrid*.



Estos barcos, por estar dotados de todos los modernos adelantos y del máximo de las comodidades, son los preferidos por los viajeros, tanto de cámara como de tercera clase.

PARA INFORMES DIRIGIRSE AL AGENTE GENERAL EN ESPAÑA:

## LUIS G. REBOREDO ISLA

CASA CENTRAL:

VILLAGARCÍA. - Marina, 14

SUCURSALES:

VIGO. - García Olloqui, 2

BUENOS AIRES. - Cangallo, 336